This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 1704.2.32

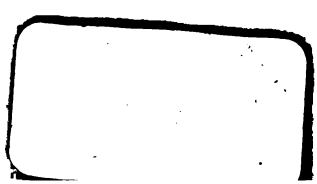
Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913



3761 SAL 1704.2.32

EDITOR: LÁZARO PAVIA.

CELAJES

POR

LAZARO PAVIA.

BIBLIOTECA DEL HOGAR.

MÉJICO

IMPRENTA DE EDUARDO DUBLÁN

CALLEJON DE CINCUENTA Y SIETE NUM. 7.

1897

CELAJES

"BIBLIOTECA DEL HOGAR."

CELAJES

POR

LAZARO PAVIA.

MÉXICO
IMPRENTA DE EDUARDO DUBLAN
CALLEJÓN DE 57 NUMERO 7.

1897

SAL 1704.2.32

HARVARD COLLEGE LIBRARY

OCT 31 1930

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

Esta obra es propiedad del Autor. Los derechos reservados.

PRIMERAS PAGINAS.

Como las corrientes azules que en raudales de transparencia se difunden por el abismo del infinito y lo surcan en oleadas de luz, para morir en las playas del horizonte, cuando la noche llega; como las lejanías de los montes que ceden su majestad de colosos á las ternezas de los crepúsculos; como los mirajes que estrechan las arboledas para ocultar la distancia; como el arco-iris que alegra; como el disco luminoso que roba á la luna sus bellezas de casta desposada; como el efluvio, como el destello, así quiero que vaguen las impresiones que contiene este mi segundo libro en el límpido cielo de tu hogar, bellísima lectora.

No tienen más derecho para figurar entre el jirón de nube que absorba tus tristezas y tus melancolías, en el astro que cintila envidioso de tu mirada, en las lontananzas que te recrean, y en las vaguedades celestes que te abismen cuando la soledad sepa tus íntimos secretos, que el de haber sido inspirados, quizá en esas horas en que tu alma, paloma mensajera del amor, cruzaba las regiones ideales y te traía felices nuevas de tu antigua patria.

Tal vez nuestros espíritus se hayan encontrado en el trayecto del ensueño y, viajeros á quienes vincularon los

azares de la travesía, separáronse para no verse más, el tuyo, olvidando las impresiones de aquel viaje, el mío, soñando aún en los parajes que ha recorrido.

***

Ven; surquemos el piélago del infinito en la góndola azul de tus ideales, la que tiene, como te dijo el aristócrata poeta Manuel Gutiérrez Nájera, convidándote á tripular la barquilla que ofrecía la «loca de la casa,» *el remo de marfil, el toldo de «moiré,» por vela una ala de ángel y el timón de oro fino.*

Boguemos rumbo á los horizontes siderales, antes que te sorprenda la noche del desengaño.

Como las lejanías nublosas de las cordilleras, son las ilusiones que agiganta nuestro deseo y que se ocultan tras la niebla del desencanto. Los recuerdos, tristes como la luz que huye, melancólicos como las sombras primeras de la noche, son los tintes fúnebres del crepúsculo en que agoniza la esperanza.

Si vagas por las arboledas del jardín, hallarás en este libro, aunque imperfecto, el paisaje de aquellas lejanías que ocultan la distancia. No lo desdeñes si falto de verdad se presenta á tus años; es un paisaje trazado «*á media luz,*» cuando el día declina.

De seguro que las producciones que te ofrezco no lucirán colores irisados ni te encantarán como los efluvios juveniles que la Creación te ofrece; pero acéptalas como destellos que anhelan imperar en tus pupilas y brillar en tu aureola de candor.

Ven, y boguemos en la góndola azul que no zozobrará porque la guía tu virtud.

***

«*Mientras llueve,*» si estás junto á la vidriera del balcón esperando al rondador nocturno y éste falta á la cita, no dejes con enfado el libro que te ha deleitado; sus páginas serán las amigas que te distraigan y calmen el celo que te inquiete. La noche suele ser mala consejera. Cuando enciendan los criados el *quinqué*, lee, lee hasta que la contrariedad haya pasado.

«*La cita*» frustrada te proporcionará un sueño delicioso si desechas de tu ánimo el caprichoso encono juvenil que acosa al enamorado que no realiza sus inocentes deseos; cuanto más tardía es la realización de una ilusión bella, mayor es el placer que el alma experimente. Amor sin sacrificios, no es amor.

Ya despertarás halagada por los nuevos proyectos que has de poner en planta cuando el fulgor de los luceros, los confidentes en la soledad y los enviados en la ausencia, riñas amorosamente con el amado de tu alma. Las «*Matinales*» de las virgencitas del hogar, de las enfermas mimadas de la casa, son hermosas como sus almas buenas.

No abandones el libro cuando «*en el baño*» tu crencha destrenzada caiga sobre la ebúrnea espalda de Vestal romana en graciosa cascada de ébano ó de oro, y cuando hayas enjugado tu cuerpo de ondina encantadora, cuando el viento penetre atrevido al cuarto de baño y te bese como perseguidor Silfo, no correspondas á ese beso engañoso con la vanidad de tu belleza. La modestia hace resaltar la hermosura.

El libro que hoy te ofrezco será tu mejor amigo; hazle partícipe de las tristezas que te agobian y de las alegrías que disfrutes. Verás qué «*confidencias*» tan sencillas, tan humildes cuanto ambiciosas de tu aceptación.

Si las aprecias, no te hará víctima la soledad. Una niña «*sola*» es un ángel perdido en las sombras del recuerdo.

«*El primer baile*» ha de haberte inquietado con su reguero de perfume, su torbellino de notas y su vértigo de adulación. En mi libro hallarás una joven que como tú, fué víctima de iguales mareos que por fortuna no llegaron á dominarla por completo.

Cuántos «*rinconcitos de amor,*» no habrás visitado, quizá sin darte cuenta de que en aquellos sitios moran los besos fervientes que hablan al espíritu, las frases que no se piensan y se dicen tal y como brotan del corazón, palabras que, más que elaboradas en el cerebro y en la mente, parecen forjadas con luz vivísima en el alma para purificar el labio. Allí entre los troncos y las hojas, al lado del cenador, junto al arroyuelo que serpentea adentro de la gruta artificial, viven como en el ara de un templo los juramentos de amor, las promesas y los místicos proyectos de felicidad. A esos santuarios del cariño no llega el profano, allí oficia el amor y el amor es santo.

«*La cruz de la esquina*» te hablará de un amor imposible, que ojalá nunca te atormente; un «*Cuento bíblico*» te dirá cuánto puede la pasión violenta en el corazón de una esclava que ansía la libertad para llorar sus penas. «*Las gavetas*» mortuorias, esos vagones negros fileteados de blanco, en los que pocos transeuntes ponen atención porque en ellos va la desgracia póstuma, y marchan confundidos los últimos despojos que para ocupar la fosa común necesitan la boleta de la Inspección de Policía respectiva, excitarán en tu alma bondadosa la compasión y quizá traigan á tus labios la oración por los muertos.

No busques la casita en que habitó la pobre «*Tísica,*» á quien conocí casualmente cuando exhibía en la ventana la palidez mortal del rostro y la consunción de un cuerpo hermoso á pesar de las asechanzas de la muerte. Esa casita ha desaparecido, como la tísica.

«*En la costa,*» allí donde el mar refleja un cielo tranquilo y duerme en el regazo de una mañana apacible, ó se muestra atleta y gladiador potente, las olas cantan el himno del amor ó entonan la canción del náufrago, allí podrá volar tu imaginación loquilla, de ave alegre.

«*Opalinas*» son gotas de ajenjo evaporizadas en el cerebro de un desequilibrado, vapores que abrumaron un corazón y asfixiaron una existencia; y «*Enferma,*» fué una niña que amaba mucho y se ausentó pronto, porque su alma no era de este mundo.

Ven, pues, bellísima lectora, y surquemos la región «*sideral*» en la que las corrientes azules en raudales de transparencias se difunden por el abismo del infinito.

***

Tal es el libro que he titulado «CELAJES» y que hoy llama á la vidriera de tu sala para que lo recibas como el de «CROMOS,» que no puede quejarse de tu desdén.

Acéptalo y permítele que sobre tu falda perfumada, como acariñado falderillo, te distraiga.

¡Ojalá que llegue á ser tu obra favorita y que no la deseches por falta de grandeza; es humilde, pero ambiciona ser destello que impere en tus pupilas, y luz en tu aureola de pudor.

Quizá tu espíritu y el mío hayan viajado juntos para no verse más después de llegar al término del viaje. Si el tuyo ha olvidado las impresiones de la travesía, el mío las sueña aún, y te las referirá.

Escucha.

LÁZARO PAVÍA.

MIENTRAS LLUEVE.

Las melancolías de la Naturaleza hacen en el ánimo el efecto de las impresiones violentas: si se goza, las tristezas del mundo exterior nos parecen envidiosas de nuestra felicidad, y esa creencia aumenta nuestra dicha; si sufrimos, las brumas de los horizontes grises, los nubarrones del cielo y esa gasa de nieblas que es el llanto condensado de la luz afligida, nos consuelan con la anestesia de un dolor que supera á otro dolor.

En esas lontananzas en que se agrupan las sombras, como queriendo aproximar la noche, moran esos fantasmas del pasado que se llaman recuerdos; en ese cielo anémico vagan nuestras ilusiones perdidas, y las lágrimas del día claman como las nuestras por una perdida primavera.

También con brumas vinieron los primeros ensueños de la juventud; las melancolías de las nubes velaron el primer pensamiento amoroso, y el llanto de la luz inundó de mística hermosura, el rostro de la primera novia. ¡Oh tediosa Naturaleza, tus tristezas son bellas como el recuerdo, como el ensueño y como la esperanza!

***

Es la hora suprema de la calma, cuando la desilusión que huyó la víspera torna como ave aterida por la nieve de la realidad y se posa en el nido que dejó en el corazón; hora en que la luz que huye se lleva muchas cosas amadas, y la noche que llega hace pensar en lo que tenemos olvidado.

Si la muerte del día infunde al alma el miedo de las cosas idas; si la nube que se disipa, el fulgor que se pierde, y la penumbra que avanza hacen acurrucar los sentimientos, como niños medrosos, la ráfaga de viento que presagia el invierno, la débil columna de polvo que se arremolina haciendo más opacas las últimas claridades de la tarde, la luz azulosa y roja del relámpago que alumbra á intervalos la fúnebre perspectiva del espacio, como una lámpara de alcohol alumbra la alcoba de una virgen enferma, detalles son que aumentan las tristezas del crepúsculo negro.

Ya huye la luz llevándose muchas de las cosas amadas, y la noche se aproxima haciéndonos pensar en lo que teníamos olvidado.

***

René, la virgencita pálida de quince años, que adolece del histerismo fatalmente adquirido en el colegio; la enferma mimada de la casa que ha cambiado por la novela el libro de oraciones, y el rosario por un bejuquillo de oro del que pende un pequeño guardapelo, está cerca de la vidriera del balcón, abriendo y cerrando con impaciencia suma el libro que aprisionan sus manos de madona perfecta y nimbean de destellos infinitos sus pupilas azu-

les, en las que se refleja un cielo de esperanza y un océano de tempestades juveniles.

Allí está con su nervioso cuerpecito de gacela tímida, incorporándose en el sillón de felpa azul, hiriendo la tersura del cristal con el *tupé* gracioso de sus rizos de alborada, y empañándolo con el cálido aliento que la fiebre del primer amor despide por los labios inmaculados en los que aún vibran las oraciones de la infancia.

Allí está la reina augusta del amor paternal que, no satisfecha con el vasallaje amoroso que se la rinde en casa, ensancha sus dominios más allá de aquel balcón que la aprisiona, lejos del libro que la cautiva. René siente como lenitivo á la impaciencia que la asfixia, las rachitas de aire huracanado que penetran por los intersticios de las vidrieras y que como falderillos retozones van á juguetear con la orla de la falda, y suben por el rostro calosfriándola deleitosamente hasta perderse en la cabellera blonda que parece rayos de alborada.

Veía destacar en el horizonte brumoso y bajo el cielo anémico los perfiles toscos de antiguas torres, que más parecían alturas de defensa que campanarios hechos para invocar á la oración y á la esperanza. Los caserones desiguales comenzaban á perfilar en la obscuridad sus masas compactas; la plazuela, como claro de bosque, ensanchaba la niebla, y los árboles lejanos que asomaban sus varejones y sus copas secas sobre las cúpulas y las azoteas ruinosas de las casas del barrio próximo, se inclinaban como sauces dolientes en la muerte del día.

Y todo aquel conjunto de tristeza harmonizaba con la impaciencia de la virgen anémica, la pálida que aún conservaba el histerismo del colegio y se incorporaba en el sillón de felpa azul, hiriendo con los chinitos del *tupé* la tersura del cristal que empañaba con su aliento de fiebre amorosa.

Aquel crepúsculo era la agonía lenta de un día tedioso

de Agosto, en el que la enferma de la casa anegaba sus melancolías en las melancolías del espacio.

***

Ha cruzado la azulosa y roja luz del relámpago entre las primeras sombras de la noche, como la indecisa llamita de lámpara de alcohol en la alcoba de una niña enferma.

A través de los cristales, salpicados de menudas gotas al principio, y cubiertos totalmente después por la lluvia, como si misterioso vaho quisiera robar el aliento de la virgencita pálida, podían verse el primer farol encendido que cintilaba como faro cansado, las lucecitas que comenzaban á iluminar los otros balcones, y las superficies luminosas de los charcos y de los fangos. El ruido monótono del agua al caer parecía alejarse ó acercarse, según la dirección del viento que silbaba entre los muros de los edificios, y no jugueteaba repartido en rachas como cariñoso falderillo, sino que pasaba por la calle levantando aquí y allí las colillas luminosas de los cigarros, estruendando á su paso con los mil ruidos del ventarrón.

En tanto el agua caía, caía sin cesar, monótona, acompasada, levantando un murmurio de sollozos y de suspiros, de quejas y de lamentaciones.

A los relámpagos, siguieron las detonaciones eléctricas que se propalaban en el espacio cual si amenazara desquiciarse la bóveda infinita, y la calle desierta, escasamente alumbrada, convidaba á la meditación de las cosas amadas que se han ido, y al recuerdo doloroso de aquello que creíamos olvidado.

La poesía de las noches de lluvia está en el aire húmedo que zumba y nos trae al oído acentos con los que el alma se deleita, porque escucha las harmonías de la dicha pasada; en la monotonía del agua que nos recuer-

da el hogar feliz; en la luz del relámpago que rasga las sombras y muestra sus fosforescencias; en el nubarrón que parece el sepulcro del sér querido, y en las detonaciones eléctricas que nos anuncian el paso del Supremo Espíritu con su séquito de almas buenas.

¡Qué grato es, mientras llueve, esperar la felicidad que ha de llegar si somos dichosos; ó entristecernos con el farolillo que cintila, como faro cansado, con las lucecitas que comienzan á iluminar los balcones de las casas contiguas á la nuestra donde estará quizá la felicidad que nos anima ó el infortunio que nos agobie.

Mientras llueve, esperamos la hora de la cita amorosa, leemos la obra que nos gusta, reimos con los niños, aliviamos las enfermedades presintiendo una mañana hermosa, y en una palabra, hacemos todo lo que sea expansión de ánimo.

Para las conciencias tranquilas, la tempestad no trae remordimientos.

Por eso es bella.

***

René no ha querido que se haga luz en la sala, pretextando sentirse muy débil y preferir la obscuridad, y á medida que las sombras crecen y el aguacero aumenta, su impaciencia es mayor.

Ha puesto lejos de sí, enfadada y desdeñosa, la novela que la cautivaba, y entretiene el fastidio torturando con sus manos de madona perfecta, el bejuquillo del que pende un relicario que guarda un mechoncito de pelo negro como aquellas sombras que ya no le permiten ver á través de los cristales, negro como sus tempestades juveniles.

Se ha puesto de pie y procura llevar su lánguida mirada á la calle desierta,

Un bulto que pasa como esbelta silueta, recatándose contra el muro de la fachada de enfrente, la colilla luminosa de un cigarro levantada por el viento, el silbido de algún transeunte que no se preocupa por el chaparrón y hace alarde de alegría, ¡cuántas veces la engañaron haciéndola creer que era llegado el momento de ver á su adorado! pero todo era una ilusión; la silueta desaparecía, la lumbre del cigarro moría como el destello radioso de un meteoro, el silbido se extinguía sin dejar eco, y el rondador nocturno, el adorado de René, la virgencita pálida, faltaba á la cita.

¿Y en qué ocasión? cuando René tenía muchas cosas de que hablarle, contarle los nuevos episodios de la novela que leía, y quejarse con él, con él que la consolaba asegurándole que muy pronto la haría feliz llamándola su esposa.

¡Oh! si el novio no hubiese faltado á la cita acostumbrada, habría salido muy abrigadita al balcón, á pesar de la lluvia, y ¡qué hermosa habría sido para René aquella noche tempestuosa!

El amor todo lo embellece.

***

Las pequeñas contrariedades de la vida, son como esa lluvia que poco á poco se convierte en tempestad deshecha.

Una desilusión, es un relámpago que alumbra la realidad de la vida.

Lectora mía, mientras llueve, no dejes tu libro predilecto. Divaga con él tus tristezas. Y si tienes novio y éste falta á la cita, discúlpalo y no te enfades.

Después de la tempestad, viene la calma.

OPALINAS.

Allá, sobre un rosal de la alfombra, medio incorporado sobre la mano derecha, en tanto que se oprimía con la izquierda el corazón, como si hubiera caido súbitamente herido por un tiro de revolver, está Herberto. La alba pechera en la que cintila un valiosísimo brillante, las vueltas de luciente seda negra puestas en la solapa del *smokin*, el choclo abrillantado y los gemelos de los puños de la camisa, heridos por la primera luz de la mañana que se introduce á hurtadillas por los intersticios del balcón, haciendo rielar por el tapiz, del suelo regueros luminosos que van á besar las carretillas blancas del catre de latón, las torneadas patas de los sitiales y el confidente, la peana del ancho guardarropa y las esbeltas columnitas de la mesa de noche.

Las últimas sombras se esperezan en la alcoba vacía; las lunas del guardarropa y el tocador se despiertan con su mirada de azogue, y el reloj *despertador* tartamudea como en sueños, las cinco de la mañana.

***

Herberto había recurrido á la embriaguez, para matar la melancolía que embargaba su espíritu y buscar consuelo á esa enfermedad que se llama hastío.

De todas las bebidas que él buscó como el néctar más eficaz y el elixir seguro contra los sufrimientos morales, ninguno como el ajenjo que, á la vez que intoxica, produce prolongados letargos que adormecen el alma y alumbran con fantásticos destellos el cerebro.

La planta perenne que acredita con su vida próspera el lenitivo para los males del alma, que á poca altura de la tierra parece guiar al sepulcro, como la *siempre-viva* y el *no me olvides*, con su vestido de felpa propio para los inviernos del corazón anciano, pálida como la angustia y verde como el color de la esperanza, le ofrecía un oasis engañoso en el desierto de la vida, ocultando sus amarguras y convidando al sueño con su aroma embriagador.

Necesitaba olvidar el pasado que se obstinaba en permanecer echado en un rincón de la memoria para mostrar constantemente sus heridas mal cicatrizadas, de la misma manera que los mendigos impertinentes ponen de manifiesto sus deformidades repugnantes ó sus llagas asquerosas, y hallaba en aquellas excitaciones orientales un sueño paradisiaco que le arrebataba idealmente de las pequeñeces mundanas en que había derrochado su salud y su fortuna.

Mientras duraba la embriaguez que era más bien una voluptuosidad que un embotamiento de los sentidos; mientras la mente revoloteaba como ave entumecida en torno del olvido hasta caer en él rendida y aletargada, Herberto dormía con esa pesantez de la fiebre, y ese sueño ficticio, era el despertar de una terrible pesadilla; los recuerdos se alejaban á medida que el cerebro se enajenaba, el pensamiento flotaba, como bajel perdido en un mar de ilusiones nuevas, que pronto desaparecían cual las olas que mueren en las playas; el espíritu, como que abandonaba la materia dejándola sumergida en una catalepsia deliciosa en la que la percepción era inmóvil, las sensaciones se localizaban, por decirlo así, y los sonidos de al-

go misterioso y confuso llegaban como ecos moribundos si se comparaban con aquel ruido estridente y ensordecedor que á Herberto le parecía el que produjera *el eje* del mundo haciendo girar los invisibles círculos de ambas esferas. La luz llegaba á las celdillas de la imaginación tamizada en el polvillo sutil de una diafanidad color de rosa, y una pereza de fakir le extasiaba hasta hacerle caer en el abismo de la inercia.

De súbito volvía á la vida de la realidad, y su alma caía bruscamente, una corriente eléctrica animaba aquella parálisis moral originada por el exceso de sentimientos excitados. Entonces los sufrimientos reclamaban su presa, el presente era una sucesión monótona de instantes; la claridad del día le hacía daño, el murmurio del trabajo le servía de fastidio; amaba la sombra y la pereza y á ellas volvía con las nuevas libaciones de ajenjo.

Así lo sorprendieron las primeras canas, que se anticiparon á la vejez, en la breñosa cabellera y la barba ensortijada; así en la frente despejada se replegaban en cada arruga las tristezas; la mirada salía de la pupila inyectada; pero algo amarillosa como ascua ó llama indecisa, y en los labios desdeñosos y pálidos, una sonrisa amarga pasaba como rayo de sol sobre hojas de flores marchitas.

Herberto, no obstante, cuando no estaba con el influjo del alcohol, disimulaba el mal humor que le producía la ausencia de la embriaguez y procuraba sacudir su fastidio, sobre todo si estaba en reunión de amigos, como él, bebedores, aunque no tan desilusionados de la vida.

Cuando la embriaguez llegaba, el dolor exigía el embrutecimiento y había que complacerlo.

Por eso bebía Herberto.

***

El salón de juegos del Casino, estaba poco concurrído; era día de fiesta y la tarde calurosa había convidado más bien á pasarla bajo las frescas enramadas, que fatigándose sobre una mesa de billar ó sudando la *gota gorda* en un corro de *tresillo* ó *bakará*, por más que el *cognac* y las bebidas refrescantes circulen en profusión, y los vasos con cerveza sean escanciados á costa de los que pierden.

Herberto y varios amigos hicieron colocar una mesita junto al balcón y allí pasaron horas enteras entregados á las fuertes ganancias y á las subidas pèrdidas del *pockar*.

Entre aquel grupo de jóvenes alegres que no perdían oportunidad de hacer menos sensibles los reveses de la suerte, con chanzonetas y natural *sprit*, Herberto hacía un contraste notable; taciturno ya por los efectos del alcohol, más cuidaba de su copa de ajenjo que de las peripecias del juego; hacia puestas y las perdía, con la misma facilidad que apuraba deleitosamente el opalino licor, y aunque ningún disgusto demostraba por las pérdidas, sí revelaba ese malestar que precede á la borrachera.

Los demás jugadores, que ya le conocían *el flaco*, le instaban á que bebiese, no por las ganancias que les proporcionara el mal estado de Herberto, sino por tener asunto de que reir, afán constante de la juventud dichosa.

—Que pongan las últimas copas,—dijo uno de los ganancioso—á costillas de Herberto que hoy está de malas.

—Desgraciado en el juego, afortunado en amores, añadió otro.

—Vengan,—se limitó á balbutir Herberto—quien tambaleándose sobre el asiento, con el sombrero de anchas alas caído sobre la oreja derecha y mascullando el resto

de un puro, parecía personaje desprendido de un cromo de taberna.

Pronto apareció el mozo con la plateada charola, en la que brillaban estrechadas copas y sifones, que fueron colocados en la mesita ya libre de los naipes.

La espuma de la cerveza rebosaba incitando con sus copos y sus burbujas, y á través del cristal biselado, recordaba las cabelleras rubias; el rojo granático de la frambuesa, pedía el beso de las libaciones, como los labios de coquetuela hermosa; el *vermutth champagne*, reía en áureas copas, ambarino y transparente; el *cognac*, alcanzando apenas el delicado pie de las grandes copas como niño travieso, y la verde botella del ajenjo, al lado del botellón de agua cristalina, de la del jarabe y de los recipientes de cristal propios para emulsionar el licor *angelical*, el badian que repentinamente forja el placer en las imaginaciones, de suyo narcotizadas y ébrias por los sueños.

Herberto llenó del verde aromoso contenido en la apoplética botella obscura, el cuello de la copa que afectaba la forma de casquete esférico, tapóla con la vasija agujereada de cristal francés, en la que puso igual cantidad de jarabe y de agua destilada, y como por encanto, el ajenjo fué tomando el color perla, después el nacarado, y por último, el de ópalo con sus diluciones color de rosa, oro y violeta, verde claro, y azul de crestas de montañas lejanas.

En aquellos momentos, el disco del sol se hundía dejando en el espacio un mate parecido al del ajenjo emulsionado. Las nubecillas orladas de oro, recamadas de luz rojiza y sombreadas con los vapores vespertinos, se confundían con las nubecillas opalinas que afluían en la copa y formaban en el cerebro de Herberto los primeros síntomas del tóxico.

A diferencia de sus compañeros que á grandes tragos

consumían el líquido, Herberto iba con calma en las libaciones, y mientras los otros reían de buena gana y comentaban las últimas partidas del *pockar*, éste se engolfaba en los abismos del infinito. Era que en los celajes se envolvía la pálida imagen del recuerdo y que las visiones aladas de la embriaguez descendían de aquellos horizontes que se iban perdiendo entre las sombras del día muerto.

Una tras otra apuró Herberto las copas de ajenjo; como si no hubiera cantidad bastante para hacerle perder por completo el sentido, se quedó solo, echado de brazos sobre la mesa, víctima ya de la pesantez de ese sueño que le aturdía. Fué necesario que un mozo lo despertara; entonces pidió la última copa, bebió el ajenjo más puro que antes y en coche se dirigió á su cuartito de hombre solo, resto de su pasada opulencia. Abrió como pudo la puerta que daba al corredor, la cerró tras de sí, encendió una estearina y se derribó como un fardo en el confidente que estaba frente á la cama.

***

La calle estaba desierta, según observó Herberto que llevaba hasta la nariz el embozo de la capa para resguardarse del frío de la noche; en la acera opuesta, un fulgor tenue de luna iluminaba los edificios y hacía más impenetrable la penumbra del lado por el que Herberto caminaba. Ignoraba la hora; pero avanzada debió ser, puesto que él era el único transeunte y que los guardas nocturnos, arrebujados en sus esclavinas barraganas y la capucha calada, dormitaban sentados en los claros de las puertas.

Al doblar una calle angosta, dejando á sus espaldas la parte iluminada por la luna, vió que una mujer vestida de blanco y recatada con manteleta negra, iba por la acera contraria, á paso acelerado y sin volver el rostro.

Herberto presintió una aventura; aceleró igualmente el paso y no perdió de vista aquel cuerpecito que se contorneaba como el de visión fantástica; y aquella falda blanca que ondulaba ligeramente, cual ilusión que se aleja; trató de rebasarla para poderla ver el semblante, y no fué poca su sorpresa, cuando notó que velo espeso se lo impedía.

El deseo agigantaba sus formas; la soledad era cada vez más propicia y la tentación aguijoneaba con más fuerza.

Herberto se decidió á seguir de cerca á su desconocida, y pasando el arroyo, se puso de ella á muy corta distancia.

El taconeo de aquellos piesecitos, repercutía en el ánimo de Herberto, como la promesa de una esperanza, y el airecillo que formaba la manteleta, le llevaba el perfume de aquel aliento que debía trascender á rosas, de labios amantes.

Herberto rompió las hostilidades estrechando las distancias, y casi al oido de la dama pronunció estas palabras:

—Cumpliendo con un deber de caballero, me atrevo á ofrecerle mi humilde compañía.

—No hace falta—dijo la dama.

—Es que á tales horas.... y sola.... podeis ser víctima de algún atropello....

—Huid del peligro, aún es tiempo.

—¿Tenemos peligro? pues no os dejo; mi brazo os pertenece.

Y Herberto adelantó su brazo para que en él se apoyase la tapada. Esta retiró bruscamente el suyo y dijo con enfado:

—Retiráos.

Y violentó el paso.

No cedo, dijo entre sí el mozo, y la dama adelante y él detrás siguieron calles y más calles.

Los *serenos* canturríaban la hora y anunciaban el

tiempo; la zona de luz argentada, iba ascendiendo, como la marea de mar en calma, y ese frío penetrante, precursor de las mañanas, helaba la sangre y entumecía los miembros.

El galán no cedió. La dama hizo un mohín de impaciencia; cruzó á la acera opuesta en una calle sombría y llamó ruidosamente al zaguán ancho, junto al que permanecía abierto, á pesar de la hora, un expendio de verduras.

Herberto llevó instintivamente la mano al puño del revólver, y tan pronto como el zaguán abrióse, entró tras la dama, decidido á todo, menos á lamentar tiempo perdido.

Cerróse la pesada puerta, sin que la dama ni el criado que abrió le impidiesen la entrada. En el aseado patio piafaban los caballos uncidos al luciente landó; dos estatuas de bronce sobre pedestales de mármol, iluminaban con las luces de dos candelabros la espaciosa escalera entapizada, y entre las hojas y ramas de las plantas del corredor, jugueteaba la luz de los aposentos.

Herberto no vaciló ni un momento y subió, siguiendo á la dama, sin presumir siquiera en qué terminaría aquella aventura.

Llegaron al comedor, siempre en silencio; pasaron por una antesalita que debió ser el *costurero* de la dama encubierta, velado por una lámpara azul.

—Ya que lo habeis querido, dijo ella, indicándole al joven la entrada á un salón—pasad y esperad que os llame por la puerta de la derecha; no os impacientéis si os hago esperar.

Y cuando Herberto hubo penetrado, la puerta se cerró y oyó los pasos de la desconocida que se alejaba.

La luz era profusa en esta estancia, en que las colgaduras albeaban entre el terciopelo; la alfombra ahogaba los pasos y el chisporroteo de las estearinas apiñadas en

la araña, interrumpía el silencio que reinaba en aquella mansión misteriosa.

Diríase que no hacía mucho había terminado un baile en aquel salón, á juzgar por lo desordenado de los muebles y el conjunto de perfumes que llenaban el olfato.

Herberto se sentó en el confidente circular, encendió un puro y esperó tranquilo el desenlace de aquel episodio, único en su vida agitada de rico calavera.

Por fin se abrió la puerta de la derecha, y una voz, en la que Herberto reconoció á su embozada, le dijo que podía pasar.

Algo como un presentimiento, la sombra de la incertidumbre, el hielo de la duda, se apoderaron del mozo que afrontaba gustoso el peligro.

Y Herberto entró al aposento en que el enigma debía resolverse y el misterio se aclararía, con el mismo temor que si hubiera de pasar la reja de un cementerio á media noche.

El galán quedóse absorto. Se hallaba en la cámara de una reina, escasamente iluminada por lámpara color de rosa obscuro, y allá en una otomana que ocupaba el ángulo más velado, estaba como marmórea estatua yacente, el cuerpo de aquella mujer, hermosa, como la creación de un poeta.

—Acercáos sin temor—dijo la voz que parecía arpegio á la vez que gemido, mezcla de voluptuosidad y quejido de enfermo agonizante.—Sólo os ruego que no intenteis que me descubra.

Y el joven avanzó sin darse cuenta de lo que hacía, asaltado por sopor de fiebre. Cayó de hinojos ante aquella mujer que así lo arrastraba á un peligro como lo había dicho, y puso un beso ardiente en la mano que al descuido caía fuera de la manteleta negra que cubría su rostro.

La luz de la lámpara se extinguía. El salón inmediato

quedó en tinieblas y no hubo ruido alguno que turbara el silencio .....

.....

Herberto dejó aquella mansión misteriosa, enamorado de su bella desconocida, antes que las sombras se disiparan; el mismo criado le esperaba á las puertas del zaguán, y cuando se vió en la calle, procuró retener las señas de la casa, y convencido de que las reconocería después, se dirigió á su domicilio al que llegó cuando clareaba.

Al dia siguiente Herberto se desesperaba buscando su cartera en la que tenía documentos de importancia, y sospechando que podía haberla dejado en la casa de la mujer tapada, resolvió ir á ella para recobrarla.

Y así fué, en efecto. Llegó al ancho zaguán sin fijarse en más detalles que en el expendio de verduras que estaba abierto, como en la noche anterior; llamó en vano, y después de algún tiempo, una vieja le informó que hacía más de un año aquella casa estaba ruinosa y que nadie la habitaba.

Herberto pensó que la anciana lo engañaba y siguió llamando; pero bien pronto varios vecinos confirmaron el dicho de la anciana.

Entonces Herberto ocurrió á la autoridad. La mujer del expendio declaró que efectivamente la noche anterior había tenido abiertas sus puertas hasta más de media noche, y como este detalle fuera alegado por el joven, se abrió la casa para buscar la cartera.

Gran sorpresa fué para Herberto ver que el suntuoso edificio era poco menos que un montón de escombros. La escalera espaciosa no tenía más que unos cuantos peldaños. Los corredores se habían desplomado en su mayor parte y los aposentos estaban desmantelados.

Herberto reconoció la puerta vidriera por donde había salido y exclamó con frenesí:

—Esa, esa es la pieza en donde he estado.

Se puso una gran escalera de mano y por ella ascendieron Herberto y algunos vecinos; llegaron con dificultad al aposento, no sin desgranar aquellos muros vetustos, y..... ¡admiración general! sobre una gran piedra desprendida del edificio, estaba la cartera.

Herberto sintió un fuerte golpe dado en su cerebro, y próximo á perder la razón retrocedió; las baldosas del ruinoso corredor cedieron al peso de su cuerpo y el joven cayó desde la altura.

***

Una agitación sofocante despertó á Herberto que había caido bruscamente del confidente, y sobre un rosal de la alfombra pretendía incorporarse con la mano derecha, en tanto que con la izquierda se oprimía el corazón.

El despertar de su sueño fué horrible. El ajenjo cambió sus nubes opalinas, por la noche del *delirium tremens*.

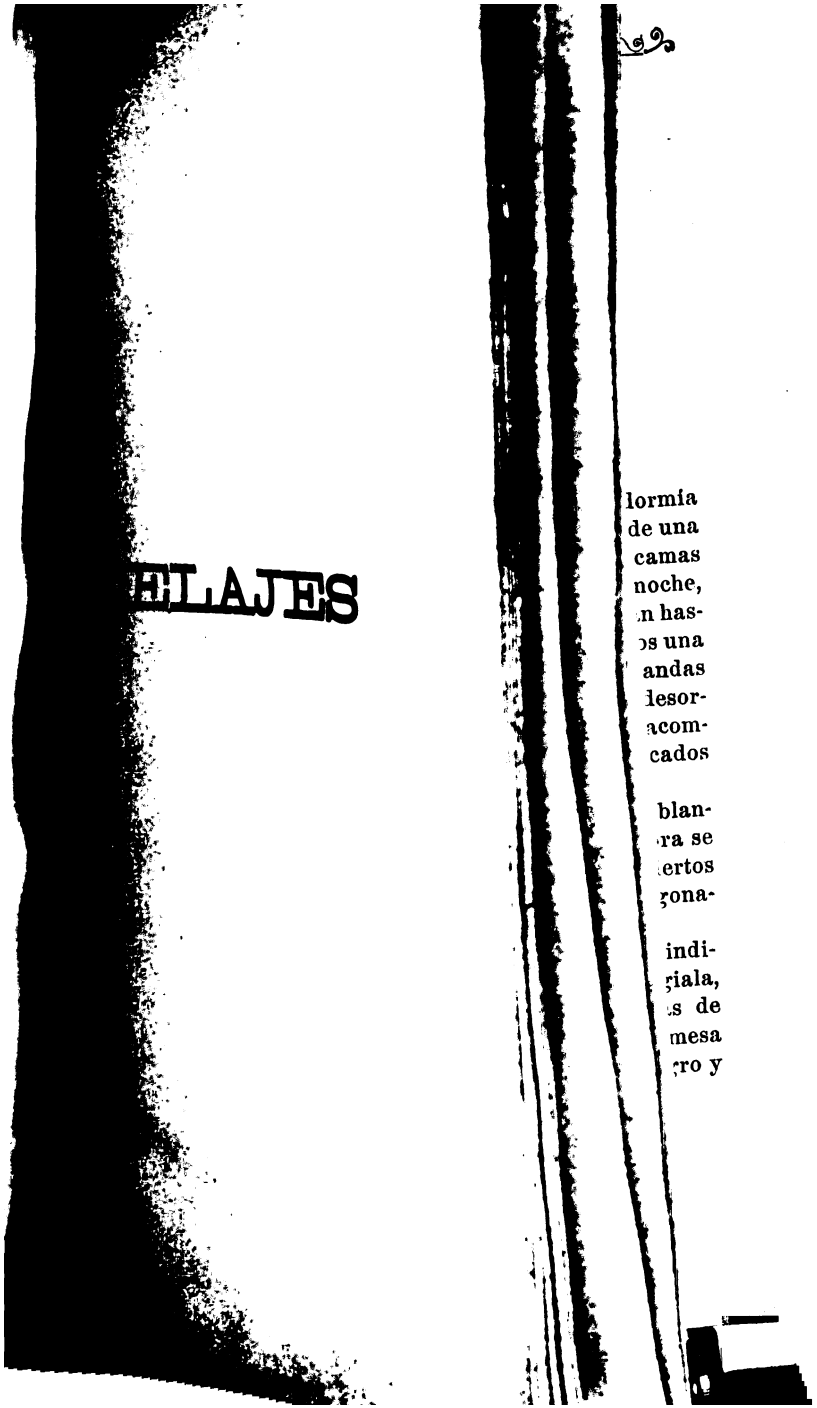
LA CITA.

MARGARITA era la única colegiala que no dormía en el galerón sombrío que tenía el aspecto de una sala de hospital, con su doble hilera de camas apenas separadas por estrechas mesas de noche, sus mezquinas lámparas de aceite que ardían hasta el alba humeando el techo y esparciendo á trechos una claridad vaga y tediosa; los cuerpos de las educandas afectando diferentes posturas bajo las mantas en desorden y las colchas rugosas; la jadeante respiración acompasada, el quejido inconsciente y los sollozos arrancados por los sueños abrumadores.

La alcoba de la Superiora formaba un conjunto blanco allá en el fondo del dormitorio donde la penumbra se reconcentraba, y los lechos de las Inspectoras cubiertos también por blancos pabellones, proyectaban poligonales sombras en el maqueado piso.

Las cruces de metal y los albaranes dorados que indicaban el nombre y número progresivo de cada colegiala, brillaban en el muro heridos por las intermitencias de las lámparas, y el grande crucifijo puesto en una mesa de altar, antigua, bajo un dosel de terciopelo negro y

SAL
IA



EILAJES

lormía
de una
camas
noche,
n has-
os una
andas
lesor-
acom-
cados

blan-
ra se
certos
gona-

indi-
giala,
s de
mesa
gro y

franjas blancas, mostraba sus miembros amoratados, las llagas con sangre coagulada, la cabellera polvosa y el rostro inclinado sobre el desnudo pecho. El resplandor de las luces de aceite bañaba la corona de espinas y la inscripción del *Inri* con mortecinos reflejos, y daba á los gruesos clavos de plata que sujetaban al madero el cuerpo del Galileo, una brillantez opaca que remedaba las cintilaciones bólidas.

Margarita se incorporó repetidas veces en su revuelto lecho, para cerciorarse de que sus compañeras dormían y dejaba ver entre las blancas sábanas el hábito azul del que no se había despojado desde que á la hora de *queda* fingía dormir profundamente.

Ningún ruido se escuchaba como no fuera el monótono sacudimiento de las ramas en el huerto, el lamento del surtidor de la fuente en el patio de recreo y el ligero silbido del viento al penetrar por los instersticios de las altas ventanas que ventilaban el salón-dormitorio.

El reloj del templo inmediato gimió doce veces con su lúgubre martilleo y poco después otros relojes más distantes repitieron la hora dejando en la tranquilidad del colegio, un eco lastimero.

—Es la hora—pensó Margarita—y ya iba á dejar cautelosamente el salón, cuando los pasos de una Celadora se dejaron oir acompasados y uniformes en el maqueado pavimento.

Apenas la desvelada colegiala se hubo vuelto á cubrir y simulaba roncar, la Celadora pasó como una sombra envuelta en su manto negro, llevando el rostro encuadrado en la blanca toca, á las camas de las educandas.

Perdióse la silueta negra de la vigilante por una puertecita que se hallaba cubierta con cortina verde, al lado del altar del crucifijo, y cuando el eco de las pisadas se extinguió, Margarita saltó del lecho, poniendo bajo las ropas una de las almohadas, y procurando no hacer rui-

do, dejó el dormitorio enviando al Cristo una mirada suplicante y rezando entre dientes; cruzó á tientas algunas piezas sin tropezar con ningún objeto, merced á la luz de la luna que iluminaba algo las ventanas, y se detuvo temblorosa y jadeante cerca de una ancha y elevada puerta.

No era la primera noche que Margarita se exponía á ser severamente castigada, quizá con la expulsión vergonzosa; pero ¡amaba tanto á Enrique!

Desde aquella mañana en que al salir de misa de seis le entregó la carta de correspondencia, no tuvo voluntad propia. Lo veía todas las mañanas en la iglesia medio oculto en la rejilla de un confesonario, y él, que no se conformaba con verla á través del velo que la cubría el rostro, le daba citas nocturnas á que ella accedía, no sin gran sacrificio de su timidez y candor de catorce años.

Bajó el pestillo, y la ancha puerta se abrió sin que sus goznes crujieran, gracias al aceite que de antemano puso en ellos Margarita, aprovechando la hora de recreo de sus condiscípulas y el descuido de las Celadoras.

Caminando lentamente de puntillas, en la penumbra de los departamentos, aquella niña parecía una evocación celestial en las sombras de un claustro, y en el corredor, entre las pilastras toscas y las arcadas sombrías herida por los postreros rayos de la luna, una Ofelia desolada ó un ángel mensajero, perdido en los laberintos del conventículo.

Atravesó varios patios, siempre volviendo atrás la cara y llegó á la chaparra puerta que conducía al jardín; quitó el aldabón y se quedó perpleja; pensaba en el castigo que la esperaba, quizá en la expulsión vergonzosa que la llevaría como delincuente al lado de su familia.

La expulsión era lo que más le preocupaba; había visto cómo salían las niñas despedidas del colegio á la vista de todas las educandas, sin el vestido azul que era el emblema de la pureza, cabizbajas y abrumadas por la

mortificación sufrida en público y conducidas hasta el locutorio por la madre portera; había leido en los cartelones del refectorio los nombres de las expulsadas y un presentimiento horrible le atormentaba.

Concurrir á la cita burlando la vigilancia y escandalizando, era una falta gravísima.

¡Podía ser expulsada!

Pero ya lo hemos dicho, no tenía voluntad propia. Enrique la esperaba impaciente al pie de la tapia que da al llano, y no debía faltar á la cita.

Entró decididamente al huerto cerrando á su paso la puerta; la soledad del jardín la infundió miedo y se quedó anhelante bajo el emparrado de entrada, escuchando, como un delincuente que teme ser sorprendido, los rumores de la noche.

La luna estaba próxima al Ocaso, sus rayos débiles y moribundos colgaban como hilillos de plata en las inquietas frondas; las hojas se veían á distancias, recortadas en la sombra, y el persistente surtidor del estanque, era una constante queja del agua que cae infatigable.

Era una de las noches breves de Junio, las que invitan á las vigilias del amor, saturadas de acres fragancias y de aromas de tallos.

Los racimos nuevos que se estremecían entre el follaje, los pinos que entrelazaban sus ramas, los rosales que coloreaban á lo lejos, los cálices que dormían y las hojas que se arrebujaban, el agua que llevaba en su góndola invisible la harmonía de los campos, los bancos y las mesas de piedra, las fuentes rebosantes que tan pronto remedaban besos furtivos como suspiros prolongados de amantes que se separan, todo aquello, misterioso y profundo, le hablaba de la vida del amor y la impulsaba al lugar de la cita.

La tapia estaba junto al recodo que formaba un filón, donde la hiedra era más abundosa y las campánulas ama-

rilleaban en profusión asomándose como novias impacientes.

El muro era bastante elevado; pero Margarita lograba llegar al remate valiéndose de una escalera de mano que servía al jardinero para podar los árboles, y Enrique trepaba por unas piedras salientes que le servían de peldaños.

Margarita subió agitada y nerviosa, y no bien hubo llegado junto á las campánulas, cuando vió salir de entre la maleza la silueta de un hombre y oía murmurar recelosamente y por lo bajo estas palabras;

—Margarita, Margarita!

—¡Enrique mío!—dijo ella—y el mancebo comenzó á trepar ligeramente por la tapia.

La luna se recataba en esos momentos tras un nubarrón cercano al Occidente, como queriendo no ser indiscreta; así que, cuando los amantes estuvieron juntos entre la enmarañada hiedra, mano sobre mano, confundidas las miradas y los alientos formando un solo ambiente, caía la sombra sobre el huerto, y el misterio de la noche veló aquel cuadro en que los geniecillos del amor revoloteaban como espíritus seráficos en torno de aquella pareja enamorada en los albores de la juventud.....

,.....,

.....

Sonó una campanada vibrante y argentina, sola, como ilusión que huye; tétrica como es todo ruido que interrumpe el silencio augusto de la noche. Era la una de la mañana, dada en el reloj del cercano templo, en lo alto de aquella iglesia en que podían verse todas las mañanas Margarita y Enrique. El eco de la campanada recogió otros sonidos semejantes, y las vibraciones pasaron dejando reanudarse el quejido del chorro del estanque, el suspiro del arroyuelo, el cuchicheo de las inquietas frondas y el susurro de las fuentes.

Sonó tímido como el piar de una ave, arrobador y sublime como el concento de un órgano que salmodia, y breve cual una exhalación, un beso apasionado.

Era el ósculo triste de despedida.

Asomó cautelosa la diosa blanca de los sueños; el nubarrón desapareció, y al hacerse la postrera luz del nocturno astro, vióse descender al doncel llevando un ramillete de campánulas; la dama, puesto el pie en el primer travesaño de la escalera, se inclinaba sobre la tapia separando con su mano delicada las abundosas matas de la hiedra y seguir á su novio con la mirada impaciente, como si algún peligro le amenazara. Un beso alado, el último en aquella entrevista, llegó hasta los labios de la joven, y otro no menos ardiente, era recogido por el mozo.

Enrique se perdió en la maleza, y Margarita bajó al huerto suspirando y entró al dormitorio procurando no meter ruido.

Algunas lámparas se habían extinguido. Era más jadeante la respiración de las colegialas que dormían. La alcoba de la Superiora estaba en la más completa obscuridad. Todas las Celadoras dormían agobiadas por los turnos de vigilancia. Sólo el gran crucifijo parecía velar en el fondo obscuro del salón.

Margarita llegó á la cama, poseída de un miedo cerval, comenzó á despojarse del vestido azul violentamente, para meterse en el lecho, y al bajar las sábanas para quitar la almohada que había colocado, vió incorporarse á la Superiora.

Margarita iba á dar un grito de terror; pero la buena Madre, la impuso silencio imperiosamente, diciéndola:

—Mañana sabremos dónde ha pasado Ud. una hora fuera del dormitorio.

Y dejándola acostada, se retiró.

Al día siguiente, el capellán aconsejó á la Superiora que se expulsara á la colegiala por motivos de orden, y ésta dejó el colegio con profunda tristeza, porque allí quedaban los recuerdos de su primer amor.

EL BAÑO.

La tarde languidece como virgen enferma por el amor y el vaho sensual de la costa adormece y enerva á aquella naturaleza tropical que reclina su frente apiñonada en el elevado médano y duerme las siestas en estío abanicada por los esbeltos cocoteros. Los platanares inclinan fatigosamente sus anchas hojas, como achacosos ancianos que doblegan su cuerpo macilento; la palmera se orea abochornada; el manglar colorea á lo lejos disputándose los tonos del amarillo oro del espacio; el cafetal sacude su pereza, y de los naranjos en flor, cuelgan indolentemente los azahares que se retratan en el cristal del agua, cual si después de la boda yacieran olvidados junto al espejo de la desposada.

El cielo está azul, sin una nube, y la campiña verde, sin una hoja seca, ni un tronco desnudo. La reina Primavera está alojada en su palacio tropical y los diarios festejos han sido constantes; el color y el perfume se multiplican para recreo de la soberana; hay siempre guirnaldas renovadas por el dios Amor en las arcadas azules del palacio; los ruiseñores no interrumpen sus endechas y sus barcarolas, y las cortes aladas llegan por la mañana y por la tarde dando al aire sus trinos cadenciosos.

El Príncipe rubio, el eterno enamorado de la Primavera, la acompaña por todos sus dominios, ha estado celoso durante la ausencia y no quisiera volver á separarse de la eterna viajera de los mundos; por eso trata de separarla del festín y llevarla en su opalina carroza, á su feudal castillo del Ocaso para hacerla regresar por la noche, surcando el lago del espacio en góndola de plata; pero la Primavera es caprichosa y no acompaña á su amante hasta que no hayan pasado los festejos. Con razón el Príncipe rubio se aleja tan triste á su feudal castillo del Ocaso, solo, sin un celaje pajecillo que pueda ser testigo de su pena.

***

Las vaguedades del crepúsculo caen con sus primeras sombras sobre el pajizo techo de la caseta de baños, y la luz amarillenta que sombrea tediosamente las enramadas, vela los secos cañaverales que forman los muros de ella.

La corriente del río es sosegada y se desliza entre escuetos juncales que se enlazan cariñosamente; los guijarros brillan en el fondo arenoso; las arboledas juntan sus altas ramas en el remanso que parece un rinconcito de la selva, y el barro húmedo y resbaladizo mezcla su agradable olor de tierra llovida, con el aroma del floripondio que campanea gallardamente, el girasol que se abre como un resplandor de fuego, y la madreselva que se arrima medrosamente á las raíces y á los tallos.

La endeble puertecita de varejones y de ramas, ha dado paso á un airoso cuerpo de mujer, cuyas formas se contornean graciosamente en la bata de muselina blanca, á una cabellera negra que cae ensortijada y luciente sobre la espalda hasta tocar con las finísimas guías de la crencha la abultada cadera y á unos piés breves metidos

en medias color de rosa y holgados en chancletitas rojas bordadas de oro y lentejuela.

La espiritual costeña ha vuelto atrás la cara antes de cerrar la puerta, como si temiera que alguna mirada indiscreta fuera en su seguimiento, y una sombra de rubor, de ese rubor *sui géneris* de las hijas del trópico que tiene mucho de las nieblas del mar, del nublado de los horizontes y del caldeante sopor de las playas; la mirada insistente como luz de faro, parecía transponer los follajes, y de sus ojos garzos que tienen la expresión de las ceibas acalorizadas, se desprendía impaciente una investigación cauta y temerosa; de los labios salientes, con la esperanza de ver una isla cercana en horas de naufragio, brotaba una sonrisa, de gracia tímida y recatada, un temor inconsciente como el de las Vestales enamoradas.

Gimió la brisa entre los carrizales y las pajas; murió el rayo de sol en la techumbre pajiza, los varejones y las ramas; oreóse el barro, dieron sombra más densa los árboles, el remanso se hizo intrincado y los guijarros dejaron de brillar, como dejan de irradiar las pupilas de los niños próximos á dormir.

La corriente del río sintióse herida en sus argentadas ondas; la luz se ocultaba en el follaje y la brisa se detuvo ledamente entre las yerbas pequeñas.

Entraba al baño la costeña como Driade á quien acecha el Fauno, se despojó candorosamente de las telas níveas que cubrían sus encantos, arrojó lejos de sí con la impaciencia de sultana, las chancletillas rojas bordadas de oro y lentejuela, sacudió como leona herida la cabellera, y toda desnudez, se metió en el agua. Los juncos se inclinaron más que de ordinario remedando eunucos sumisos ante la belleza que guardan, las madreselvas se recataron bochornosas y los floripondios permanecieron suspensos en sus tallos.

LAS GAVETAS MORTUORIAS.

Allá van esos sepulcros ambulantes con sus departamentos herméticamente cerrados atrayendo la respetuosa y doliente mirada de los hijos de los barrios, dizque preocupando hondamente al Superior Consejo de Salubridad y al M. I. Ayuntamiento, y siendo el desprecio y la indiferencia de los mimados de la fortuna.

Son las *gavetas mortuorias* que atraviesan la ciudad á la hora calurosa de la siesta, cuando el celaje huye y baja á bañarse á los lagos como torcaz sedienta, y los campanarios bostezan el toque de las tres de la tarde, y sube con olorcillo húmedo y fresco el vapor de la tierra regada en la vía pública.

El ocioso *Tenorio de vecindad*, que espera en el zaguán la salida de su amada para irla requebrando hasta la próxima tienda, rinde el sombrero que le sirve de escudo en las nocturnas contiendas de encrucijada, en esos *duelos* que tienen por causa la embriaguez, por arreglo condicional el insulto correspondido inmediatamente; por testigos el gendarme que dormita y los claros de mezquina luz que salen de las puertas de los figones; por sitio los inseguros callejones y anchas plazuelas, y por armas la *chabeta* y el *tranchete*.

Aquellos cajones numerados que sólo tienen por luto lo fatídico de su aspecto, pues el color varía del café bajo al pardusco plomizo de los peñones y acantilados, intimidan al desalmado que se disputa un arroyo de sangre, cuerpo á cuerpo, casi noche por noche; por eso el sombrero de petate, el de copa cónica y falda levantada, el que tiene mal zurcidas las muchas cuchilladas que pudieron haber sido otras tantas heridas en el cuerpo de su dueño; el que no sabe de cortesías ni caravanas, saluda á los muertos miserables.

El artesano que holgazanea en la taberna y el *mozo de cordel* que espera trabajo en la vinatería, suspenden sus frecuentes libaciones, cuando pasa el carro de los muertos.

Los niños interrumpen sus juegos callejeros con el terror instintivo de la muerte. Los mendigos enfermos, suspiran anhelando el supremo alivio de sus infortunios, y aun la juventud viril y soñadora, la que vive absorta en sus ilusiones arrastrando el patrimonio del trabajo, se inmuta en presencia de aquel vehículo fúnebre que conduce desgraciados despojos que fueron también, juventud, sueños, ilusiones.

Si por acaso un opulento *viejo verde* que se dirige en valioso carruaje á la casa de la amante caprichosa es sorprendido por las *gavetas*, se arrebuja en el acojinado asiento, y no quiere ver aquello que le recuerda su propia miseria. Su vanidad humillada, le inspira el desprecio á esos viajeros del cementerio que van por el camino del no ser, ocultos en cajones invisibles.

***

Un aire de plazuela orea el fuego canicular que da calor de horno á las fáchadas de las humildes casuchas de

barrio, y lleva en su aliento de sofocación el contagio de enfermedades mortales. De la tierra sin riego que forma huellas y surcos por las pisadas de los transeuntes y las ruedas de las carretas, sube menudo polvo, si algunas ráfagas de ligero viento agitan la atmósfera.

En las accesorias, hay harapos puestos al sol y muchachos infelices que exponen sus desnudeces á la intemperie.

Canta el ebrio en la pulquería; riñen en la tienda los parroquianos de la vinata y las esquilas de los templos inmediatos voltean sacudiendo su pereza de siesta.

Son: la plazuela de San Sebastián, famosa por la valentía *leperuzca* de sus vecinos en las épocas en que los guardianes del órden público merecieron el epíteto de *padres del agua fría;* la de la Concepción, que aun tiene en el centro una capillita que data desde el virreinato de Méjico, y la de Tumbaburros que aterra todavía con el recuerdo de los ajusticiados que morían en la horca.

Allí se instalan las *gavetas mortuorias,* junto á la iglesia parroquial que mal disimula su antigüedad con el moderno enverjado, en la esquina del viejo pero bien conservado edificio llamado de las . «Hermanas de la Caridad,» y al lado de la tosca fuente seca y desportillada del «Salto del Agua.»

Crujen las mal clavadas tablas de los *cofres* corrientes pintorreados de amarillo á franjas negras ó de negro de humo, salpicado de marmaja, al ser colocados en el suelo en tanto que el vagón fúnebre llega, ó al arrojarse en los departamentos; mézclanse con las brillantes arenillas y las cruces puestas en las tapas de los féretros pobres, las lágrimas de los deudos que van á pie rumbo al panteón, y después del ruido trepidante de las cerraduras, l golpeo de las cajas puestas de mal modo en las *gave-*
s y del cascabeleo impaciente de la mula, el vehículo pone en marcha, y los lamentos, los gemidos y los so-

llozos con que fueron depositados los cadáveres, vanse perdiendo con los últimos ecos de las campanas.

El hogar ennegrecido por la miseria, ha cerrado sus puertas tras un cortejo fúnebre, sin amigos. Los despojos de una victima de la fatalidad, llevados en el último lecho de la desgracia, han despertado las postreras conmiseraciones de la humanidad que siente y los reproches de la humanidad que se desprecia á sí misma.

***

Se aleja el carro de la muerte pobre, la que no es recibida en recámaras confortables bajo *plafonds* riquísimos, ni entre ambientes perfumados, sino en albergues faltos de sol, como los antros á cuyas puertas gime la libertad y ríe el crimen; húmedos como las tumbas y lóbregos como las soledades sin amor.

Porque en los asilos de los desventurados, hay prisiones del deseo, cárceles del espíritu y calabozos de los sentimientos; sepulcros cavados por la mano del destino, para inhumar esperanzas, y desiertos en que se pierden las afecciones; así como hay en las casas de los potentados, alcázares de ilusiones, verjeles de ambición y palacios de orgullo.

Ya se alejan aquellos sepulcros ambulantes, en los que duermen el primer sueño los viajeros del no ser que han soportado la jornada de la vida, mendigando la parte que de felicidad les corresponde en la común existencia.

El *afanador* ha cambiado violentamente las ropas de la cama que ha dejado vacía uno de esos viajeros, y sobre la plancha del anfiteatro yace otro cadáver esperando ser desgarrado por el escalpelo.

La humanidad tiene un individuo menos en quien alardear de filantropía; la ciencia un elemento más de práctica con que apoyar sus principios.

***

Un murmurio parecido al que levanta el oleaje del mar cuando la tarde muere, se desprende de las arboledas bajo cuyas frondas pasa rápido el carro de las *gavetas*; amarillea una franja de sol mortecino en el horizonte, los celajes bajan á bañarse en los lagos como torcaces sedientas, y las lejanías color de zinc, que pudieran tomarse por vastas planicies que se extienden mas allá de los montes, se van poco á poco obscureciendo

En tanto el carro gratuito, el de color café bajo, avanza, avanza entre los demás vagones que llevan la alegría á las poblaciones inmediatas.

Quedan tras el camino los últimos ruidos que se pierden en las estaciones de un tren; las trompetillas de los aurigas de los ferrocarriles del Distrito suenan como lejanas trompas de caza entre matorrales y arboledas. El cochero del vagón de las *gavetas*, fustiga á las mulas, y éstas, en sus cabeceos, dejan oir más lúgubre el ruido de las colleras.

Es que ese cochero tiene impaciencia por llegar al panteón de Dolores, le fatiga la subida de las lomas, le rinde la faena del garrote y tiene deseos de regresar pronto á su hogar donde le esperan la frugal cena, las caricias de los hijos y las dulces palabras de la esposa.

Los cocheros de los carros fúnebres que el Ayuntamiento pone al servicio público, merced á la boleta que se recaba en una de las Inspecciones de Policía, no fingen como los de negra librea y sombrero de copa, tomar parte en el pesar de los dolientes. A los cadáveres que el Municipio inhuma en bien de la salud pública, sigue tan sólo el olvido con su séquito de desengaños.

***

La portada de la última mansión de la vida, la que abre sus brazos de hierro para estrechar al espíritu que se despide, la que besa la frente de los muertos con su ósculo de paz y parece indicar con sus rejas que está vedado el paso á todo lo que no sea recuerdo, recibe por fin á esos sepulcros ambulantes, para ofrecer los verdaderos, donde los átomos de la materia se desligan y duermen.

La campanita del cementerio llama con sus ¡ayes! de bronce, fundido para el dolor. Los enterradores se apresuran al trabajo fastidioso de los *muertos de balde*, de los que no han de valerles ni una pequeña propina.

Queda en el libro de la Administración, un nombre que no será nunca registrado, y en lo último de las tumbas, allá donde la arboleda se escueta, y no llegan, ni una lágrima, ni una flor, ni un suspiro, una fosa cubierta por un montículo de tierra que pronto se convertirá en fango, cuando las lluvias caigan sin hallar hojas y cálices en que posarse.

¡Cómo me traen á la memoria esos cuadros de miseria póstuma, aquellos versos delicados del poeta:

«Los que reposan en las tumbas secas,
Señor, ¡no tienen madre!»

RINCONCITOS DE AMOR.

El recuerdo pasa como racha fugitiva; unas veces conmoviendo tallos y hojas, silbando entre los peñascos y ensortijando las inquietas aguas de los arroyuelos: en ocasiones, es acerada hoja que sangra la corteza de los arbustos para dejar señal indeleble; guijarro que brilla en el fondo de un estanque; inscripción que el tiempo hace ilegible sin destruir del todo los gruesos caracteres trazados con el lápiz; una mata, un pedruzco, ó un asiento rústico. El viento vuelve á mecer las flores á su paso y muere en una onda; el tronco se descarna y se convierte en esqueleto de raíces, se enturbia el agua del estanque; la lluvia agrieta la roca; el pedruzco rueda al abismo; la mata muere; y el asiento, confidente de secretos íntimos, desaparece para que los varejones que lo formaban den fuego y calor en la choza del pária; y no obstante, el recuerdo existe.

¡De cuántos no están ideológicamente llenos los huertos y jardines que rodean la metrópoli!

El amor, es ave que siente la necesidad de cambiar de nido; los nuevos ambientes prolongan la vida de ese histérico que á fuerza de creer mucho se hace hipocondriaco, y los viajes que la imaginación proyecta, indefinidos,

dan salud pasajera á ese enfermo del alma que se asfixia en las ciudades y busca el aire libre de los campos.

Vamos á uno de esos *rinconcitos* donde por temporadas el enfermo olvida sus dolores y acopia misteriosos beleños para dormir en calma.

Durmamos, pues, ya que *la vida es sueño.*

***

El paraiso americano, como se ha llamado al Valle de Méjico, ciñe con rocas de granito las dilatadas llanuras que se extienden á los lados de la ancha calzada que conduce á la Villa de Guadalupe Hidalgo. Las escuetas arboledas que sirven de linderos á ese camino, dejan ver libremente los penachos del Papocatepetl y el Ixtlazihuatl, guardianes legendarios que ostentan majestuosos sus perpetuas nieves. Entre los esbeltos troncos, destácase el antiguo *camino de piedra* con sus pilastras conocidas con el nombre de *Misterios:* cruces de madera y mampostería que anuncian al viajero la muerte de algún infeliz, arrollado por la locomotora; y la mediania de la jornada, indicada con una plazoleta, hoy de bancos ruinosos y de portadas desportilladas que el tiempo ha dejado en pie.

Allá en el fondo de una lejanía en que las frondas parecen formar ángulo, se yergue la suntuosa Basílica Guadalupana, en el mismo sitio en que se alzaba antiguamente, sencilla y modesta ermita, primer templo en que se veneró la *morenita* mejicana, la virgen india, que según la leyenda mística, se manifestó al indio Juan Diego, dejando en su *ayate* ó tilma su imagen venerada.

Esa calzada, por la que á menudo vemos arrastrarse de rodillas á personas que han hecho tal promesa; á los ancianos que van con sombrero y rosario en mano desde la garita de Peralvillo hasta el Santuario, es uno de los pa-

rajes que el amor recorre, en cómodo asiento de primera ó segunda clase de los ferrocarriles del Distrito.

Sin más creencia que la del *yo* personificado en un sér formado de dos voluntades, el enfermo del alma asomado á la estrecha ventanilla del coche, deja que la oración, como paloma blanca, suba á las alturas; él se conforma con los delirios de su fiebre; no evoca la mística tradición, porque le basta con su misticismo ideal, y si por acaso su mirada tropieza con las cruces y las pilastras que se hallan á la orilla del camino de piedra, piensa entonces en sus martirios y se consuela aspirando el fresco ambiente del campo, inundándose con la indeficiente luz del infinito espacio.

***

Como si un atractivo profano faltase donde el culto católico ha puesto las esperanzas de los creyentes, el arte en desórden, lo antiestético, lo más trivial hermosamente combinado, forma una CASITA á la falda del cerro del Tepeyac, en cuya cima se venera también la imagen Guadalupana.

Es la CASITA un conjunto de haces luminosos que produce la luz al herir la roca en la que se ven incrustados tiestos de loza finísima y corriente, azulejos, fragmentos de conchas marinas y caracoles, pedacitos de esferas de cristal, artículos de porcelana rotos, y otros muchos desperdicios brillantes de material diverso que atraen con sus facetas multicolores.

Asciéndese á ese Santuario humilde, á la vez que sublime, del arte, por la rampa de piedra que conduce á la capillita del cerro y al panteón situado en la misma eminencia, y al transponer el portoncito verde que da entrada á lo que pudiéramos llamar la antesala del goce de la vista, se siente algo parecido al recogimiento que experi-

menta el ánimo á la entrada de los panteones. Es que en aquella CASITA está la racha de viento silbando entre los peñascos y conmoviendo hojas y tallos; es que hay inscripciones borrosas que son los lazos funerarios del recuerdo.

Cuando el viejo Conserje descorre la pesada cortina de lona cruda que cubre aquel escenario encantador, algo como sueño de la infancia que hemos olvidado, se presenta ante nosotros con una realidad hermosa.

Se abisma la mirada; el pecho siente un espasmo delicioso; el espíritu se alegra y asaltan vehementes deseos de llorar y reir al mismo tiempo.

Subiendo la primera pequeña escalinata, nos hallamos bajo un arco artificial de pómez recamado de brillantes estalactitas. Desde allí, vense en rápido ascenso los muros de granito, literal y profusamente incrustados como dejamos dicho, y es tan curiosa el alma, si de halagarse trata, que no es fácil perder uno solo de los insignificantes detalles que se destacan entre la esponjosa piedra. Ya es un pavo real perfectamente imitado con tiestos de cristal, ya un torreón chino hecho con azulejos, ora una finca rústica en el peñón que se inclina, ora un corazón atravesado por roja saeta; aquí un soldado con aspecto de centinela inflexible, allá una maceta con abundantes hojas, y por doquiera la inspiración rústica, el talento inculto; pero en todo ello, la expresión de una idea.

Una gruta que nos recuerda aquella en que se unieron espiritualmente Romeo y Julieta, forma el contraste del sentimiento místico religioso y el sentimiento místico del amor mundano; bajo aquella bóveda irisada como el cuarzo, mora la felicidad divina. En las escalinatas que van entre arriates y peñascos, mora también la dicha de una cita amorosa, de un beso, de una promesa, de un suspiro.

Las virgencitas que en los huecos de la roca ven aquí

y allá á través de las pequeñas vidrieras, con la mirada casta de los santos, no son menos bellas que las imágenes evocadas por el espíritu que ama. Surgen de aquellos sitios, al influjo poderoso de un apretón de manos, de una mirada ó de una sonrisa, edenes encantados que la fantasía puebla de ilusiones y de esperanzas; auroras de felicidad vislumbradas entre nubarrones de infortunios, crepúsculos alegres y siestas deleitosas.

Unas cuantas horas de permanencia allí, entre inscripciones borrosas, que son las señales del paso de dos amantes, con nombres de mujeres grabados en los blancos tiestos, con tarjetas depositadas en urnas de roca y cristal, con escondites floridos y departamentos propios para besarse á solas, bastan para indemnizar á los seres que se aman, de todas las amarguras que el mismo amor les proporciona.

El curso de los años, no ha respetado aquel paraje al que se penetra con el recogimiento que se experimenta á la entrada de los cementerios, y se deja llevando en el alma el presentimiento de un desengaño y en la mente la profunda huella que marca á su paso la contemplación de todo lo que muere.

Hay bancos de piedra que parecen haber sido azotados constantemente por las olas de un mar embravecido; umbrales y dinteles ruinosos; hojas secas que recuerdan el invierno, y varejones que retuercen sus brazos resecados entre uno que otro geranio lánguido, al lado de la *bola de fuego* que colora entre los tallos macilentos.

El olvido envuelve entre su mortaja de desencanto, muchas de las ilusiones que nacieron con las irradiaciones de los tiestos y á la sombra de aquellos irisados peñascos seculares. Cada grieta es una cuna y un sepulcro. El cristal y la porcelana, son los fuegos fatuos que fulguran en las eternas noches de la ausencia.

Cuando la luz huye medrosa, los cambiantes de aque-

lla pedrería, antójanse miradas moribundas de amantes desoladas. Y al hacerse la sombra entre aquellas estalactitas caprichosas, el espíritu percibe hondos gemidos, lamentaciones acalladas con la brisa leda de la tarde, y murmullos de almas en pena que reclaman el cumplimiento de una promesa; suenan á besos prolongados los chillidos de los insectos que buscan su madriguera entre la roca, y los ecos apenas perceptibles de los últimos ruidos del día, llevan el de las risas alegres que, como aves nuevas, han pasado por aquellos sitios.

El Conserje agita pausadamente el puñado de llaves que corresponden á las puertas de los comedores empolvados y á la del portón verde, cierra éste, y se aleja por la rampa cabizbajo y pensativo.

¡Pobre anciano que va con el peso de sus años á descansar de tan fatigoso fardo, para volver con él al día siguiente á la portería de la CASITA!

Como los viejos guardadores de las tumbas, ¡cuántas lágrimas habrán conmovido su atribulado corazón! ¡Cuántos goces eróticos que son como el lujo de las miserias humanas, habrán escandalizado á su experiencia!

***

La argentada luz de la luna se posa en la enhiesta cúpula de la capillita del cerro del Tepeyac, serpea entre los claros del campanario, besa las frondas del antiguo panteón proyectando en el suelo las sombras negras de las hojas, orla de plata los suntuosos sepulcros que son el postrer testimonio de la vanidad, y se precipita como azul cascada por las caladas piedras de la roca. Entonces las múltiples incrustaciones de loza, cristal, concha y porcelana, remedan astros perdidos en la penumbra que las peñas producen; las miradas bondadosas de las vírgencitas acaso vean tras la pequeña vidriera, el sueño

de las flores, y allá en los bancos de piedra, en los apartados escondites y en la gruta de bóveda irisada como el cuarzo, se darán quizá nocturna cita los espíritus de los que por unas cuantas horas se entregaron al platonismo en aquella soledad donde el arte inculto, pero sublime, revelado por el desórden, el descuido y lo antiestético, forman un conjunto encantador.

Las citas de los espíritus se manifiestan por los sueños que son como una refracción de esa luz ideal que nimbea á la materia.

¡Dichosas las almas que sueñan, porque ellas no han olvidado!

CONFIDENCIAS.

Vagaban aún por la sala las notas aristocráticas de un vals de Straus que una amiguita de la casa había ejecutado en el piano antes de marcharse en el *cupé* que la esperaba frente al zaguán; el anciano Doctor, padre de Angelina, leía pacientemente el periódico del día junto á la mesa-consola; la obesa ama de gobierno, institutriz de la niña, elevada al rango de señora de la casa por la viudez del Doctor, dormitaba en un extremo del sofá en tanto que Angelina y un joven amigo íntimo y visitante asiduo, départia con ésta, cerca de la vidriera del balcón á la cual se agrupaban las sombras de la noche, como cabalgatas de fantasmas evocados en lúgubre leyenda.

A un novio oficial de seguro que no se le hubiesen permitido tales confianzas; pero á quien había frecuentado la misma escuela en que estudió la niña, á quien con ella había perseguido en el prado á las mariposas y merced á las contiguas viviendas, jugado con ella en las horas de asueto, bien podía permitírsele ciertas libertades con la locuela de la casa, sin temor de que, siguiendo esa rogresión creciente que según unos determina el amor iando el primer término es muchas veces la indiferen-

cia y aun el odio, la familiaridad engendrara el cariño, éste el delirio, luego el frenesí, y por último, el matrimonio.

Angelina y Ricardo hablaban del amor como pudieran hacerlo dos colegialas que se comunicaban sus impresiones femeniles, y mientras la una idealizaba, el otro se llamaba á desengañado y á insensible.

Afuera, la obscuridad de la noche sin una estrella en el firmamento, con sus lucecillas del alumbrado público que parecían clavillos de oro en negras cabelleras de mujeres tristes. Los edificios engrandecían sus fantásticos contornos, rotos á trechos por la penumbra densa. Los campanarios lejanos se alzaban en las lontananzas como escuetos peñascos en delineaciones informes y semejaban las quimeras de la fiebre; los mil ruidos de la ciudad próxima al sueño, llegaban hasta el balcón como ecos perdidos interrumpiendo el silencio que invitaba á las confidencias que embellecen más el amor cuando éste impera, y hacen renacer, siquiera sea por un momento, las pobres ilusiones catalépticas.

Adentro, los raudales de luz color de perla diluida que esparcía el quinqué de blanca pantalla, los de oro que subían desde los candelabros al tapiz crema, y los de iris que besaban los prismas de cristal en la araña que pendía del florón central del cielo raso.

En la calle, las languideces de las orgías á la intemperie, el caos que proporciona el vértigo de lo desconocido, las frases sueltas que se unen al murmullo que pasa, y por último, la soledad que se difunde y se hace cada vez más sombría, imponente y amenazadora.

En el hogar de Angelina, el recuerdo que nutre al sentimiento, la vejez que se despide de la vida y las alboradas de la juventud, que llegan sonrosadas despertando el alma á la vida del amor.

Entre aquellas manifestaciones de luz y de tinieblas, de afecciones y de misterio del insensible y descreído

amigo de Angelina, fluctuaba como los destellos de luceros errantes, entre la realidad de la vida, la idealización del sentimiento.

He ahí dos almas que como errabundas exhalaciones del infinito se hallaban aquella noche, la una rumbo al país de la quimera, la otra de regreso á las regiones del desaliento.

***

Angelina se arrebujó en el silloncito mecedor que ocupaba, llevó los pliegues del *fichú* á la boca purpurina en los momentos que se estremecía cual si una corriente de frío la hiciera tiritar, y ahuyentando un bostezo, dijo, como reanudando una conversación:

—Sea de ello lo que fuere, amigo mío, el amor nos eleva sobre las mezquindades terrenas, así como el positivismo de que tú haces alarde, tarde ó temprano abandona á su víctima y la deja entregada á sus propias desilusiones; el hastío es el áspid que mata las flores recién abiertas; el constante deseo es el tallo que siempre tiene hojas nuevas.

Y prosiguió sin dar tiempo á que el amigo refutara sus teorías de niña enamorada.

—Desde que en una mirada recibí el pensamiento del único hombre que amo en la vida, y guardé ese pensamiento en lo íntimo de mi corazón, desde que cayeron como feraz rocío en mi alma las frases apasionadas que por primera vez escuchaban mis oídos, frases que despertaban en mí una ternura no sentida hasta entonces, que me enloquecen haciéndome desfallecer en brazos de supremo deliquio; desde que tuve la emoción sublime de oprimir con mi mano la suya y mi cintura rodeada con su brazo, y me perdí en el vértigo del baile, embriagada por el olor de las rosas y el ambiente cálido de su alien-

to; desde que sueño, en fin, con una imagen que venera mi alma apasionada, mi voluntad entera se va tras la de aquel hombre á quien adoro, y todas mis fuerzas se funden en una sola felicidad: la de amarlo.

Cuando por acaso estamos solos en esta sala y comienza por hablarme de cosas indiferentes á nuestro amor, como si temiera ir demasiado lejos retenido por la pureza de su pasión, y adivino, en la torpeza de sus palabras, en las vibraciones tímidas de su voz y en las inflexiones de su garganta, como si estuviera atormentado por la sed, que tales frases ociosas son el disimulo de una exageración de su cariño, comprendo que él, como yo, no tiene voluntad propia, que su corazón late impulsado como el mío por un mismo sentimiento, y que nuestras miradas se mandan efluvios de esperanza.

Yo, por el contrario, soy demasiado indiscreta, lo confieso; cuando estamos solos, quisiera que acercara su asiento junto al mío, que teniendo mi mano entre las suyas me dijera palabras ardientes como yo las concibo cuando estoy á su lado, sin atreverme á revelarle el secreto de mi alma; que estrechándome entre sus brazos, sin que yo pudiera deshacerme de ellos cual si fuera presa de un síncope, posara sus labios en los míos, y en un prolongado beso, aspirara todo mi sér, y con él, todo mi amor. Ese minuto de felicidad, ese instante en que debe experimentarse la sensación de una agonía lenta, de un éxtasis interminable, sería la suprema delicia, la completa posesión de una alma por otra alma.

Y Angelina, como si la rindiese la fatiga al terminar un prolongado paseo, se echa de espaldas sobre el respaldo del sillón mecedor, y exclama suspirando:

—Pero ustedes los hombres no pueden apreciar en lo que vale la primera caricia que el amor inspira.

Y llevó la mirada hacia los cristales de la vidriera del balcón, donde las sombras de la noche se agrupaban co-

mo cabalgatas de fantasmas evocados en lúgubres leyendas.

***

El insensible, el descreído, había querido respetar aquel delirio amoroso en que cayó Angelina, pintando su pasión y dando rienda suelta á su afán de caricias, y por lo mismo no osó despegar los labios hasta que el delirio pasara.

Vió en la desdeñosa actitud de su amiga de la infancia, el momento oportuno de dar su opinión sobre el particular, y seguro de ser escuchado sin interrupción, objetó de esta manera:

—A tu edad, Angelina, el mundo se presenta con todos sus engaños, que se disfrazan de goces inocentes para matar alevosamente la ilusión. La mirada que cae sobre una alma virgen, se lleva otro pensamiento que no es el de la pureza, agota los tallos del deseo y troncha despiadado las flores nuevas. Las frases que no son dictadas por el verdadero sentimiento del cariño, intoxican y enferman de muerte.

Cuando esos instantes de felicidad pasan, quizá no vuelvan más; el ósculo suele ser el voraz incendio que devasta cuanto halla á su paso, las llamas del beso suelen palidecer, la grana de los labios extinguirse, los recuerdos huir y carbonizarse los sentimientos. ¡Cuántas veces, al convertir la memoria á un beso perdido, se pretende inútilmente volver á él con las sensaciones que remedaban una agonía lenta ó un éxtasis sublime! No siempre en los labios que se unen, están las almas que se aman.

En vano se pretenderá agotar las fuerzas como esos ávadores de tierra que buscan un tesoro; inútiles serán as penosas ausencias, las privaciones que el alma se im-

ponga para volver nuevamente deseosa de embriagueces de amor.

Retarda, pues, la llegada de las primeras caricias, deja que tu novio tímido, sin pensar aproveche la soledad, no arrime su asiento junto al tuyo, ni te estreche la mano, ni te dé por prisión sus brazos para poner un beso en tus labios. Déjale que por temor de exagerar te hable de cosas indiferentes al amor. Si sabes que piensa en tí como tu piensas en él, si confías en que su corazón late al mismo impulso que el tuyo, no exijas más: el verdadero amor es recatado y casto.

Después de estas objeciones que en otros labios que no fueran los de un amigo, pudieran tomarse como un reproche, Angelina se sintió avergonzada de haber confiado su secreto y procuró cambiar de conversación.

***

Afuera, la noche con sus lucecillas del alumbrado público que parecían clavillos de oro en cabelleras negras de mujeres tristes y el silencio augusto de la soledad.

Adentro, la orgía de luz aperlada que esparcía el *quinqué* de pantalla blanca, la de oro que ascendía de los candelabros y la de iris que se quebraba en los prismas de la araña de cristal.

La lectura del periódico tocaba á su fin. La ama de gobierno despertaba, y hacía crujir, con la obesidad de su cuerpo, el *sofá* que ocupaba.

El amigo íntimo de Angelina se dispuso para marchar; púsose el *paletót* y los guantes; empuñó el paraguas, y tomando su sombrero de copa, se despidió de la familia para volver al día siguiente.

Ya en la calle, el asíduo visitante de aquella casa pensaba que quizá habría contrariado los deseos inocentes

de Angelina; pero era preciso evitarle una desilusión prematura. Por fortuna, el novio era un buen muchacho.

Aquella noche, Angelina realizó en sueños sus proyectos, y como aviso que justificaba lo que le dijera su amigo, soñó en una interminable noche de angustia y soledad en que ella esperaba en vano á su novio para que volviera á besarla. El ingrato no volvió más, desde que la tuvo en sus brazos, de los que no pudo desasirse, y la hizo víctima de una agonía lenta, de un éxtasis sublime.

A la mañana siguiente volvió al silloncito mecedor y encontró en el lugar que ella y su amigo ocuparon junto á la vidriera del balcón, una tristeza indefinible.

Por la tarde, el novio la halló melancólica y le proporcionó los consuelos de un amor puro.

MATINALES.

Hay alboradas de fuego que se despiertan como una rubia recién casada al furtivo y amante beso del esposo feliz, que dejan la alcoba de sombras, como niños alegres que saltan del lecho para desentumecer sus miembros con los primeros retozos del día, como la juventud que ha trasnochado en citas amorosas y reanuda con el recuerdo las impresiones eróticas adormecidas en el silencio de los sueños; mañanas en que una orgía de luz asoma por las regiones del Oriente y convida al festín del día, á las aves y las flores; auroras de nubes abullonadas que fingen el albo peinador de una novia sorprendido por los primeros rayos del sol en el perchero que pende de un tapiz azul zafiro; horas del alba en que los caseríos se destacan detrás de la campiña, como enjambres de palomas, que aún duermen bajo el ala, en que los cristales en los edificios de la ciudad semejan concha nácar ú opalinas, vislumbres, los azulejos de los cimborrrios, constelaciones de luceros perdidos y las portadas de los templos que comienzan á ser frecuentados por mendigos lisiados y harapientos y devotas madrugadoras, ambulancias dispersas en el campo de la lucha por la existencia.

Esas mañanas son bulliciosas y alegres; pasean por la floresta envueltas en sus chales violáceos, la cabellera de arreboles al descuido, y los borceguíes, húmedos por el rocío en que se han bañado las violetas y las margaritas; parecen colegialas que van camino á la escuela ú oficialas de los talleres de modas y confecciones seguidas por los novios. Aquellas harmonías de trinos y gorjeos, tienen la voluptuosidad de un *vals* de *Strauhs* ó las cadencias de una serenata de Webert. Y el último lucero que parpadea medio velado por un jironcito de celaje, brilla como la llama de una lámpara de alcoba cuando los sueños han huído. Mañanas que traen en sus efluvios raudales de vida y poesía.

Algunas son tediosas como la vaguedad de un convaleciente; de cielo nebuloso y triste, en el cual la luz hunde sus rayos sin romper la niebla; de parloteos fúnebres y murmurios de arroyuelos friolentos que gimén como virgencitas desoladas; las aves no osan dejar el nido, temerosas que la escarcha mate á sus hijuelos; hay en el campo cadáveres de rosas, el ambiente parece hálito de tumba, y el sol, monarca aletargado durante la noche, tiene impacientes á sus cortesanas las albadas. Esas mañanas, son como las sultanas fastidiadas que salen del lecho antes que su Señor se despierte de su embriagante sueño. Alboradas son que reflejan su amarillento cutis de enamorada nostálgica en el turbio cristal de los lagos, y traen marchitada en su cabellera revuelta la flor que simboliza sus pasados amores. El césped cubierto de yerbas secas, es el tálamo desierto, abandonado por la coqueta Primavera; cada hoja que cae, simula el chasquido de un beso que la muerte pone en los fríos labios de la víctima.

En las primeras hay brotes de ilusiones y en las segundas capullos macilentos, tallos tronchados y hojas esparcidas por el viento: son los desengaños que hacen olvi-

dar la bonanza de una felicidad pasajera. En las unas, las brisas estivales cuchichean con el viejo bosque y lo animan, el sol canicular calienta los troncos que ha cariado el tiempo, la rama cuelga como el mechoncito de cabello vigoroso aún, en la calva testa del sexagenario, las palmeras y los almendros unen su algarabía al himno de los mares, las alamedas verdean y la ciudad se reanima con el azul del cielo y el frondoso aspecto de los campos, y todo convida á la juventud á libar el placer de la vida en la copa purpúrea de los labios de la mujer amada. Las otras, las que arrullan las plantas con sus hielos y hacen morir de frío á las aves y á las flores; las de besos que congelan y miradas tediosas de cortesana impura, esas llegan á nuestro lecho sin anunciarse con un rayo de sol, y nos recuerdan con su ambiente de cementerio á los seres queridos que no existen.

Hay mañanas que inundan de dicha el hogar en que alegra nueva risa infantil, y una cabecita más en que se refleja soberana la luz del día. Matinal, besa en la cuna á los niños antes que las madres despierten, y deja en sus rostros angelicales un reguero de luz celestial que los hace más adorables. La primera lágrima del niño que el sol funde, es un topacio; es gota de rocío que sube al cielo condensada en nube invisible.

Hay matinales, blancas como los velos de las desposadas, olorosas á naranjos, y místicas como las harmonías nupciales, que traen auras deleitosas, como promesas de amor que finge proyectos de viajes ideales, y en letárgicos espasmos arroban el alma y la sumergen en deliquios sublimes.

Las que hacen cintilar las llamas de los cirios en la cámara mortuoria; las que, impasibles y frías, contemplan como un sarcasmo el cuadro fúnebre trazado por la muerte en espesas y confusas sombras; las que bañan de luz pálida el rostro del cadáver y ahuyentan el silencio,

que era un consuelo para los deudos, son mañanas importunas que traen el toque de despedida en el repique del alba, el gemido de la tórtola, el monótono ruido de los árboles y el lamento del surtidor cercano que por la noche fuera acallado con el llanto de los dolientes.... Auroras que se gozan con su orgía de luz, cuando el sufrimiento quisiera que las tinieblas no le dejaran más, porque tiene miedo del día, miedo al recuerdo que ha de fulgurar con la animación y la vida.

Algunos crepúsculos matutinos, son tímidos como los semblantes de las niñas que van á ofrecer flores en las tardes de Mayo, penetran medrosamente por entre el florilogio que forman los cristales de colores de las ventanas de los templos, y llevan al austero hábito de las novicias, cabizbajas y anémicas, sus cambiantes de iris.

En esas horas muertas, no obstante que ha nacido el día, los edificios tienen el aspecto de sepulcros suntuosos, á los cuales se arriman las miserias de la ciudad para tomar aliento y proseguir su *vía-crucis* que aterra; las puertas se resisten á sacudir el sueño, y las aves se esperezan en las dormidas ramas. Otras, desde que comienzan á ahuyentar á las sombras, van perdiendo sus festones en las columnas blancas que sostienen la cúpula del cielo, derraman el polen de oro, por doquiera reanudan las flores de los pensiles, que son los buqueteros en la augusta morada de la reina Naturaleza, y preparan el séquito de hadas y de príncipes rubios para recibir al rey-astro. Todas las riquezas están á su alcance, como que son las favoritas del soberano; un desfile de nubes cortesanas esperan que dejen el camarín para besarlas, y sus vasallos enamorados, los luceros, que sólo han recogido desdenes, les abren paso y desaparecen contrariados, pero sumisos.

En tanto, hay noches que parecen interminables para la angustia; horas de insomnio ó de vigilia cruenta, en que el péndulo del reloj redobla su monótono *tic-tac*, y

tal creemos que la mole de tinieblas, amontonada sobre la vidriera, no ha de ceder más á la luz protectora.

A esas noches siguen mañanas, como esos mendigos harapientos y lisiados que ocupan los quicios y los basamentos de las columnas en las portadas de los templos; llevan la cabellera rubia desaliñada, como las de las madres que se despiertan sin tener pan para sus hijos; demacrado el albo semblante, como el de las mujeres perdidas y perezosas con la pereza de una bacanal agotada.

Las auroras suntuosas, las que parecen damas sorprendidas al dejar el salón de baile con el seno descubierto por el escote del corpiño color de rosa, la falda vaporosa y el chal negligentemente echado al hombro, incitan al deseo. Las melancólicas y tristes, son huerfanitas que nos hablan de ausencias; las recoge el día cuando han pasado varias horas de frío y las lleva á dormir en el regazo de la siesta.

Las mañanas humildes, que tienen el encanto de la modestia, son bohemias, salen sin abrigo y van con sus recuerdos de riqueza soñada, sin atraer una mirada envidiosa.

Dejar el lecho cuando el insomnio ó la amargura nos ha robado el sueño, y abrir la ventana para inundar nuestro espíritu de luz consoladora; ver entre el celaje ambarino la mirada de la novia que se ha ido demasiado pronto, á la esposa que sonríe ó al hijito que saluda al día llorando como deben llorar los ángeles que sufren, es prolongar un sueño de felicidad en el tormento del recuerdo, que es un goce, ó en la realización de un sentimiento.

También las mañanas aman. Por eso se entristecen; por eso se alegran.

¡SOLA!

Rosa ha interrumpido la ejecución de su «Nocturno» favorito, y el último haz de notas, desgajándose como pirotécnica exhalación, ha dejado la lluvia de oro de sus harmonías. El piano ha enmudecido como las aves cuando presagian la tormenta; el teclado inmóvil parece una nidada de palomas enfermas; las gomas de los martinetes, semejan cabecitas infantiles que se entregan al reposo; el libro en el atril, remeda con los signos gruesos del pentagrama, la urdimbre de los sueños ó el enjambre de ilusiones fugaces, y la brillante caja negra, con el dorado de los arbotantes y el guardapolvo replegado, el ataud de los sonidos muertos.

El *boudoir*, con su media luz de la mañana, debida á las tupidas persianas que cubren los balcones, con su ambiente de aliento de mujer, mezclado al olor suave de la caoba y cedro de los muebles, al del estambre húmedo de la alfombra y á la fragancia tímida de las plantas de sombra, aprisiona como en un nido de amor, los ecos dulcísimos y tiernos de aquel «Nocturno.»

Rosa giró sobre el banquillo volviendo desdeñosamente al piano la gentil espalda, y el rechinar del asiento produjo un ruidito agudo como el piar de un gorrión que,

turbó por un momento el silencio místico que reinaba en el salón desde el instante que la música dejó de aletear en aquella estancia rica de perfumes y tapices; llevó á sus grandes ojos sus dedos sonrosados como pétalos de camelia, cual si tratara de ahuyentar el sueño; echó un poco hacia atrás su cabeza de virgen israelita, y abultó el seno turgente con la misma gracia que se esperezan las tórtolas, y un bostezo más hermoso que el despertar de una azucena, entreabrió aquellos labios de granate y dió paso á un aliento de fuego, más embalsamador que la brisa del florestal en Mayo. Después, exhaló un suspiro, tenue como el gemido del aura, doloroso como el llanto de las hojas que caen, y se quedó cataléptica como una sonámbula.

Diríase que el conjunto de notas que ascendieron del teclado como azules emanaciones de lagos cristalinos, que las mil impresiones de amor, dudas, celos, esperanzas é ilusiones que contenía el «Nocturno,» hipnotizaron aquella alma sensible y adurmieron su naturaleza de quince años; que las alegrías y las tristezas de la composición repercutían en aquel corazón virgen, ó que el recuerdo, tormento y placer ignorado aún por la joven, la tocaba con su varita mágica para extasiarla espiritualmente.

Porque el lenguaje del sentimiento habla á los espíritus de las cosas pasadas, de lo que há mucho tiempo no experimentan y que se halla sumergido en el letargo de una nostalgia; porque las almas, peregrinas, errantes, siempre encuentran á su paso algo de lo que han sido ó visto en otra parte, de la que no tienen vaga noción.

Se nace y se muere de noche, cuando la luz del pensamiento duerme en las tinieblas del porvenir y del pasado, y espera la alborada de la memoria y de la inteligencia. El espíritu no se da cuenta de la *casa nueva,* sino medida que el día del nuevo sér esplende y se difunde

¡Cuántos perfumes nos trae el ambiente de la antigua patria! ¡cuántos hálitos nos hablan al oído de seres queridos á quienes creemos no haber conocido!

La atmósfera de aquel salón á media luz, el centelleo de los espejos, los matices invariables de la alfombra, el eco de las notas y todo aquel conjunto de humana grandeza, no llenaban el vacío que había en el corazón de Rosa; vacío que no podía llenarse con ausencias, ni olvidos, porque era producido por anhelos inexplicables, por melancolías sin causa eficiente y por necesidades que despertaban al imperio de la vida, sin que ella misma, la núbil Rosa, pudiera explicárselos.

Interrumpía súbitamente la ejecución de su «Nocturno» favorito y se quedaba perpleja, como solía enmudecer cuando sola lloraba, clavar sus ojos negros en el cielo de la noche pidiendo á sus compañeras las estrellas, la solución del enigma que la agobiaba inconscientemente, triturar entre las yemitas purpúreas de sus dedos de nieve, los endebles tallos y los indefensos pétalos de las flores que acariciaba, dejar la labor cuando apenas la había tomado entre sus manos delicadas, destruir impacientemente los tiestos del jardín con su botita de charol, y hacer otras tantas locuras de una niña que entra á la juventud.

Amaba la soledad, donde podía llorar sin que nadie le preguntara la causa de su llanto, pregunta á la que no sabría responder, porque ella también la ignoraba; gustaba del silencio místico que llevaba á su alma la voluptuosidad de la monotonía que proporciona inefables goces á los organismos que desconocen las pasiones violentas; la alegría de los niños la fastidiaba, pronto se hastiaba de todo lo que le rodeaba, como si una fuerza irresistible le obligara á tener sensaciones nuevas.

Y así caía en ese letargo de harmonías que le impresionaban; así deshojaba las flores como Ofelia y Marga-

rita, diciendo: «debeis morir, porque sois menos bellas que yo;» así se abismaba en el espacio tachonado de astros, queriendo descubrir una mirada que buscaba; así maltrataba los tiestos del jardín como si necesitara más aire que respirar y más sol que la vivificara.

La alegría de aquella niña huyó con el último sueño en que flotaba el vestido largo como un jirón de nube matutina en el cielo patrio de un proscripto, y las primeras tristezas, las que engendran el afán por lo desconocido, llegaron como presagiadoras de la juventud. De la primera, tenía recuerdo lejano, aunque en realidad estaba cerca, y pretendía huir de él; de las segundas, el tormento embriagador de los sufrimientos que son consiguientes á la transición de los temperamentos, y no las rehuía, casi las buscaba, porque con ellas gozaba sufriendo.

No otra cosa que deseos purísimos, hasta entonces no sentidos, eran los que operaban en Rosa ese sonambulismo que la hacía perder la noción del tiempo y del espacio; el vértigo del amor la atraía irresistiblemente sin amar á nadie y sin que conociera más sensaciones de él, que esos anhelos castos y esas melancolías inexplicables.

El aliento que se escapa en un bostezo, era la primera sofocación de un incendio de pasión que había de ser voraz en su alma sensible; el suspiro que se iba como hálito de flor próxima á abrir su cáliz, el anticipado desahogo de un corazón que se asfixiaba en los principios de una enfermedad incurable; y esa somnolencia de sensitiva cándida, el transporte á las regiones del idealismo.

Pronto el fuego de una mirada abrasaría el rojo granate de los labios; y las mejillas aterciopeladas, como las hojas del geranio, se tornarán pálidas al soplo de los desengaños; las ojeras que hoy bordean un abismo de luz, serán cárdenas riberas del llanto amargo; y las manos de marfil pugnarán por arrancar del pecho el dardo pun-

zante de los celos; las yemitas sonrosadas oprimirán las sienes, como queriendo matar en su prisión al recuerdo.

La soledad y el silencio la perseguirán con sus fantasmas dolorosos y buscará el consuelo en las ajenas alegrías.

Las flores deshojadas serán sus compañeras de desilusión, y ha de tratar de darles vida para que no sufran como ella; los tiestos del jardín le parecerán más dichosos cuanto más tiernas sean las plantas que contengan.

El cielo de la noche permanecerá mudo ante su pena, y el astro que cintile, no reflejará la mirada doliente.

Por eso las teclas enmudecen como aves que presienten la tormenta; los martinetes semejan cabecitas de niños que se duermen; el libro de música, un enjambre de ilusiones, y la caja negra, el ataud de los sonidos muertos.

Las impresiones del «Nocturno» serán las del alma de Rosa, cuando el amor la haga víctima de sus tristezas, sus celos, sus alegrías y sus desencantos, y entonces, el eco dulcísimo y tierno, será amargo y doliente y se quedará en el *boudoir* para servir de recuerdo.

Vuelva al piano la niña; no interrumpa tan pronto su «Nocturno» favorito y no se deje atraer por el vértigo del amor.

CUENTO BIBLICO

CLOE, la cortesana de Faraon, la egipcia núbil que había llegado á palacio, ciega para el amor, como ave separada del nido para lucir su plumaje en jaula de oro, divaga sus profundas melancolías en la terraza que da al campo. El mortecino efluvio del sol poniente riñe con las piedras del collar que cintilan en su ebúrnea garganta y en el seno elevado, color de bronce pálido, serpentea entre los férreos brazaletes que deslumbran con sus vistosos colgajos, juega con los pesados aretes que irradian, salta como lluvia de oro por los bucles de su negra cabellera y espira entre los pliegues multicolores de la túnica, no sin llevar en la agonía los destellos ardientes de sus miradas que parecen refractaciones cobrizas.

Cloe es hermosa como las riberas del Nilo y triste como la palmera que se doblega al más ligero soplo del viento; sus ojos tienen la calma y las tempestades del Mar Rojo, y sus labios caldeados por el aliento de fuego, el subido tinte de las rosas tropicales. Su mirar es doliente como el cielo de la tarde, y las sonrisas, brisas fugitivas que agitan levemente el alma pura de la joven cortesana.

Cloe deleitaba su espíritu en la contemplación de los

horizontes, porque lejos de los confines egipciacos, único mundo que conocía, estaba quizá el amor que faltaba á su corazón. Vagaban sus miradas de sierva resignada por el espacio incendiado del crepúsculo vespertino, porque la muerte del día le hablaba de esperanzas.

Por eso se la veía en la terraza, como estatua del dolor, nimbada por los efluvios mortecinos del Ocaso, y agitada por brisa suave, la profusa cascada de su negra cabellera.

El torbellino de lujo y de placeres y el bullicio inusitado que pasaban al pie del terrado como oleajes de océano embravecido, no turbaban los sueños de la egipcia; su frente velada por la nostalgia, no se inclinaba envidiosa ante los cortejos de seres felices, y su espíritu permanecía impasible ante la ajena dicha, porque no conocía los recuerdos.

Cloe no era hija mimada del amor. Llevó al palacio de los Faraones una aureola misteriosa que defendió su virtud aun del mismo rey, y así la soldadesca, como los más encumbrados personajes del reino, vieron en ella la castidad inexpugnable, la pureza que no cede, el sacrificio que se consuma con la muerte.

En el gabinete de Cloe, no se habían albergado ni siquiera las tentaciones virginales. En el damasco de los tapices, no se hospedaban los fantasmas luctuosos de pasiones humanizadas. Los arábicos mosaicos, no remedaban miradas lujuriosas que hieren el alma con las saetas de la pesadilla. En la alfombra no resonaban vagamente las pisadas del deseo, ni en torno de los vasos artísticos que pendían del artesonado en cadenillas de oro y embriagaban con los más ricos perfumes, giraban, turbando la tranquilidad del sueño, los duendecillos del amor libre. El lecho era la urna santa de todas las purezas, el santuario vedado á lo que no fuera idealismo y místicas nostalgias.

Y no obstante, la servidumbre real murmuraba. En el cuerpo de guardia se decía, que por el aposento de Cloe habían pasado héroes militares que ofrendaban sus glorias guerreras á los pies de la cortesana; adivinadores que buscaban la influencia de sus prodigios en aquellos ojos de fuego; vasallos distinguidos que la consideraban reina de sus caprichos y hasta mayordomos que la obsequiaban interesadamente.

La hidra de la calumnia mordía con toda la fiereza del vicio; hincaba el afilado diente en carne inmaculada y clavaba la garra sangrienta en víctima indefensa.

Todo en vano. Cloe sabía huir de la maledicencia, como las Ninfas que se ocultaban en los bosques helénicos, como las Oreadas que escalaban las colinas y los Sátiros que se perdían en la floresta; pero sin intención de caer en las gratuitas suposiciones, sin la vanidad del reproche envuelto en el delito mismo.

Una oleada de idealismo la apartaba de las playas terrenas. Para el naufragio, había siempre un puesto salvador.

Los diamantes y las perlas que ornaban los rizos negros, los bruñidos brazaletes, el luciente collar, la túnica de finísima tela y los aretes deslumbrántes, no eran el precio de una mirada de fuego ni de una sonrisa como fugitiva brisa. El lujoso atavío de la egipcia cortesana, lo debía tan sólo á su virtud; obsequios eran que no llevaban el sello de la infamia.

Cloe, tendida sobre el lecho en sus horas de negligente abandono, esperaba á su amado, el misterio, sin pretexto, sin disculpa que la ruborizara.

No como las frívolas palaciegas que se despeñan por un precipicio de grandezas y son llevadas por las corrientes de los ríos de oro, habíase dejado seducir ni deslumbrar; los diamantes y las perlas eran para Cloe gotas de rocío que se evaporan; los palacios regios y los jardi-

nes extensos con que premian los amantes, loca fantasmagoría que se disipa al frío soplo de la realidad.

***

Cloe vió llegar al joven José con la humildad de un cordero dispuesto al sacrificio, cuando la perfidia de sus hermanos le vendió á mercaderes ismaelitas y éstos á su vez á Putifar, Capitán de las guardias de Faraon, quien lo hizo más tarde su mayordomo.

Descubrió en el rostro beatífico del apacentador de ovejas, al soñador privilegiado por el Dios de Abraham, y desde su llegada al palacio se interesó por él, inspirada por la compasión, después, con el religioso cariño que se profesa á la imagen de un ideal, y pronto con amor desbordante y sublime.

Inquietaba sus sueños la figura simpática del nuevo mayordomo, que fué un secreto talismán para la heredad de Putifar; veíale con la aureola de los mártires cruzar en la callada noche entre los damascos y los mosaicos; sentía sus pisadas en la alfombra, y observaba cómo aquella visión se perdía con el humo de los colgantes pebeteros.

Cuando á la mañana siguiente Cloe dejaba el lecho y todavía los contornos de su cuerpo virginal permanecían albos, como los recuerdos de sueño fatigoso, tenía los ojos más ardientes, su voz era ahogada por los sollozos y un color rojo subido tenían sus mejillas, antes pálidas ó violáceas.

Los murmurios del Nilo, la brisa pasajera, el gemir de las palmas y el sol de la mañana, la esperaban en la terraza; pero los horizontes no atraían como antes su nostálgica mirada, ni el espacio infinito la arrobaba.

El amor despertaba por fin, á aquella alma tímida.

José en tanto no tenía ni una mirada para la egipcia.

Su pensamiento estaba al lado de su buen padre Jacob á quien no había visto desde que sus hermanos envidiosos lo despojaron de su túnica y lo entregaron á los ismaelitas, y su espíritu, con su Dios y Señor.

Cloe amaba á José, porque, como ella, era cautivo, y como ella, víctima de la envidia. Hubiera querido arrojarse á sus plantas, diciendole: unamos nuestros destinos, porque somos igualmente desgraciados; pero el porte del joven infundía tal respeto, que sólo de pensarlo temblaba.

Tarde el amor sorprendía á la cortesana. ¡No era amada!

***

También la calumnia atentó contra la castidad de José, como hizo con la honestidad de Cloe. La mujer de Putifar quiso triunfar de la lealtad del mayordomo, procurando engañar con él á su marido, y como no lo consiguiera, lo acusó dando por hecho lo que ella intentara, por lo cual José fué reducido á prisión.

Cruel desengaño fué para Cloe la noticia del encarcelamiento del amado de su alma, creyéndole culpable. Sin embargo, veíale como siempre en sueños; su espíritu salvaba los muros del calabozo é iba á posarse en el mismo miserable rincón en que el preso dormía sin temor alguno, porque era inocente; indiferente á los fallos humanos, porque toda su confianza la depositaba en el Dios de sus padres.

Cloe no dormía devorada por la pasión atormentadora de los celos; odiaba á la mujer de Putifar, como se odian siempre dos mujeres rivales por el amor; pero amaba más cada día, á José. Con él, hubiera sufrido gustosa los horrores de la prisión. ¿Qué importaba que ella estuviera rodeada de lujo y comodidades, en su gabinete suntuoso de ricos tapices y perfumes riquísimos, si el preferido de

su corazón sufría? Bien que él mismo se había proporcionado tales sufrimientos; si se hubiera fijado en ella que era libre para el amor, ¡cuán felices hubieran sido! Habrían dejado una noche el palacio, arriesgando la vida, y muerto juntos, ó lejos del cautiverio viviendo el uno para el otro.

Ensueño que no había de realizarse; pero que Cloe alimentaba con la esperanza del que ama por primera vez.

***

La adivinación de José realizada en la muerte del panadero del rey, la reivindicación y libertad del copero y la predicción de los siete años de abundancia y los siete de escasez acaecidas en Egipto, valiéronle al preso la libertad y la privanza de Faraon, al grado de hacerle su Ministro y Consejero.

En la época de abundancia para Egipto, la miseria llevó al reino á los hermanos de José, enviados por su afligido padre á buscar trigo. El privado se ocultó de pronto en su grandeza; pero después se dió á reconocer haciendo que un hermano menor quedara cautivo y que Jacob fuera en su busca.

La exaltación de José fué para la infeliz Cloe la última desilusión de aquel amor imposible; el nuevo Ministro se fijaría en otra de las cortesanas que tuviera más atractivos que ella, pues ni de cautiva logró obtener una mirada siquiera de esperanza.

Cuando se descubrió el engaño de que se valieron los hermanos de José llevando al padre la túnica de éste ensangrentada, asegurando que las fieras le habían devorado, cuando con tanta nobleza el Consejero otorgó el perdón á los que le vendieron, Cloe resolvió dejar el palacio y tornar al lado de su padre que, como el anciano Jacob, la lloraría creyéndola perdida para siempre.

Así lo hizo cuando el cautivo, transformado en personaje de la corte, no se presentó ante los sueños de Cloe, humilde y resignado como los mártires, tan infortunado como ella y ajeno á las grandezas del reino.

Visitó por última vez la terraza que había sido testigo de sus nostalgias y desengaños, dejó que los rayos del sol besaran sus ricos atavíos de los que muy en breve se despojaría, y dió su adios á los horizontes, al jironcito de cielo que la cobijaba por la postrera vez, y ocultándose en su gabinete, lloró amargamente sus desencantos hasta ya entrada la noche en que aprovechando el sueño de los Señores de la corte, dejó sobre el mullido lecho sus vistosas joyas, y cubriéndose con obscuro manto, logró escapar por la campiña, como ave que deja la jaula de oro para volver á su pobre nido.

CLAROS DE LUNA.

DONDE el riachuelo espera á la mañana, para besar las flores que se inclinan y aspirar el perfume de las yerbas silvestres, en el rincón del bosque, asoma como tímida desposada en camarín nupcial, la luna en menguante.

Los hilillos argentados que se prenden en las ramas y se pierden en los breñales, semejan ruinosas celosías de encantados palacios orientales ó jirones de cendal flotante que dejan á descubierto el aéreo cuerpo de visión divina.

Las enramadas lejanas, perdidas bajo los nubarrones que rehuye la *Diva*, tienen el aspecto de gigantescas eminencias que amenazan la vida del viajero, ó de turbiones de olas ennegrecidas que desafían al infinito.

Las raíces serpentean iluminadas por los pálidos rayos del nocturno astro, como despojos humanos olvidados en el campo de batalla, y los troncos añosos que se retuercen con sus nerviosidades de savia gastada, recuerdan la postrera virilidad de los ancianos fuertes.

Cruje la rama que se despierta de su sueño de frondas: muge como fiera herida que busca la gruta salvadora el viento que se despeña y se va por lo más intrincado de la

selva, y el bullir de las aguas que ocultan los breñales modulan tristemente el himno que arrulla á la Naturaleza.

Lentamente la luna desciende transponiendo los lindes del Ocaso, y el bosque se hunde en las tinieblas densas que confunden las enramadas con los nubarrones del espacio.

Entonces es más triste el crujido de la rama, mas lúgubre el mugido del viento, y más doliente el lamento del agua.

Los nidos y las frondas enmudecen y el riachuelo del rincón del bosque torna á dormir soñando con los besos perfumados de las flores silvestres.

¡Ay! como esos rayos de luna, así entran risueñas las ilusiones en un rincón del alma, y cuando huyen, las sombras del desencanto prenden sus lobregueces en los arbustos añosos de la realidad.

¡Oh! luna en menguante! Eres triste como la esperanza que declina.

***

Desierta está la plazuela, reveladora de miserias y duelos. Los humildes caseríos que ciñen la extensión sombría en cuyo centro se alza una fuente de brocal humilde, amontonan sus moles grietosas y derruidas acusando la pobreza de sus moradores. Pende en el antiguo *pie de gallo* el sucio farolillo que oscila á merced del viento y hace rechinar pausadamente el alambre que lo sujeta, y de las callejuelas que desembocan en los ángulos, entran en tímidos raudales las corrientes del mezquino alumbrado público y las refractaciones de las linternillas de los gendarmes colocadas en el pavimento.

El sueño bate sus alas de buitre sobre aquellas casuchas en que se albergan las virtudes y se hacinan los vicios. El silencio de la noche no osa interrumpir la fatigo-

sa respiración de los huérfanos desvalidos, ni el jadeante ceceo de los ancianos enfermos, y el misterio de la soledad se detiene á las puertas de aquellas mansiones en que moran las vírgenes abnegadas que afrontan todos los sacrificios de una vida azarosa, antes de caer en las garras de la prostitución.

Los almacenes de confecciones tienen surtidores en aquellas pocilgas donde el hambre impera. Los contratistas de vestuario, centros de explotación, y las exigencias sociales que afluyen como olas tempestuosas en el mar de la existencia, rocas inexpugnables en que se estrellan las tormentas.

Las prisiones y los hospitales tienen como centinelas avanzados el atavismo y la epidemia, el mal de herencia y el contagio, y la fosa común, ensancha sus fauces hasta aquellos antros de la miseria humana.

¡Contrastable hacinamiento de fealdad y belleza! ¡Extremosa amalgama de sufrimientos que obedecen á causas distintas! Necesidades que se unen, esperanzas que se encuentran, desesperaciones que se vinculan! Todo en un rincón de la ciudad donde llegan amortiguados los cantos del festín del poderoso, los bullicios de la felicidad y los murmullos de la opulencia.

Allá sobre la callejuela más obscura aparece la nueva luna, iluminando las curvas de las citarillas y descendiendo por las fachadas vetustas, como escaso llanto por los rostros ancianos.

El farolillo que pende del *pie de gallo* amortigua su luz, el brocal de la fuente se destaca en el fondo de una claridad vaga, indecisa, y las paredes de los edificios pierden mucho de su aspecto sombrío.

El arco melancólico de la reina del misterio, parece entonces geniecillo bondadoso que pugna por descaperuzar los mezquinos albergues y llevar sus consuelos de nocturna calma á los lechos infortunados sobre los que el

sueño de la pobreza y los del vicio, baten sus alas de buitre acechador.

En tanto la mañana avanza con sus nuevas tristezas y sus crímenes nuevos, y la virtud se prepara á los cruentos sacrificios del día.

***

Como lámpara blanca que vela el sueño en la alcoba de la muerte, la luna llena pasea sus fulgores de plata á lo largo de las tumbas, desplegando en todo su apogeo de arte los túmulos suntuosos y alegrando con su magia de reina caprichosa los sepulcros humildes.

Las copas de los sauces, inclinándose sobre los lechos que prepara *la dueña de todo lo criado, la soberana derramadora de lágrimas, el terror del pobre mundo, la grande, la todopoderosa*, como ha llamado á la muerte Bernardo Canto Castillo, parecen transparentes cortinajes que guardan las alcobas en que el amor reposa, el niño duerme sin inquietudes, la virgen sin temores y el anciano sin penas ni desengaños.

Las inscripciones hacen resaltar sus negros caracteres cual si fueran recuerdos que se agitan en torno de las almas muertas, ó las letras de metal bruñido como ilusiones deslumbradoras, y las cruces de los sepulcros pobres, como los crucifijos de boda, yérguense bondadosas cuidando á la pureza del sepulcro.

Y allá, en un claro del cementerio, donde los fresnos forman una rotonda, se alzan majestuosas las torres del templo, incrustando sus calados y sus molduras en el fondo del cielo azul purísimo.

Las *avenidas*, entoldadas por los ramajes entre las que juguetean como niños medrosos, los fulgores argentados, dejan ver en lejanías reducidas los esplendores de la luna.

Sobre la tapia, por la que asoman las pirámides trunca-

das, las ánforas cubiertas con paños fúnebres y los medios puntos de los mausoleos, rielan los efluvios y van á prenderse en los barandales blancos, como ala de cisne, ó en los basamentos de los túmulos de mármol negro.

Próxima á llegar el alba, la luna se retira, y algo como las vaguedades de las alcobas al despuntar el día, cubre las hileras de las tumbas, la rotonda y las *avenidas*.

Va extendiéndose la plateada luz como si la lámpara que vela el sueño de los muertos, falta de oleo, languideciera lentamente.

La sombra quisiera reanudar su imperio, lucha con la claridad de la aurora que se acerca detrás del campanario y se replega entre las tumbas, lamiendo los intersticios de las losas y enlazándose con los hierros que rodean los basamentos.

Por fin llega el día á la mansión de los muertos. La luz, como visitadora de ellos, se aproxima para dejarles sus ósculos de vida. El sol se posa en las copas de los cipreses y en las plantas pequeñas, y las aves, arrulladoras del último sueño, parecen llorar con sus gorjeos las penas de los deudos.

¡Oh, asilo de paz y de ventura, cuando la luna te presenta como alcoba bienhechora en la que, para no despertar más á esta vida, se reposa y se sueña, el alma se siente atraída á tí con irresistible vértigo!

Las inscripciones negras que parecen recuerdos y las blancas que deslumbran como ilusiones, son menos dolorosas, divinizadas por los rayos del plenilunio.

Los celajes en los bosques, son las púdicas vestiduras de la Naturaleza virgen. En la ciudad, el manto de la Reina de la Creación. En los cementerios, el sudario del espíritu.

DESPERTAR.

I

Por la entornada puerta que de la recámara conduce al corredor, desplégase una angosta cinta de luz auroral, que prendiéndose en los tejidos de la alfombra, y besando la orla del cortinaje rojo que velaba el balcón, confundíase como en polvillo de plata con el polen de oro que el sol naciente enviaba sobre los rosetones y molduras del artesonado. En las pajareras piaban los canarios recién nacidos, trinaban en las lujosas jaulas las aves predilectas, el quejumbroso timbre del reloj de mesa dió las cinco, se alegraron los campanarios y los árboles, y en tropel de sombras huyó el silencio de la noche medrosa de la luz y del bullicio. El día llegaba.

El himno del trabajo y el canto del amor, confundían sus notas entusiastas con los primeros vapores de la mañana, que en invisibles capas atmosféricas subían al espacio azul, radiante con las oraciones del niño, las súplicas de los afligidos, los ¡ayes! y las risas, el suspiro postrero del que muere, y el vagido ansioso del nuevo sér que á la vida despierta.

Pronto el camarín azul de Clemencia se inundó con los blancos fulgores del alba, que como insectos luminosos trepaban por los tableros de la persiana, jugueteaban entre los calados de las cortinillas color de hilo crudo que cubría las vidrieras, y llegaban hasta la camita de latón, perfumada y tibia, en la que la albura del rostro de Clemencia, dominaba las de los almohadones y las colchas, y pretendían poner en fuga los bucles de la negra cabellera, creyéndolos últimos jirones de la sombra oculta en el lecho.

Aletearon medrosos los sueños de mujer, acurrucáronse tímidamente, heridas por la luz, las ilusiones de la niña, y las ondulaciones de aquel cuerpo virginal que flotaban sobre el armiño del algodón y la batista, quedaron á merced de los besos del día.

Los fuertes aromas de las flores que se despiertan, llegaron desde el jardín á la alcoba de Clemencia, como pajarillos que dejan el nido muy temprano, se posaron en los blancos floroncitos del pabellón, saltaron por los abullonados y los encajes, y unidos al aliento jadeante que se escapaba por los labios purpúreos, buscaron abrigo en los relieves de la colcha y en los olanes de las fundas.

Las primeras corrientes del frío de la mañana invadieron la estancia, deseosas del perfume, y fueron á estremecer con su glacial contacto el cuerpo de Clemencia, y ésta se despertó estremeciéndose, cual si sus nervios reclamaran la sensación perdida.

En aquellos momentos, Clemencia soñaba con un rapto novelesco, se veía asida del talle por un galán pálido, de bigote retorcido y cabellera abundosa, y ambos cabalgando á galope tendido, pasaban como exhalación entre peñas y arbustos, á la luz indecisa de las estrellas, sintiendo el golpe del viento en las mejillas y la embriaguez del vértigo. Su espíritu realizaba en sus supremos vuelos las impresiones de una página de novela, los sue-

ños de joven adulta reemplazaban á las ilusiones de niña,

Clemencia abrió, como admirada, los grandes ojos garzos, restregó los párpados griegos con la rosa mate de los dedos, y contrayendo las pupilas, buscó algo que parecía ocultarse en la obscuridad de la estancia; después, se incorporó fatigosamente y sacudió con gracia su cabellera negra que envidiaran los últimos jirones de la noche, como pretendiendo ahuyentar un recuerdo, y bostezó cual si el sueño se resistiera á dejarla.

El esperezarse de las jóvenes, tiene mucho del rocío que abandona la corola para buscar el regazo de la nube, de la hoja que se abre, del pistilo que tiembla, del vaho que despide el lago en forma de neblina y del llanto de las flores que forman el éter infinito. Como se deshojan los cálices, el alma se prepara á las impresiones nuevas. Las fibras del corazón que el amor toca, tiritan por la postrera vez ante la llama sacra. Las supremas aspiraciones ocultan el pasado con las nebulosidades de la dicha soñada, hasta que la realidad rasga la niebla.

Volverá el rocío cambiado en lluvia, cuando la tempestad estalle; el hielo del invierno tronchará la hoja y secará los tallos; no habrá sol que caliente á los vapores del lago; ni matices ni cielo despejado alegrarán la vida del que sueña..... ¡Es tan grato soñar!.....

¡Ay del espíritu que enferma y sucumbe en la cárcel de su angustia sin la esperanza de la libertad! ¡Ay del alma que apura el anestésico del desencanto! ¡Ay del corazón que no ama!

Para la realidad anticipada, no habrá celajes que remeden al cielo obscurecido, ni auroras que resurjan, ni sol que vivifique. El eterno crepúsculo vespertino, la eterna noche sin alborada, el tiempo sin medida. ¡Oh, qué terrible es la noción de lo que no se siente!

II

Clemencia amaba ya, como ama la mujer á los catorce años, en abstracto, con la sed insaciable de lo grandioso, de lo bello, de lo desconocido.

Amaba como soñaba y soñaba como amaba.

Para ella, entregarse á un joven, era recorrer los senderos floridos de un jardín, mano sobre mano, robando con el aliento el perfume de las plantas, el olorcillo agradable de la tierra húmeda, y embriagarse con ese mismo aliento; era divagar las miradas en el templo para que las miradas se encontrasen, tener citas imposibles á la luz de la luna, y entrevistas en el marco de la ventana entre un pabellón de campánulas y *enredadera*, sin que faltara la tradicional escala de seda que protegiera la fuga del galán.

Era, en suma, romántica improvisada con lecturas de libros confeccionados en *cuartillas barcelonesas*, soñadora de lo que habían soñado sus autores predilectos, á los que tan sólo conocía en sus extravagancias é inverosimilitudes.

En esa relajada escuela del hogar que hace del sentimiento femenino un espectro, y de la imaginación mujeril un fantasma, escuela fomentada por editores que explotan la depravación hasta el escándalo social, Clemencia desarrolló prematuramente su sensibilidad y se dió á todo lo novelesco, sin precaución alguna.

Pronto su organismo participó de las violentas afecciones morales, y el histerismo y la anemia hicieron rápidos progresos en aquella naturaleza impresionable.

En los últimos abordeos del globo opaco que pendía del rosetón del cielo raso, á la indecisa luz de la mañana que inundaba el tapiz azul de la recámara, podía verse la palidez del rostro oval de mejillas en que la pubertad se manifestaba con ligero tinte de rosa macilenta, de pár-

pados sombreados por violáceas ojeras y agobiados por esa somnolencia mística de la mujer ardiente, de frente despejada en la que reflejaba su fatídica llama el imposible, y de labios más bien morados que rojos, como los bordes de pequeña herida.

Las formas, que apenas empezaban á contornearse, eran amenazadas de raquitismo alarmante, el cuello tenía la turgencia de torcaz enferma; el seno se agitaba por acallados gemidos y respiración difícil; los hombros caían en marcada oblicuidad; el talle era endeble; la espalda estrecha y las caderas enjutas; pero en aquel conjunto enfermizo había un sello de belleza ajada, que inspiraba amor.

Aquellas curvas poco salientes, aquellas formas de niña histérica y de joven anémica, ondulaban en la albura del lecho, besadas por la luz del nuevo día, calosfriadas por las primeras corrientes de viento matutino, despertaban á las impresiones que los sueños proporcionan, cuando la ilusión que llega nos hace olvidar la que pasó para no volver nunca.

III

Los sueños de Clemencia eran azules como la lejanía de los montes, radiantes como la luz vespertina, y furtivos como los últimos tintes de la tarde.

Siempre tenía imágenes nuevas reflejadas en el lente de sus caprichos; pero pronto desaparecieron esas imágenes, y el campo de los recuerdos quedaba desierto.

El inocente libro obtenido como premio en el colegio, el *rorro* tan codiciado en el escaparate de la juguetería, el tiestecito cuidado con esmero, la *casa de muñecas* y todas las chucherías infantiles, no la inquietaban en lo más mínimo, porque cifraba sus pasatiempos como *niña*

grande que lleva *falda larga*, vestido hasta la orilla de la bota y peinado á la moda.

No recordaba ya los juegos que la deleitaban por las tardes en el paseo público, con sus amiguitas de escuela, ni las visitas que hacía los días de fiesta en las casas de otras niñas como ella que la besaban en la frente.

Prefería las conversaciones formales con las muchachas que tenían novio, iba por los parques y los jardines creyendo ser la admiración de los jóvenes, y recibía en el beso que sus amigas le daban en la mejilla, sensaciones hermosas que eran sus introductores al *gran mundo*.

Las reminiscencias de una noche de baile no tenían para ella más que la vida de la luz, del perfume, de las notas, y de los galanteos. Después de una tertulia, sentía ese vacío que se experimenta cuando todo se espera y en nada se cree, y abismada en un caos de adulación y de orgullo, buscaba nuevos admiradores en el mundo de la quimera.

Pasaban en rápida fantasmagoría las siluetas de los galanes que, según frase de Clemencia, *la acosaban en los salones;* esfumábanse los *fraques*, giraban en desordenada farándula los *claques* y las *etiquetas* de baile y el torbellino de real belleza se resolvía en desencanto amargo.

El despertar de Clemencia era fatigoso, porque las jornadas de sus ambiciones eran penosas.

Amaba y despreciaba el amor, como se desprecia aquello que con afán se busca y se halla cerca.

El neurotismo la hacía su víctima, ayudado poderosamente por el romanticismo exagerado.

IV

Como si Clemencia volviera de un síncope profundo, como si una noche de fiebre la hubiera debilitado, se libró del peso de las ropas de cama y despojándose pere

zosamente del *saco de dormir* entretejido con listones color de rosa, dejó el lecho y cubrió sus encantos de virgen anémica con holgado peinador azul pálido, abrió la puerta de madera que conducía al corredor y oprimió nerviosamente el botoncito eléctrico que estaba colocado sobre la mesa de noche.

La doncella apareció en la estancia y retrocedió asustada al ver el semblante de la joven, juzgándola enferma, y preguntóle si algún mal la aquejaba. Y como Clemencia la tranquilizara diciéndole que no alarmara á sus padres, que había pasado mala noche, pero que se sentía bien, la doncella se apresuró á peinarla.

En efecto, la aventura del rapto había dejado las huellas de una impresión profunda en el semblante de Clemencia. Todavía podían descubrirse en el óvalo del rostro los golpes del viento, recibidos cabalgando á galope tendido; la cintura endeble parecía acusar el brazo del galán que la rodeara para defenderla en los precipicios que salvaba el corcel, y en las pupilas somnolientas parecía reflejarse la luz de las estrellas, el torbellino de peñas y de arbustos, y el vértigo de la fuga.

El sueño de aquella noche había hecho estragos espantosos en la naturaleza impresionable de Clemencia.

No obstante, al recibir los besos de sus padres y reirse sola en su salita de estudiar que daba al jardín, tomó el libro que tanto la perjudicaba y albergó nuevos fantasmas en su alma juvenil. El espectro de su imaginación preparó durante el día los sueños de la noche, y mayores inverosimilitudes, nuevos acopios de extravagancias hacían más fatigoso el despertar al día siguiente.

Tornará el espíritu de sus viajes nocturnos trayendo la realidad, el alma sustituirá las impresiones perdidas y el corazón caerá en la desilusión.

V

Lectora, si eres afecta á la lectura de novelas románticas en las que tu imaginación exaltada haga peligrar tu inocencia, desecha las novelas espeluznantes en que haya entrevistas medio-evales y relaciones injustificadas.

Acepta el amor tal como es, con sus trivialidades y sus sencilleces, y no incurras en ese romanticismo convencional y artero.

Busca el colorido, porque es la manifestación de lo bello en la Naturaleza. Hablarte de aventuras, de conquistas quijotescas y de trágicos desenlaces en que el amor degenerado juegue el principal papel, es lastimar tus sentimientos y enfermar tu corazón.

Para tí que eres la diosa del hogar, debes tener los sueños color de rosa y las imágenes castas que, cuando despiertes, el alba te salude con sus purísimos destellos, y que la luz que te sorprenda en la alcoba, no avergüence á tus sueños de mujer, ni haga huir á tus ilusiones de niña.

Ama como te dicte el corazón y no desdeñes á quien admire tu belleza, porque el caos de la adulación y del orgullo, es la peor tortura que la mujer puede dar á su espíritu.

Despierta como el rocío, como la hoja y como el pistilo, y no empañes tu pasado con el vaho de una realidad prematura.

EL PRIMER BAILE.

La luna, como sonámbula enamorada, iluminaba las sombras con su lámpara azul, y los copos blanquecinos de las nubes se deshacían en guedejas vaporosas que velaban la rutilante claridad del nocturno astro. Era una noche tibia de verano.

Las sombras se reflejaban en el horizonte cual parvadas de aves medrosas, y las luces de los faroles de las casas ricas que ardían en los zaguanes lujosos, bostezaban entre la claridad argentada del satélite.

Las calles comenzaban á quedar desiertas, á la hora en que uno que otro carruaje de alquiler luce á lo lejos sus desiguales linternillas y amortigua el ruido de las rodadas en los encrucijados callejones de un suburbio.

Ninguna luz de gas muestra sus rectángulos en las plantas bajas de los edificios, y sólo los focos colgantes que iluminan los rótulos de algunas tiendas lujosas parpadean dentro de los globitos de cristal.

Los silbatos de los gendarmes modulan tristemente esos pitazos agudos que se propalan en todas direcciones como culebreos de sonidos.

Uno ó dos harapientos mendigos permanecen sentados á los claros de las puertas, con la esperanza de conmo-

ver á los últimos transeuntes, hasta que la proximidad de la linternilla de un policía les obliga á retirarse, recatándose medrosamente en la angosta faja de sombra que forman las cornisas de las fachadas.

Escúchanse vagos rumores de lejanas harmonías, nótase el ir y venir de carruajes particulares que rasgan la claridad de la luna con la luz viva de los faroles refractada en bruñidas láminas y multiplicada en aristas biselados de los cristales, é interrumpen el silencio con el suave ruido de los finos muelles y el choque majestuoso de las herraduras en el adoquinado.

Y allá donde bostezan las farolas que alumbran un elegante zaguán, donde el perfume, y los efluvios de las arañas y los candelabros se precipitan por los balcones abiertos, donde las harmonías desligadas lloran las ternezas de la *danza*, ríen con las alegrías del *schotis*, cantan las intimidades de la *mazurka* ó se embriagan con el torbellino del *wals*, un landó llega precipitadamente, se detiene bajo aquellos balcones por los que se escapa á raudales el ambiente de un salón de baile, y descienden del cómodo carruaje un matrimonio de ancianos y una joven, casi niña, que salta como gacela del estribo y se pone en dos ó tres brinquitos en el patio de la casa.

El lacayo ha cerrado bruscamente la portezuela del landó, se ha encaramado ligeramente en el pescante y el carruaje se ha retirado con mayor celeridad que al llegar.

Acababa de bailarse «Lanceros» y la concurrencia afluía del salón por el *bouffet* y los corredores; grupos de caballeros se detenían aquí y allí encendiendo cigarrillos, dándose aire con los pañuelos, impeliendo un movimiento de rotación sobre el cordón de seda al perfumado *carnet* ó golpeando impacientemente en las manos las varillas de nácar ó marfil de un abanico.

Como una visión excitada por el delirio de la fiebre,

como la creación de un sueño de amor, como una fantasía, como un celaje en primaveral mañana, cruzó la joven el ancho corredor, velado por el resplandor azul de la luna, vaporosa en su falda de *moiré* color de rosa, con su capotilla blanca y su sombrero de penacho pajizo y guarniciones de abalorio cristalino y dorado, difundiendo un reguero de perfumes, inflamando con sus miradas llenas de misticismo voluptuoso, derrochando las primeras sonrisas de su juventud y pretendiendo hallar la realidad de sus sueños de amor acariciados desde que su vestido de niña quedó como un recuerdo en el oloroso guardarropa.

A la vez, la belleza valiosa de aquella joven que hacía su entrada al *gran mundo*, velada por las ondas del *fichou*, ceñida con el corpiño transparente y orlada con la falda sutil, parecía el destello de un lucero fugaz perdido en el claro cielo de la aurora.

La *nouvelle* reina de los salones llegó, siendo la estupefacción de los galanes, hasta la puerta de la antesala, por la que, en raudales de ambrosía se disipaba el aroma; la luz como lluvia de oro, se desbordaba entre los calados de los *portiers*, y el bullicio de frases agitadas y de risas convulsas, surgía en torbellinos vagos y cadenciosos.

Poco después los preludios de un *wals* hicieron cesar el bullicio del salón y las charlas que animaban el corredor; el *bouffet* y demás aposentos quedaron desiertos, iluminados por la tenue luz de lamparitas opacas. Los perfumes volaban con las harmonías.

***

En un mar de telas, á merced del ambiente impregnado de esencias que no se volatilizan, de aliento de mujer, del charol y el *chagrin* nuevos, de las fragancias postre-

ras de los ramilletes que agonizaban sobre los trípodes y las consolas, y de las emanaciones que exhalaban las gardenias y las camelias prendidas en el tocado y en el seno de las hermosas bailadoras, la joven de la falda color de rosa, veía flotar los sueños de la víspera, alejarse sus pasatiempos infantiles y acercarse los nuevos encantos de la vida.

El *kaleidoscopio* de la juventud presentaba más vivos y fugaces sus cambiantes; los mirajes del alma se ensanchaban; las lejanías de la imaginación irradiaban con una aurora nueva.

Ella, la colegiala que aún despertaba por las mañanas creyendo escuchar el toque de campana que llama á las educandas al oratorio, la que no se da cuenta de la completa libertad que goza, lejos de las miradas insistentes de la Superiora, del semblante adusto del viejo Capellán, de las exigentes profesoras y de las condiscípulas enemigas, se vió abismada en aquel conjunto de luces que la herían como ascuas de oro en el cerebro, de brillanteces que eclipsaban su belleza, con la belleza ajena, de acentos febricitantes que llegaban á sus oídos como una esperanza, de miradas que le quemaban el rostro y de vertiginosos movimientos que excitaban sus deseos dormidos.

Cuando la señora de la casa la besó en la mejilla y exigió de ella el beso de correspondencia; cuando aquel ósculo fué como el augurio de otros que dió y recibió al ser introducida en el salón, al ser instada para bailar y ruborizarse porque ignoraba el compás de la danza, al ser objeto de los galanteos y de la curiosidad femenil, sentíase presa de un vértigo en el que giraban confusas sus ideas y caía en un abatimiento irresistible.

En ese estado de vaguedad le sorprendió la mirada triste de un joven que de pie junto al piano, apoyado el brazo izquierdo en la lustrosa caja y atusándose el bozo

con la mano derecha, clavaba sus melancólicos ojos negros en el rostro oval de la joven.

A la hora del ambigú se vió obligada á aceptar el brazo de aquel mozo, no obstante haber ocurrido después otros muchos jóvenes con iguales pretensiones, que se disputaban tan hermosa compañía. En el *bouffet* le tuvo tan cerca, que casi se confundían sus alientos; la anonadaban sus repetidas atenciones, hacíanla ruborizar hasta el exceso, si ponderaba su belleza, palidecía si por acaso se hallaban al encuentro las miradas, y si ella llegaba á sonreir, tornaba á su gravedad de *nouvelle dama* y bajaba la vista avergonzada.

Ese joven fué quien á ruegos é instancias logró que ensayara los compases de una *mazurka* y después los de una *polka;* con él dió algunas vueltas de baile al salón y sostuvo animadas conversaciones sobre la vida del colegio, las modas y las flores, sus predilectas, y con él, por último, despertó del letargo que la proporcionaron las primeras impresiones del *gran mundo.*

Breve fué el tiempo que pasó en el baile la niña que cautivó con su belleza al joven de la mirada triste; pero después de aquellas horas fugaces, sintió que su alma alentaba una esperanza desconocida.

Y al alejarse de aquel mar de telas y perfumes, deploró que aquellas horas no se hubieran prolongado.

Estaba enamorada.

***

El día estaba nublado, cuando la joven dejó el lecho y entreabrió la ventana que daba al jardín, vió la tristeza de su alma retratada en el cielo color de plomo, en las ramas sin sol y en las flores pálidas.

Porque la niña estaba triste con la tristeza del recuerdo; no pensaba ya en el colegio cuya memoria retenía

su imaginación. Enfermaba, y el mal se manifestaba con esa melancolía y ese tedio que hacen buscar la soledad.

La pobre enamorada vagó por el jardín para consolarse durante el día, y por la noche, estando en el balcón, vió al joven con quien aprendió los primeros compases de la *mazurka* y de la *polka*.

Aunque quiso huir no pudo; una fuerza superior la retenía, y desde la noche del baile aquel joven ejercía un cariñoso dominio sobre ella.

El galán llegó al pie del balcón, la saludó afectuosamente y le suplicó que recibiera una misiva. Inconscientemente aceptó la dama, retiróse el galán satisfecho y aquella noche fué la primera de felicidad para ella.

En paseo, en misa, en las diarias visitas y siempre en el balcón por la noche, se veían aquellos seres afortunados, hasta que el joven logró ser presentado en la casa de su amada.

Pasó el tiempo de las relaciones, llegó el deseado día del matrimonio y la boda fué celebrada con un baile.

En él los novios no bailaron por más que los amigos se empeñaron.

Ella se disculpaba con decir que era torpe, que nunca había podido aprender. El, con el pretexto de imitar á su esposa para no disgustarla, y ambos substrayéndose á esa exigencia social que el amor aprovecha.

—Eras muy bailador—decían los jovenes al novio.

—El te enseñó—decían las amiguitas á la novia.

—Por lo mismo, no quiero que ella baile—decía él.

Y ella contestaba:

-No quiero que enseñe á otras.

LA CRUZ DE LA ESQUINA.

I

Entre los sillares que rematan el muro de un vetusto edificio que fué convento de monjas, cerca del ángulo que el elevado paredón sin puertas ni ventanas, forma con la fachada de construcción moderna, en la que la simetría y el buen gusto hacen marcado contraste con el citado muro, realza una pequeña cruz de piedra, pintada de verde, en cuyo brazo inferior penden algunos jirones de una tira de *calicot*, que simbolizó el sudario en que fué envuelto el Cuerpo del Mártir del Gólgota, y que la inclemencia del tiempo y la intemperie han desgarrado.

Dijérase que aquel signo del cristianismo era un recuerdo monjil, puesto al cabo del muro del convento como para servir de guía á quien buscara el santo asilo, ó de faro protector para los náufragos de la miseria; pero si bien se examinaba, los travesaños de aquella cruz, con todo y que la piedra ennegrecida casi se confundía con las sombras agrietadas del paredón, podía verse que la cantera de una y otro, no correspondía en antigüedad, y que por mucho que el buitre de la incuria hubiera picoteado aquella construcción austera, la pequeña cruz no tenía

la huella de tiempos inmemoriales de que datan los conventos en Méjico.

«La Cruz de la Esquina,» como la llaman *cargadores* y cocheros, era, pues, moderna, comparada con el vetusto paredón.

Misteriosa significación debía tener aquel signo, que ponía la oración en labios de ancianos y de muchachos medrosos, hacía descubrirse respetuosamante á los *cargadores* y cocheros que cerca de él pasaban y que algún devoto le hubiera puesto el blanco lienzo que el tiempo desgarraba.

¿Qué camino indicaría aquella Cruz en la encrucijada del vicio? ¿De qué naufragios podría salvar ese faro místico? ¿Cuál sería el puerto á que conduciría esa orientación?

Era un recuerdo y una esperanza.

II

Los antiguos vecinos del ex-convento han transmitido á la posteridad una historieta que ha perpetuado el respeto y la veneración que inspira *La Cruz de la Esquina*, y no hay viejo barbero, entremetido en los chismes del barrio, *figonera* acreditada y *tendejonera* nacida en la misma calle y en la propia casa que ocupa, que no refieran el suceso, tal cual lo oiremos referir al viejo sacristán, al guardador del patio principal del santo asilo, único departamento que aun queda en pie, ruinoso y macilento, junto á la iglesia que fué la predilecta de la nobleza colonial para enclaustrar doncellas y aprovechar parte del dote, y una de las privilegiadas por los Virreyes de la Nueva España, como lo indican los medallones de piedra que ostentaban las armas reales y los heráldicos blasones.

III

Es el caer de la tarde, hora en que los recuerdos se dan cita para llevar al espíritu en sus nocturnas navegaciones por el infinito; ya llega en su esquife anaranjado, la imagen de la primera novia, alba como la ilusión de un niño; los padres muertos, descienden por las misteriosas escalas de los sueños; el amigo ausente se aproxima y nos trae los consuelos que necesitamos, y antes que el sol huya y la sombra se haga, los bajeles de nuestra dicha pasada llegan á las playas de la memoria y dejan su rico cargamento de ilusiones.

Es la hora en que las nubes se amontonan en el espacio como gaviotas heridas por los dardos de fuego del crepúsculo; hora en que la imaginación forja con las últimas evaporaciones del día, sus palacios encantados; con las nubes nacaradas y opalinas, sus mares apacibles; con el verde esmeralda de los horizontes, sus castillos fantásticos; con los capuces que se unen irregularmente, sus portales; con el oro que palidece y sus ríos plateados con las postreras franjas de luz que se estrechan y se desvanecen hasta perderse en la obscuridad de la noche.

Es la hora de los aparecidos, de las evocaciones diabólicas y de los trabajos de hechicerías de otros tiempos; hoy, de las evocaciones reales que distraen en la velada.

Lectora, sígueme y no temas. Ven, y sepamos qué significa *La Cruz de la Esquina*, á la que veneran y respetan los vecinos del ex-convento.

IV

Casualmente el ancho y elevado zaguán de la portería se halla entornado, y como no nos veda el paso, podemos llegar hasta ese patio, único departamento que aún queda en pie, ruinoso y macilento.

Al traspasar el umbral que el tiempo ha respetado durante más de un siglo, al dejar atrás el dintel protegido por sólida é indestructible clave en la que blasonan las armas de la Iglesia católica, se presenta á nuestra vista un cuadro que recuerda las impresiones que deja en el ánimo la lectura de la obra del Padre Manuel «Las Ruinas de mi Convento,» de ese libro que ha llevado á los hogares la santificación del amor profano en lucha con el amor místico, sin menoscabar en lo más mínimo la creencia religiosa.

El suelo en toda su extensión, se halla invadido por la yerba parásita que comenzó á brotar por las pinturas de las baldosas, y cuando éstas se desunieron, cuando la terracería amontonó sus partículas y la lluvia fecundó aquella tierra, la grama creció en abundancia y los malbones se irguieron á considerable altura.

Como se alzan, destruidas y grietosas las losas de las tumbas, como se arriman cariñosamente á los sepulcros las plantas silvestres, así el piso de aquel patio había desaparecido para ceder su puesto á las hebras endebles de los zacatones y á las marañas de hiedra que antes de ascender serpean entre los derrames descubiertos.

En el centro se levanta imposible, sin una lacra, el onduloso y tosco brocal de la fuente, del que sobresale la taza ó pila con su surtidor de granito; y los peldaños circulares que rodean dicho brocal, muestran á trechos las roturas en ángulo y la falta de piso en varias partes. Los azulejos brillan en los desvencijados arriates, algunos de ellos, sin raíces siquiera, de los arbustos que ciñeron. En las arcadas cuelgan los breñales de musgo verdinegro, que es el pabellón de las ruinas. En las balaustradas quebradas de los corredores, asoma el jaramago cual si brotara del enverjado de una tumba. Escóndense en los huecos que dejan los yescosos cabezales del viejo envigado, los nidos de las golondrinas pobres, olvidados y tristes,

y el perímetro de la elevada azotea, en cuya citarilla parece una serie de claros de un fortín, la lama prende sus aterciopelados jirones, y los pequeños montículos de escombros duermen á la intemperie.

El cielo gris entolda aquel patio derruido y deja ver ese fondo turbio del espacio, que es el aspecto de las tardes tristes, por entre los alféizares rotos, los dinteles desprendidos y los parodones en los que el desplome ha abierto brecha.

Ese mismo cielo ha sido testigo de las profundas melancolías de las vírgenes enclaustradas, de los afanes acallados con los acordes místicos del órgano, de las tentaciones que palpitan así en las claridades del templo, como en las sombras de la soledad, de los recuerdos que osan penetrar hasta las celdas y de la esperanza que burla la vigilancia, quebranta los votos y vuela como ave inquieta, hasta posarse en sus sitios predilectos donde gimen ausentes las ilusiones.

El amor colgó sus nidos en los huecos que dejan los cabezales de las vigas á la hora en que una virgen vagaba por los desiertos corredores; se detuvo el suspiro fugitivo allí donde la citarilla está dormida y los pequeños montículos duermen á la intemperie.

Allá por la puertecita que se oculta en el ángulo obscuro de una galería baja que cubre el piso del corredor desvencijado, aparece la figura rechoncha del viejo sacristán, hombrecillo como de setenta años de edad, encorvado y torpe en el andar, la venerable calva cubierta con montera negra, bajo la que asoman algunos mechones de canas descuidadas, imberbe y mofletudo, aunque rugoso el semblante, y los ojos de párpados caidos, legañosos y plegados por la vulgar *pata de gallo*, escondidos tras los vidrios azules de las gafas.

Se apoya dificultosamente en un pesado bordón de encino y se dirige al brocal de la fuente que es su asiento

favorito, donde suele descansar de sus diarias fatigas eclesiásticas y dejar vagar su embotada imaginación por aquellas nubes que, en tanto que á muchos les parecen fortalezas fantásticas, portadas de oro, palacios encantados y bajeles preciosos que traen cargamentos de ilusiones, al bonachón sacristán que no ha visto más allá de sus narices que el altar y su cuartucho, le remedan los antiguos departamentos del convento en que quitaba el polvo á los grandes lienzos antiguos y las severas sillerías de tallados valiosos.

El antiguo lego del convento esperaba en las playas del mar de la memoria, sin más objeto que admirar atónitamente la inmensidad que separaba el presente del pasado.

Acerquémonos á él, y si le interrogamos por la significación de *La Cruz de la Esquina*, nos espetará la siguiente historia que él conoce, por haber sido testigo presencial.

Oigamos la narración.

V

Corría el año de 18..... y eran los buenos tiempos en que los lugares sagrados se respetaban y en ellos hallaba el desvalido el santo consuelo de la caridad. Hallábase entreabierta la puerta de la portería y era poco más de medio día.

Llegaba hasta el augusto recinto del convento el murmullo de un inmenso gentío que invadía la calle, sonaron dos detonaciones de arma de fuego que alarmaron á las Madres, y aquel murmullo fué disminuyendo hasta convertirse en un rumor sordo.

De pronto volvió á aumentar el barullo. Un hombre desgarrado de las ropas, descompuesto el rostro como el de un *condenado* y la mirada extraviada como la de un

loco, penetró á la portería y cayó desfallecido en el pavimento.

¡Era un asesino! había dado muerte á un hombre en la esquina, y perseguido por dos alguaciles, se refugió en este santo asilo. Los perseguidores y la multitud se agruparon á la puerta y nadie osó dar un paso hacia adentro, porque *había ganado iglesia.*

La alarma cundió en todo el convento. Hubo novicia que estuviera enferma mucho tiempo por el susto, y á la hermana portera se le afectó desde entonces el corazón, enfermedad de la que afortunadamente murió antes de presenciar la expulsión de las Hermanas.

Súpose después, que una *ella* fué la causa del crimen, porque mantenía relaciones amorosas con el asesino y su víctima,

Cuando el fugitivo volvió en sí, salió resuelto á la calle, dispuesto á entregarse, y en el momento en que los alguaciles trataron de aprehenderlo y la multitud vociferaba, con un puñal que ocultaba en la cintura se dió la muerte.

Los cadáveres fueron recogidos, y aquel tumulto, antes frenético contra aquel hombre criminal, se disolvió satisfecho de que el reo se hiciera justicia por sí mismo.

Aquella noche se rezó en comunidad por las almas de aquellos infelices, y pocos días después, sin que se supiera quién la había colocado, apareció *La Cruz de la Esquina.*

VI

Tal es el significado de aquel símbolo cristiano que los cocheros y *cargadores* veneran y suelen adornar en las festividades correspondientes.

Los jirones de lienzo blanco que ondulan á merced del viento sobre el más pequeño de los travesaños, fueron

quizá, en un tiempo, el recuerdo que consagró una de las familias de los muertos y hoy la esperanza del *auriga* que olvida sus blasfemias para rezar en los momentos de peligro, y la del mozo de cordel que confía en la devoción para que el día sea productivo. Por eso se descubren respetuosamente al pasar junto á la tosca cruz de piedra, sin pensar tal vez que aquel signo encierra el secreto de la muerte de dos infelices.

CASAS VACIAS.

La anciana portera hace girar la llave que pende de una correa negra en la cerradura floja del portón, y empuja con el pie izquierdo la hoja que se abre hacia dentro, y dejando libre el paso respectivamente, dice al pretenso inquilino:

—Pase usted.

Un hálito de tumba, frío como los recuerdos olvidados, punzante como la realidad de los ensueños, se evade de las piezas desiertas buscando con avidez la luz del patio y el calor del sol que entra á torrentes por el ancho zaguán.

La obscuridad de las habitaciones es densa como la de la noche del desengaño, y el silencio que se replega en la humedad de los ángulos, tiene mucho de las ilusiones muertas que han morado en aquellos sitios solitarios.

Cuando la portera abre las puertas y ventanas, la luz penetra tímidamente como si tuviera miedo de la soledad, y los rayos del sol se proyectan en el entarimado de los pisos polvosos, como fatigado viajero que ha esperado mucho tiempo á la puerta de una hostería.

Pía el *salta-pared* en la alta *citarilla* que asoma por el claro de la azotehuela, gimen pausadamente los gote-

rones de agua que se desprenden de los *bitoques* y enfangan las losas en que mueren, y el chillidito de los insectos, enemigos irreconciliables de la luz, interrumpe el silencio de aquella soledad lúgubre, imponente.

En tanto, por la ventana abierta que da á la calle asómase majestuoso y tranquilo un pedazo de cielo azul iluminado por el sol radiante de una mañana de primavera, y el espectro del rey-astro va á bañarse á la fuentecita que no murmura, ni se queja, resignada con el aislamiento.

Los claros de las puertas semejan curiosas miradas que tratan de investigar quién será el nuevo inquilino; los florones del tapiz parecen ocultar fieles las ilusiones que los últimos huéspedes les confiaron, cual si temieran que se los roben; y el perfume vagabundo, ese perfume de mujer coqueta que animara las alcobas perdidas y los costureros desiertos, riñe con el acre olor de humedad que es el aliento de los muros tristes.

El ruido de los pasos se amortigua y muere en la extensión de las habitaciones lóbregas, la intensidad de la luz hiere con fuerza á las últimas sombras que no huyen, y el vientecillo húmedo y frío, como hálito de tumba, el pobre preso enfermo que no osa ver la luz del patio ni calentarse con el fuego del sol, gime en su lecho de tablones polvosos, esperando que la obscuridad se haga nuevamente, porque la luz le molesta.

Quizá sea el último amigo del angustiado moribundo que ha quedado en el rincón donde se hallaba el lecho, llorando la ausencia y guardando el recuerdo del postrer instante, quizá el testigo mudo de la amorosa despedida, ó el invisible confidente de las angustias de una viuda ó de los lamentos de los huérfanos.

Por ello preferirá la sombra para entregarse á su dolor, y esquivará la luz, por no atormentarse más con el recuerdo.

El trino agorero del ave que recorre las cornisas de las azoteas, no presagia ni dichas ni infortunios, ni inquieta por las tardes, cuando el alma medrosa se arredra con el día que muere; no canta en la mañana tibia del estío la vida del hogár que se despierta con nuevas esperanzas é ilusiones que llegaron de noche cautelosas y tímidas.

La casa está vacía para el inquilino que llega, quien no sabe de ausencias; nada albergan los muros, elocuentes con su mutismo de granito para aquellos que dejaron en ellos un suspiro ó una mirada.

El agua que gotea, no remeda lágrimas silenciosas derramadas en la vida íntima de la familia; en su monótono caer, lento y gemebundo, parece sonrisa sarcástica que se burla de los recuerdos que vagan indecisos, huraños á una claridad que no les pertenece.

El espíritu se abisma ante la soledad de las mansiones desocupadas, porque presiente que ha de obligársele á dejar los dominios de sus tesoros donde moran los sueños realizados, nacidos al calor de la esperanza y alimentados con el deseo constante de lo bello, del eterno ideal que todo lo transforma.

Visitar una casa que pensamos habitar, es hallarse junto á una fosa abierta que espera los despojos nuevos, es recorrer el departamento de un panteón antes de inhumar los pensamientos que mueren.

Pretendemos cambiar de casa y buscamos siquiera sea un remedo de lo que tenemos que dejar. Amamos demasiado la luz que como fiel amante llega á nuestro lecho todas las mañanas y nos despierta cariñosa; el sol que á la hora de la siesta nos adormece; la racha de viento que como niña inquieta juega con los papeles de nuestra mesa de trabajo; las primeras sombras que obscurecen la estancia; la lluvia que empaña el cristal de la vidriera, y

ese bullicio, siempre el mismo, á quien hallamos al paso como amiguito de vecindad.

La inanimada fidelidad, la constancia inmóvil de todos los objetos que nos rodean, como ha dicho Luis G. Urbina, tienen un encanto irresistible, del que no quisiéramos salir para caer en la movilidad de un cuadro que no podríamos reconstruir con todo el esfuerzo de nuestro deseo.

Por eso nos encariñamos con la casa que habitamos y no quisiéramos alejarnos de ella hasta la muerte, cuando otra luz y otro sol, otra lluvia y otro viento que nos son conocidos sin recuerdos, nos reciban en la nueva mansión del espíritu.

***

¡Ay de la casa que se deja!

Quedan olvidadas allá en la penumbra vaga que muy pronto han de invadirla, cuando el portero cierra los departamentos, la primera impresión que cautivó el alma el primer día de habitarla y la última de la que no quisiéramos despedirnos por ahorrarnos la pena de dejarla; el sitio preferido en que colocábamos el mullido sillón para entregarnos á la lectura de las obras que nutrían nuestra inteligencia y recreaban nuestro ánimo; el lugar en que recibimos el efluvio de sol después de una enfermedad desesperante; las flores que no podemos llevar; el ambiente que no nos pertenece; la poesía prestada que ha de ser mal reemplazada con la poesía que viene, y todo ese conjunto de materia idealizada, toda esa pléyade de mundos que nos hemos forjado, para que habite en ellos nuestra alma, han de quedarse para ceder su puesto al nuevo huésped.

El mapa que desaparece del tapiz, el retrato que deja de contemplarnos con su mirada siempre grata, los libros

que se cierran en las páginas más deliciosas, el tintero que se guarda, los manuscritos que se destruyen sin un remordimiento, las flores secas que se esparcen en deleznable hojarasca, los listones pálidos y la crenchita de pelo que se guarda en sitio predilecto, son haces de recuerdos que atormentan y halagan á la vez.

¿Quién no siente dejar jirones de su vida en aquellos objetos que no *se mudan*, y llevan un mar de amargura en los que cambian de domicilio?

El espíritu es poco conforme con las variedades de las cosas que ama; eterno errabundo de la vida, le place desligarse é ir en pos de lo desconocido; pero exige á su regreso hallar todo, en el estado que lo deja.

A medida que se ausentan los objetos queridos con quienes vivimos, nos parece que alguien ha muerto sin darnos la triste despedida; sentimos igual desolación á la que se experimenta en los momentos de emprender un viaje; somos presa del afán de quedarnos aislados en aquella soledad de recuerdos, y hasta nos parece sentir ya la nostalgia de la antigua casa, cuando aún no la dejamos por completo.

Bosquejo del instante supremo en que habremos de abandonar para siempre todo aquello que en la tierra nos liga, es el momento en que dejamos las habitaciones desiertas.

Cae sobre el espíritu la noche de la desilusión, nos amaga la duda, la fiebre de la incertidumbre nos domina, y despertamos del delirio fatal sorprendidos por una aurora que nos es desconocida.

¡Qué pronto huyó la luz de aquella tarde melancólica, la última que vimos sucumbir en la casita amada! El resplandor amarillento que parecía devorar con sus ascuas de oro los remates de las paredes, se quebró en los umbrales y escaló la bardita de la azotea para seguir á sus compañeras las nubes que se iban demasiado temprano

remolcándose en el piélago infinito; los tonos grises que son precursores de la noche, fueron manchando rápidamente el azul límpido del cielo; el primer nubarrón mató de súbito la claridad agonizante; pasó rauda la última parvada y con ella volaron las notas del campanario más cercano; surgieron las estrellas débiles en el fondo obscuro, y las tristezas de la ciudad que duermen velaron el insomnio postrero en la mansión antigua.

Como aquella tarde opaca que escatimó las bellezas del crepúsculo y anticipó las tinieblas; como aquella noche que se adelantaba para enjugar con su manto consolador el llanto del recuerdo insistente, así quedará el alma cuando cambie de morada, sin poderse llevar de lo que es suyo, más que la satisfacción de haberlo poseído.

Entonces gustará de vagar por los sitios donde quedaron sus ideales para llevarlos consigo y extasiarse con ellos.

Plácenos visitar los yermos de nuestras ilusiones pasadas, meditar junto á las ruinas de una felicidad que ya no existe y dejar que el pensamiento se detenga y las afecciones se expansionen.

Allá en la soledad de las habitaciones lóbregas, envuelto en el silencio que mistifica los hogares vacíos, se siente la nostalgia del pasado, como en los paraderos de un camino se siente el deseo de no continuar el viaje.

La vida es «*tren express*» que va de prisa y apenas si nos deja el tiempo más preciso para descansar; por eso nos encariñamos con todo lo que nos acompaña en la travesía, porque habremos de dejarlo cuando menos queramos.

¡Adelante!—nos grita la existencia—y nosotros tratamos de protestar á veces de ese mandato, queriendo detenernos un día, una hora siquiera, para tomar aliento y seguir la jornada. Somos pasajeros que viajamos con

nuestra maleta de *imposibles*, y cuando procuramos aligerarla, no vemos que la hemos surtido nuevamente.

No pugnemos por retroceder en el camino de la vida, porque será inútil cuanto intentemos. Viajemos siempre con el recuerdo, porque es nuestro amigo fiel, y si nos fatigamos, él nos animará en la travesía.

¡Adelante! ¡Adelante!—nos grita la existencia; pues bien, obedezcamos y..... á la nueva casa.

EL PAPELERO.

Fué el único fruto de un amor vulgar que nació al calor del alcohol y entre el narcótico de la mariguana en la cuadra de un cuartel de infantería, una noche, víspera de marcha para el batallón, cuando el ruido de las armas y el áspero rechinido de las fornituras anunciaban que pocas horas quedaban de permanencia en aquel recinto lóbrego y frío como los sepulcros de la libertad.

La *soldadera* tuvo que seguir en las marchas forzadas al *marido*, y el hijo quedó abandonado á su propia suerte, como quedan, por lo común, los vástagos de amores meramente materiales.

Entonces fué recogido por otra *soldadera* que no había tenido hijos, y llevado al jacal de un suburbio.

Allí creció víctima del maltrato y de las exigencias que un huérfano inspira á las mujeres despiadadas; pasó su infancia libando pulque y mezcal, alternando en las riñas de su madre adoptiva y vagando con los muchachos del rumbo.

Así le sorprendieron los diez años, conocedor de las comisarías por las infracciones que á diario cometía en la vía pública, frecuentador de las tabernas y *figones* co-

mo el hombre más avezado en el vicio de la embriaguez, jugador de *rayuela*, *dado* y *taba*, y ayudante eficacísimo de los ladronzuelos de barrio.

Cuerpo raquítico, que revela las malas nutriciones y el prematuro dominio de los vicios, mal cubierto con ropas interiores; cabeza deforme en la que anidan las premeditaciones del crimen, oculta en holgado sombrero de petate; frente deprimida que acusa mezquindad de pensamientos; ojos de mirada esquiva que parece huir herida por la luz; labios abultados ó irregulares en los que vaga la sonrisa de sarcasmo, ó el dengue de la burla y la barba perdida en lo ancho de las mandíbulas, tal es á la ligera el bosquejo del *muchacho* callejero que, entregado á su propia suerte, siguió la corriente de la maldad sin llegar al banco de la escuela ni tener la educación que pone coto al desbordamiento de las pasiones.

Como las pinturas obscenas de las pulquerías, en su alma tenía impresas las impurezas y las depravaciones; como el hollín que ennegrecía los muros del *figón*, el libertinaje dejaba en su ánimo los tintes sombríos de los placeres brutales.

La noche horrible de la mariguana, la que tiene por sombras las alucinaciones terroríficas, por tempestades las impresiones del opio, y por nubarrones los abismos del crimen, hizo de su cerebro estrecho un caos de ideas abrumadoras que le arrastraron al torbellino del delito.

Las auroras del alcohol, esas mañanas que son para los degenerados reanudaciones de báquicos sueños, que tienen por celajes la neblina indecisa de la ebriedad que desaparece para dar paso á la embriaguez que llega, las de sol amarillento y ambiente sofocante, las tristes, las medrosas, que parecen siempre ser las últimas en la existencia del vicioso, iluminaban para el mal su pobre inteligencia y con irradiaciones del Edén perdido le llevaban á los antros del despecho.

¡Pobre Luzbel caído desde el solio de su dignidad humana para imperar en la maldad!

***

Un día, al regresar al jacal del suburbio lo halló desierto, durmió en él las embriagueces y las vigilias de muchas noches, y al despertar fué sorprendido por la policía, juzgándolo criminal en toda forma, y llevado á la Inspección de Policía.

Allí le preguntarían cuál era su oficio, pregunta que no le habían hecho en anteriores ocasiones porque era muy niño, inquirirían la causa de que hubiera pasado la noche en el jacal que nadie ocupaba, y sin justificar ocupación alguna sería sin duda consignado á la Escuela Correccional.

Y él amaba la libertad en que había vivido, desde que tuvo uso de razón, odiaba el trabajo porque no se le había inclinado á ese cariño de las almas buenas. Prescindir de la taberna y del *figón*, renunciar á las reuniones con amigos, como él perdidos y como él libertinos, sería despojarle del hábito en que hasta entonces había vivido, sería arrancarle la segunda naturaleza que con los vicios se había formado.

Así pensando, resolvió mentir diciendo que era *papelero*, que empleaba el día y parte de la noche en la venta de periódicos, y que no teniendo albergue, halló el jacal abierto y durmió en él.

Y siguió camino á la Inspección arrepentido de su pasada vida, y prometiéndose la enmienda. Si le creyeran, si por fortuna salía libre de aquella consignación, buscaría dinero y se haría *papelero*.

El *oficio* le daría para vivir, y quizá más tarde lograría otro porvenir que el que le esperaba siguiendo como iba.

Pero ¿quién había de creer lo que dijera en abono de su conducta aquel miserable muchacho que llevaba revelando el vicio en las ropas sucias y haraposas, en el semblante demacrado y en la mirada sospechosa?

Fué consignado al Gobernador del Distrito y reducido á prisión correctiva en el patio llamado de los «Pericos.»

Con un mes de permanencia en aquel departamento, unido en muchas horas del día con muchachos más culpables que él, sintiendo la nostalgia del libertinaje y hallando un remedio del pasado en el juego de *ocultis* y en las libaciones, hechas, no obstante la estricta vigilancia, con otros muchos vicios que no sería del caso referir; excusado es que digamos que la reclusión dió más incremento á la mala índole del hijo de la *soldadera.*

La regeneración no acudiría fácilmente al llamado del candidato al crimen, por más que la invocara.

Quizá en otro ambiente que no fuera el de la prisión en masa, hubiera olvidado los infortunios de su infancia y hubiera surgido del fondo negro de aquella alma rebelde al bien y á la virtud las primeras ilusiones que son la alborada tras la noche de un pasado vergonzoso. Quizá su corazón se haría sensible á la mirada mágica de la mujer que ama, y en los efluvios de tan suprema dicha se huirían como huracanes fugitivos los malos sentimientos.

Los mirajes del mundo le estaban vedados, porque nunca se había detenido en los senderos de la vida para contemplar las bellezas del camino; seguía de prisa la jornada tal y como se lo habían indicado sus progenitores, y sin guía en las dificultades del derrotero se internaba en las peligrosas pendientes que á su paso encontraba.

Aunque hubiera querido amar, el amor no le hubiera escuchado. Náufrago en el mar del materialismo, ningún brazo habría acudido en su auxilio, porque los navegan-

tes, sus compañeros, que seguían esas aguas tan distantes del idealismo, eran náufragos también.

La amistad legítima, aquella que hace de los hombres un vínculo sublime porque los hermana para la felicidad, le rechazaría no queriendo mancharse con el fango de complicidades odiosas.

***

El abismo pugna por retener á sus víctimas; la voluptuosidad del vacío comprime el espíritu que se desvía en el vértigo de la realidad, y los precipicios que se ocultan bajo frondosidades encantadoras, acechan al caminante para tener alimentos de despojos.

Abismo, vacío y precipicios acechaban al preso; esperaban que se viera libre de la justicia para tenerlo entre sus brazos destructores, y disputárselo invenciblemente.

Así fué que al dejar la cárcel volviera á sus antiguas costumbres, llevando aumentado el contingente de infortunio que heredó, engendrado por un amor vulgar.

Le esperaban á la puerta de la cárcel sus compañeros de taberna para celebrar *su salida;* por la noche volvió al *figón*, reanudando sus orgías nocturnas, y siguió siendo, con notables adelantos, el ayudante de los ladronzuelos de barrio.

Durmió á la intemperie y no extrañó el calabozo que fué su asilo tantas noches, ni fué ya á dormir á sitios donde pudiera ser sorprendido por la policía.

En la prisión recibió consejos para huir de los gendarmes y aprendió á odiarles, con esa saña con que les odia el populacho en Méjico.

Si antes había sido un muchacho callejero á quien se habría podido regenerar en la Escuela Correccional, salía de la cárcel de Belem con el desarrollo moral de un bandido imberbe.

La noche de la mariguana y las auroras del alcohol habían acumulado en su cerebro todas las obscuridades que enajenan, todas las claridades vagas que deslumbran.

Las obscenidades, desprendidas de los cuadros de *pulquería,* eran poca cosa para las que durante un mes había recogido su alma en la cárcel. Toda la negrura de los muros del *fígón* era poca para la que desprendida de las paredes del calabozo habían pasado á su corazón.

El atavismo seguía su curso; la fatal ley de herencia se propalaba en aquel organismo deforme.

El pensamiento que tuvo para huir de la justicia cuando fué sorprendido en el jacal, reapareció con más insistencia.

Con el fruto de un hurto compró periódicos y se hizo *papelero.*

Entonces podía hacer de las suyas sin que los gendarmes lo molestaran, y si por acaso era llevado á la Comisaría por vagar á horas avanzadas de la noche, era para dormir y salir al día siguiente.

Así vivió entregado al libertinaje que fué su herencia, hasta que aprehendido con los ladronzuelos de barrio, fué destinado á las colonias del Valle Nacional.

¡Cuántas veces pasaría frente al cuartel y se codeó con su padre que estaba de centinela, sin conocerlo, y cuántas quizá dió de manos á boca con la madre y la vió con la indiferencia con que veía á las mujeres harapientas que él conoció en la venta de periódicos!

¡Infeliz! abandonado á su propia suerte, rodó al abismo sin poderse detener en el sendero de la vida.

EL RUIDITO.

I

Como á dos kilómetros de la ciudad de Atzcapotzalco, é internado en las revueltas del camino, existe un sitio amenísimo llamado los «Ahuehuetes,» porque cuatro de esos hermosos árboles sombrean una amplia plazoleta propia para *días de campo, meriendas, tamaladas* y bailes campestres.

Cuentan las crónicas, que en aquel paraje se ofreció una comida al infortunado Archiduque Fernando Maximiliano para solemnizar su dominación imperial en Méjico, y es desde entonces aquel lugar el predilecto de los enamorados que á pretexto de pasar un día de solaz, pueden entregarse á las expansiones de sus ideales.

Los gruesos troncos ostentan el caries del tiempo como antiguos soldados las surcidas cicatrices en sus veteranos cuerpos. Las ramas cuelgan fatigosamente pobladas de anchas y frescas hojas, como cansadas cabelleras de ancianos corpulentos, y los descarnados varejones que se enlazan con los ramajes, parecen por su grosura miembros potentes de vigorosos sexagenarios.

Como viejos tolerantes á quienes deleitan los pasatiem-

pos de los niños, aquellos ahuehuetes agitan sus frondosas copas durante las fiestas que se celebran en la plazoleta, cual si dieran muestras de aprobación y de contento ante la felicidad de los jóvenes alegres que devoran con inusitado apetito los manjares nacionales, cantan, bailan y charlan hasta que el sol declina, y se alejan dejando algún recuerdo y llevando nuevas y perdurables impresiones.

En el regazo de esos troncos antiguos se colocan los chales, rebozos y manteletas que se hacen prender de las ramas que sirven de rústicos percheros; las horquetas se emplean en cómodas bastoneras, y en las profundas grietas guárdanse siempre una que otra botella de licores que los jóvenes convenencieros se reservan para las supremas horas de escasez.

Las raíces que han llevado sus hinchazones de músculos gastados fuera de la tierra, proporcionan cómodos asientos para las amantes parejas que, fatigadas del *bailoteo* y no queriendo interrumpir sus confidencias, buscan para reposar los sitios más apartados de aquella rotonda que parece dispuesta por la Naturaleza para indemnizar al espíritu de sus constantes luchas.

Los yerbazales que rodean aquel paraje delicioso, suben á tal altura, que forman circular tapiz hasta tocar las ramas de los ahuehuetes. La radiosa luz de la mañana ó los melancólicos fulgores de la tarde, penetran amortiguados, dando color de ensueño á las raíces y á las ramas.

Por los pequeños claros de aquel tapiz verde esmeralda asoma el cielo azul de nuestros campos, ó las inquietas nubes que vagan por encima de las arboledas como bandadas de palomas alegres.

Un sendero estrecho y prolongado, con sus ramificaciones rectas y floridas proporciona la salida de la *glorieta* y deja ver en todo su esplendor el magnífico cielo ame-

ricano de horizontes guardados por murallas de extensas cordilleras.

De aquel sendero llegan á la plazoleta en raudales de perfumes de rosa de castilla, *margaritas*, geranios, *alfombrilla* y *bola de fuego*, los rumores de las aguas que se deslizan por entre los tallos, y las harmonías del viento que agita la floresta. Efluvios de sol y cúmulos de sombra pasan por aquel claro de la rotonda y parece como que las enramadas tratan de cerrar el paso por aquella única parte abierta al cielo y á los horizontes.

Si alguna vez vas al sitio de los Ahuehuetes, carísima lectora, verás que no exagero en ponderar la belleza de aquel verjel de amor y de expansiones, que parece preparado por la Naturaleza para que el espíritu descanse de sus luchas.

II

Roberto era un hombre tan feliz, como puede serlo quien á los veinte años realiza sus ideales uniéndose en matrimonio con la prometida de su alma.

Julia, la joven más encantadora del pueblo de Popotla, se desposaba al fin con Roberto, después de dos años de dudas, inquietudes y penalidades gratas, que no otra cosa encierra el ilusionismo de dos novios, hasta que llega el anhelado momento de ser uno del otro.

Roberto era cajero de una casa importante de la Capital y había llegado al empleo que desempeñaba desde el de *meritorio de almacén*.

Conoció á Julia en una fiesta familiar dada en uno de los jardines de Popotla y, lo que acontece con frecuencia, por mucho que lo nieguen los materialistas, una mirada bastó á inflamar dos corazones.

Desde aquel día, Roberto procuró redoblar su actividad para lograr un porvenir digno de la mujer elegida,

y ésta, consagrando su alma á la felicidad del joven, daba al traste con las esperanzas de aquellos que la codiciaban para esposa.

Cuando se le notificó á Roberto que quedaba encargado de la Caja, hubiera querído que las horas transcurrieran rápidamente para anunciarle á su novia el ascenso.

No bien dejó las oficinas de trabajo, más animoso que de costumbre, fuése á la casa de su amada, radiante de alegría, y le manifestó que estaba cercano el día en que podía llamarla suya.

Dos meses después celebrábanse las nupcias en el templo de Tacuba, y terminada la ceremonia, novios y cortejo se dirigieron rumbo á la casa de la novia y después á los «Ahuehuetes» donde debía pasarse el día de bodas.

El séquito femenil tomó por asalto la plazoleta rodeando á la desposada, y los amigos del novio se proporcionaron pasatiempos formando aquí y allá grupos que esperaban la hora del almuerzo.

Una música de cuerda hacía más deleitosas las primeras horas de permanencia en aquel sitio ameno.

Pronto el sendero se vió invadido por las muchachas, y en los peinados, en los talles de los trajes y en los abullonados del peto del vestido, lucían sus colores silvestres las florecillas del prado.

Aquí, dos ó tres parejas bailaban; allí iban y venían filas de *pollitas* que cuchicheaban misteriosamente; más allá, donde las enramadas se destacan, uno que otro convidado que prefiere la soledad al bullicio.

Aquel cuadro simbolizaba un nuevo hogar; por eso era tan bello.

El sol caminaba al zenit y sus rayos ardorosos no osaban herir á los concurrentes, quedándose entre las arbo-

ledas como curiosos que envidiaban la felicidad de los cónyuges.

Tendióse el blanco mantel sobre la tierra, brillaron las botellas del jerez como el topacio y las del tinto como el jacinto; las hidrópicas botellas de *champagne*, ocultando sus inquietudes bajo el dorado papel del cuello y el plateado que resguarda el corcho, formaban fila como niñas traviesas; los dulces y las frutas comenzaron á aparecer en todas direcciones entre lucientes cubiertos, áureas copas y fuentes con manjares incitantes, y bien pronto la rusticidad del paraje contrastó notablemente con la opípara mesa improvisada.

Una comida en el campo, donde no llega la *etiqueta*, institutriz de los corazones que aman, y donde los cumplidos no turban las expansiones del ánimo, es motivo de peripecias y detalles que amenizan la reunión y dan lugar á gracejadas y bromas de buen tono, á eso que los franceses llaman *sprit*.

Ver una falda blanca de percal mal recogida sobre las líneas tentadoras de un cuerpecito airoso, coquetamente echado en el petate de palma, contemplar una variedad de cabecitas, rubias ó negras, en constante movimiento, oir las risitas femeniles que suenan como el piar de las aves en primaveral mañana, ó las vocecitas confundidas que alzan algarabía de gorriones alegres; ser testigo de la exquisita galantería de los convidados, sentados al lado de las damas, presididos por los novios que ocupan las extremidades del mantel, es un goce que quisiéramos hacer interminable, y que, muy á pesar nuestro, perdemos, cuando al dejar el campo volvemos á la vida monótona de la ciudad.

Las notas de la orquesta, el ruido argentino de las copas que se chocan para brindar por la felicidad de los desposados, el *retintín* de los cubiertos, sonidos todos que se confunden con la harmonía de las ramas que se

besan, de la hoja que se desprende, del agua que bulle, y del pájaro que gorjea, arroban el espíritu.

Las voces, las risas, los galanteos, suben en graduación hasta llegar al bullicio ensordecedor; estalla el primer *taponazo* del *champagne*, cae el licor travieso en las límpidas copas tiñéndolas de ágata, la espuma muere entre burbujas que chispean, y el bullicio cesa. Se brinda por los novios, se hacen votos por que el nuevo hogar sea un edén de amor y de ventura, y en torbellino de palmadas, en vértigo de *¡vivas!* y de *¡hurras!* se deja la mesa para entregarse al baile.

Y rompe el vals su cárcel de harmonía, precipítanse sus acordes en cascadas de notas, y ora vertiginosamente, ora en reposo, sedas, miradas, alientos y perfume, giran como las idealidades de un sueño.

La *polka*, lleva en rápidos deslizamientos cinturas breves y pies juguetones; el *schottis* balancea los bustos de las bellas, admirables por sus contornos virginales; la *mazurka* desvía á las deidades del amor como engañosas apariciones de la fantasía, y la *danza*, esa apacible confidente de los secretos íntimos, esa lenta idealización que va del tocamiento de las manos á la pureza del aliento y al candor de las miradas, dilata las palpitaciones y enajena el sentimiento.

Allá van los novios, en ese torbellino de júbilo, diciéndose al oído sus dichas realizadas y sus nuevos proyectos. La brisa pasajera recoge sus acentos; la luz que huye se lleva sus miradas, y el espacio infinito envía á su mensajero el viento para recoger los suspiros tiernos de aquellas almas unidas para siempre.

¡Oh deificación de sentimientos! ¡Oh arpegio sublime perdido en el himno de la vida, tú llegas hasta el Trono del Omnipotente y le haces recordar su creación perfecta del Paraíso! ¡Tú eres murmurio del arroyo que retrató la hermosura de la Eva feliz; tú el rayo de sol que por

primera vez besó la frente casta de la desposada, tú la naciente inspiración que dió vida á la humanidad!

¡Bendita seas!

III

Seis meses habían transcurrido, y en el dichoso hogar de Julia y Roberto, la hermosa *luna de miel* no ocultaba su disco tras de ligera nube inoportuna. Los *nimbos* del ensueño de amor, despejaban el cielo de la felicidad; su buena estrella no se ponía en el lejano horizonte de la realidad, y no se vislumbraba la fría alborada de la desilusión. La noche apacible del cariño conyugal no obscurecía sus claridades inefables; el sueño de la ventura marital aletargaba aún á los esposos.

Ningún agente extraño al amor intervino en aquella unión, que no fué el resultado numérico del cálculo, no la fascinación de la hermosura, no el despecho y la venganza vil de amores malogrados.

La unificación de dos almas hizo la amalgama de dos naturalezas; la voluntad, la de un solo sentimiento. Aquel amor auguraba vivir eternamente.

El inefable placer que Roberto experimentaba al llegar de la oficina, le indemnizaba de la faena del día con una sonrisa de la esposa que le esperaba ansiosa como en las citas del noviazgo; las emociones gratísimas que originaban las candideces y las ruborizaciones de la recién casada, las amenas conversaciones de sobremesa, las sabrosas pláticas en los paseos nocturnos, las furtivas miradas en las tertulias, el apretoncito de manos al descuido y todas las primeras bellezas del matrimonio, eran muy merecidas de aquel joven que no llegaba al puerto de la familia como náufrago del mundo, sino como viajero en los mares del cariño.

El hermoso tormento de algunas horas de ausencia, la

reconcentración del pensamiento en el cuartito de costura, el recuerdo insistente pasado en el piano como nota que repercute, y la impaciencia que causa la marcha lenta del reloj, el perfume embriagante de las flores, traídas la víspera por el esposo, el mueble predilecto, la falda que más luce, el peinado que mejor cuadra al galante marido, recompensas eran de la pasión frenética que Julia consagraba á Roberto.

Sobre aquel hogar que el cariño santificaba, parecía que nada debiera entrar que no fuera dicha completa.

Fatalmente no fué así.

IV

El ángel guardador de aquel edén, vencido por el genio del mal, por ese enemigo irreconciliable de la virtud que, por inescrutables designios persigue y vence á la felicidad, penetró á la morada de Julia y Roberto y los hizo víctimas de su saña y sus iras.

¿Cómo turbar aquella calma nacida de la unión conyugal? ¿Cómo trocar en lágrimas y duelos la infinita alegría de aquellas almas buenas? Había que herir el vínculo, romper el eslabón precioso que ataba esos cariños simbolizados en las mutuas caricias, en las recíprocas expansiones amorosas. Y esto, cuando la ilusión no desmayaba, cuando ninguna nube inoportuna cruzaba el cielo de aquel hogar feliz.

Entonces se hizo la noche; la propicia para el crimen, la que puede ocultar el rostro inocente, la que ahoga entre sus sombras la luz de la verdad. Para herir á mansalva es necesario que el día se ausente. Y el día de la felicidad huyó para Roberto y Julia.

Sin que el Cajero pudiera darse cuenta, desapareció de la Caja una fuerte suma, y aunque la conducta del dependiente era intachable, aunque tenía dadas pruebas

de honradez, hubo de procederse en su contra como el inmediato y directo responsable de los fondos que se le confiaron. Roberto fué reducido á prisión.

No se amedrentó, sin embargo, ante los horrores de la prisión. Sabía que ningún delito había cometido y se resignaba con su suerte esperando salir ileso de las investigaciones de la justicia.

Una gracia solicitó antes de ser llevado al calabozo: hablar con su esposa, lo que no le fué permitido por estar en rigurosa incomunicación.

Cuando Julia recibió la funesta noticia del encarcelamiento de su esposo, sintió cruel desesperación. Roberto tan bueno, decía, tan trabajador, ¡imposible que sea autor del delito que se le imputa! Fué á la prisión y no se le permitió verle. Gestionó con los principales de Roberto que se desistieran de la acusación, y no pudo lograrlo. Entonces pensó en la inculpabilidad de su esposo; su dignidad se sobrepuso al fatalismo, resignada á que muy pronto se desvaneciera la calumnia, y esperó el fallo de los jueces, á solas con su dolor y su aislamiento.

El proceso en tanto seguía su curso. De todas las averiguaciones practicadas nada pudo obtenerse, y el presunto reo fué llevado ante el *Tribunal del pueblo*.

La conciencia humana tiene sus aberraciones inexplicables. Obcecada en ver el mal donde no impera, da por hecho lo que en realidad no existe.

Inútil fué la elocuencia del Abogado Defensor para salvar al acusado. La requisitoria del Fiscal hizo pesar la responsabilidad sobre Roberto y éste fué sentenciado á sufrir la pena de tres años de prisión.

En un momento el cielo de la felicidad conyugal, ese cielo que no hubieran empañado los esposos felices, perdió su apacibilidad y se puso tormentoso.

La *luna de miel* se encaminó al Ocaso. La estrella del amor se puso y no apareció más.

Julia era fuerte en el infortunio, como sensible y delicada había sido con el cariño; sabía que su esposo no era culpable, y antes que alguna duda empañara el nombre que llevaba, prefirió llorar en su casita desolada la prisión de su infortunado compañero.

¡Pobre niña que al ver realizadas sus ilusiones, la realidad sombría le arrebató el mágico prisma de sus sueños....!

V

¡Qué horrible transición!

De la luz radiosa del hogar querido á los antros de una mazmorra inmunda.

Roberto no tenía remordimientos que le acosaran; pero con el tropel de siluetas que su imaginación forjaba, y con las brumosidades de su cerebro enfermo, por la angustia, desfilaban sus pasadas dichas.

Vorágine fatal eran los proyectos no realizados; hecatombe las promesas que para el porvenir se había hecho; torbellino infernal los mentidos halagos de la suerte y farámbula aterradora las esperanzas que aparecían consoladoras.

Sin embargo, prefería el calabozo con sus horrores negros, el patio de la prisión con su mezquino sol y su raquítico ambiente. En la penumbra podía soñar despierto; trasladaba su imaginación á los días de ventura que tan fugaces pasaron, y se veía ante la sonrisa de su joven esposa, cautivo entre sus brazos, embelesado en sus miradas y absorto en sus caricias. A la luz del día, rodeado de verdaderos criminales que, ajenos á toda afección se olvidaban de su propia culpa, le entristecía pensar en el olvido de Julia, de aquel ángel de bondad tan súbitamente desgraciado.

Así pasaban los días interminables, y las noches eternas para el sentenciado; días en que la luz no bastaba á iluminar las tenebrosidades del alma abatida, noches en que el sueño intranquilo sirve de tormento.

Cuando los esposos podían verse á través de la reja, animábanse mutuamente con la remota esperanza de la libertad, y el consuelo alentaba en la ausencia á aquellos espíritus fortalecidos por el amor.

Roberto tenía por compañero, en las primeras horas de la noche, un ruidito, que incesantemente se producía cerca de la celda, y le hacía pensar en los peligros de la picadura de un insecto, en la esperanza de evasión de algún cautivo que estaría horadando el muro con el tesón que da el ansia de libertad, ó en que fuera el chorrito de agua de alguna fuente quejumbrosa, ó el goterón implacable que hiere inclemente las piedras.

Algo como el péndulo de un reloj que marca los instantes al paciente, mucho de la promesa que se hace el confinado esperando el perdón que nunca llega, tenía aquel ruidito que parecía aproximarse, ó alejarse, según que fuera más ó menos intenso.

Al día siguiente, Roberto buscaba la significación de aquel cautiverio en que se hallaba, sin poder lograrlo.

Aquel ruidito le aterraba; pero si alguna noche hubiese faltado, sin duda que habría sido profunda su pena.

En la soledad, en el misterio del silencio, se extrañan mucho á las quimeras, que son las únicas amigas.

Así, durante los tres años de reclusión injusta, no faltó, noche á noche, el extraño ruidito, que ya era una necesidad para Roberto.

Extinguióse la condena y, queriendo el preso investigar la causa de lo que escuchaba en sus horas de insomnio, pudo ver que era lo más trivial. Un escribiente que

trabajaba por la noche formando la documentación, tenía la costumbre de jugar el pie en la varilla del escritorio, y aquello era lo que producía el ruidito.

Desde entonces, cuando al lado de Julia oía murmurar á la fuente del patio, escasa de agua, lloraba recordando las prolongadas horas de su injusta prisión.

El recuerdo más doloroso, era para Roberto el compañero de sus vigilias en el calabozo, porque con él pensaba en su amada, y con él se marchaban sus mensajes de amor infortunado.

Creer que sólo al delincuente persiguen las inquietudes y los sobresaltos, es un error. El sello de las prisiones, marcado en el corazón de los que las padecen, sean ó no culpables, es un espectro que va como la sombra en pos de su víctima.

Por eso son tan odiosas las persecuciones á los inocentes, por más que los jueces deban obrar por sospechas cuando no haya otras pruebas.

Roberto no estaba tranquilo, temeroso de que su honradez nunca se justificara, y su alma sentía siempre las torturas de la prisión. No podía permanecer mucho tiempo en aquella incertidumbre, porque la virtud impera al fin.

Poco después que Roberto fuera reducido á prisión, uno de los dependientes del despacho había caído enfermo, y durante los tres años de pena impuesta al Cajero estuvo en cama, viéndose á orillas del sepulcro. Agravóse, y mandado disponer por el médico y el sacerdote, llamó al principal, y le reveló, que él, aprovechando un descuido de Roberto, tomó el dinero que faltó en la Caja.

Tal confesión, hecha espontáneamente, le valió á Roberto el empleo y la misma confianza que se le dispensaba anteriormente.

Julia pensó que volvería su antigua dicha con aquella rehabilitación, pero no fué así; en los halagos, en las ca-

ricias de la esposa, Roberto creía percibir aquel ruidito que había quedado grabado en su cerebro como el acento en lámina fonográfica.

Roberto estaba enajenado.

ENFERMA.

Con la neurosis de un amor súbitamente nacido y rápidamente desarrollado, ella, la sentimental Laura, esperaba ansiosa el momento del supremo alivio: su indisoluble unión con Roberto.

Como la amada del Petrarca, el espiritualismo dominaba aquella naturaleza hecha para la ilusión y los ensueños ideales, y la mistificación de una alma desterrada, despertaba en aquel corazón vagos recuerdos de otro sér inconsciente, cuyo consuelo único era la nostalgia por lo desconocido.

La luz de sus pupilas irradió desde la noche, al nacer, como el lucero fijo que llora las tristezas de la tarde y es la primera sonrisa de la aurora; sus labios fueron siempre de un rojo pálido, como los capullos de las flores tempranamente marchitados; las mejillas eran lívidas cual las de las estatuas sepulcrales; el cuello endeble y raquítico, de tórtola que sufre; los miembros macilentos, y el talle juncoso: en conjunto, aquel organismo sensible tenía la delicadeza de una palma erguida siempre, tras los rudos embates que la asedian.

Amaba y era amada; y ese vínculo de afecciones resuelto en un acento, en una mirada, en un ademán que se

deifica, esa conjunción de ideas que se funden en una misma inteligencia, ese latido que repercute el suspiro que halla eco, la lágrima que se enjuga con un beso y el aliento que forma un solo ambiente, forjaron la esperanza que es la púdica imagen del deseo incensado en el santuario del cariño.

Ardía en su pecho el fuego de la pasión erótica, como llama de lámpara sagrada ante el tabernáculo eucarístico, y eran sus sensaciones amorosas, como vibraciones de órgano, reproducidas como aves matutinas que entran y salen por las altas ojivas de suntuosas catedrales.

Miraba con la castidad de virgen contemplativa; reía con la pureza de los ángeles que circuyen los lienzos de las Inmaculadas, y si besaba, el beso, como ave tímida, iba á posarse sobre el ara del ilusionismo, antes que tocar con sus alas el impúdico árbol del deseo.

Laura amaba á Roberto, como se ama un recuerdo ó una nostalgia; era alma desterrada que necesitaba consuelos en su nueva patria.

***

Al pintoresco pueblo de Mixcoac, uno de los albergues que la tranquilidad tiene, cuando huye de esta ciudad, se trasladaba durante el día la amante imaginación de Laura, y por la noche el espíritu de la joven vagaba entre frondosas arboledas, floridos huertos y verjeles amenos. Roberto residia en dicha población, y no era, por lo tanto, extraño, que durante las horas de la ausencia, el alma de la niña buscara, como ave herida, el nido bienhechor, bajo aquel cielo de campo americano, entre ramajes abundosos, ambiente de rosas y emanaciones de yerbas olorosas.

Roberto bosquejaba á menudo el panorama de un porvenir risueño: al dejar el templo parroquial de las nup-

cias, se trasladarían á su casita de Mixcoac para celebrar la boda, y desde aquel día, no se separarían hasta la muerte. Allá en el extremo de la calle, sombreada por pinares con claros de azul espacio vistos por encima de las tapias y entre las hojas y las frutas, olorosa á tierra húmeda, saturada con los aromas de las flores, calentada por los tibios rayos del sol, y refrescada con las auras de las praderas, los esperaba la casita blanca como tórtola perdida entre el follaje. Un emparrado entoldaba la entrada de aquel verjel que parecía preparado por el amor; las habitaciones eran reducidas, como lo son siempre las de las casas de campo, para que el jardín tenga la amplitud suficiente para recreo de los moradores, y en las paredes y las puertas de los aposentos trepaba la hiedra formando cortinajes rústicos encantadores. El río pasaba por el fondo del huerto, convidando al baño matutino en los días calurosos del verano, las plazoletas y las callecitas de chaparros arbustos, los cenadores cubiertos de heno, los chayoteros con sus hojas colgantes, las matas, los declives del agua, el rocío sobre los tallos y las aves sobre las ramas, serían los primeros y constantes testigos de las expansiones conyugales desde aquella mañana sonrosada en que el idilio de las rosas, no fuera, ni más poético, ni más ideal que el de las almas de Laura y de Roberto.

Después del trabajo de la oficina, el recién casado llegaría ufano á los brazos de su amante esposa, y ambos seres felices, con una felicidad tan soñada, verían transcurrir el tiempo aletargados con su inmensa dicha.

Estos y otros proyectos que por nimios callamos, eran la diaria conversación en las visitas oficiales que el novio hacía por las noches, si algún pretexto de familiares entretenimientos, no le servía para sellar los labios á ventajoso trueque de dar á la novia un furtivo apretón de manos, un toquecito con el pie, ú otro de tantos recursos

fútiles y hasta ridículos para quien no ama; pero que la práctica de ellos, es para los enamorados platónicos, ilusión satisfactoria.

Tales proyectos no podían ser mejor tema para fomentar los ensueños de amor, á la par que la enfermedad moral de Laura, sensitiva que se doblegaba al más débil impulso de alguna contrariedad, y contrariedad grande tenía, en que después de dos años que habían transcurrido, no se realizaron aquellos ensueños.

¡Pobre alma desterrada, siempre nostálgica por lo desconocido!

***

La pálida luz color de rosa de una lámpara de pie con pantalla de raso, iluminaba mágicamente la diadema y ramos de azahares, el nacarado libro de misa, la cruz de marfil en azul estuche abierto, las cáligas azules en ajado papel de china blanco, los pendientes, los brazaletes de oro relucientes y piedras preciosas deslumbradoras, y otros muchos objetos que constituyen los regalos de boda, colocados en la cubierta de mármol de la *mesa tortuga* de la sala. Laura y Roberto, cerca del balcón, hablaban quedito, con los honestos cuchicheos de los novios, en tanto que la señora de la casa, en compañía de algunas amigas de confianza, colocaba en un ropero de caoba, la ropa blanca de la novia y arreglaba los asuntos relativos á la boda que al día siguiente debía celebrarse. El anciano padre de Laura, sin cuidarse de tales preparativos, leía un periódico junto á la lámpara, sin que el brillo de las telas y las joyas que enfrente tenía, le llamara la atención.

Aquel viejo había también halagado en los sueños de su juventud, aquellos colores, que desde el blanco de la falda nupcial, hasta el rojo granate de los clavillos para

el velo, son como los de un arco-iris misterioso en las tempestades de los primeros años en que se ama con delirio.

No pensaba ya en que aquella era la última noche que pasaba su hija en el hogar paterno, ¡Lo había pensado tanto! Había llorado mucho aquella ausencia que no tardaría en llegar, fatal y atormentadora, y á fuerza de sentir, quedóse enajenado por el dolor, como un niño que de incesante llorar, se rinde y duerme.

Un débil rayo de luna en menguante, cual oleada que parte de la playa llevando un bajel frágil, arrebató el pensamiento unido de los novios y lo llevó al cielo para traer las últimas provisiones de idealismo.

El oriente y ocaso de la vida, la juventud que ama y la vejez que muere, pasaban como sombras fugitivas, veladas por la luz pálida de la lámpara de pie con pantalla de raso.

***

La naciente luz del alba hacía disminuir como puntos luminosos los mecheros de petróleo que pendían de las lámparas de los faroles que languidecían; la sombra iba escalando las repisas y medallones del dorado colateral antiguo, y las arcadas de los muros; prendía la aurora sus velas diamantinas en los vestidos polvosos de las imágenes, y bien pronto los efluvios del sol que se despierta, hacía colorear los transparentes de las altas ventanas y penetraban como lampos de oro por las ojivas de la cúpula.

Allá el altar mayor con sus ascuas de luz, su tabernáculo esbelto circuido de gardenias; aquí y allí los festones de pino y de musgo recamados de flores frescas y olorosas, y en todo el templo, los paramentos de gala, ese conjunto indescriptible de las nupcias místicas, que ha-

cen de las naves y de las bóvedas la entrada al paraíso del matrimonio.

Transcurrieron las horas, pasaron las primeras misas de la mañana, cintilaba la luz de los cirios, el órgano y la orquesta preludiaban las notas, los monaguillos recorrían el templo luciendo sus rojas sotanas y sus roquetes blancos calados de finísimo encaje, el incienso saturaba con sus débiles emanaciones desde la sacristía, y los cojines de terciopelo rosado, esperaban en las gradas del presbiterio al lado de los dos sillones dispuestos para los novios.

Multitud de curiosos invadieron el templo respetando los bancos enfundados que eran para los convidados, por más que á ellos no se allegaba persona alguna.

Intempestivamente el sacristán comenzó á matar las luces del altar mayor, los cojines y sillones desaparecieron llevados por los monaguillos, y todo quedó como si la ceremonia hubiese terminado.

El acto se había suspendido.

La familia de Laura esperó en vano á Roberto desde las primeras horas de la mañana, acicalada ya la novia y todo dispuesto para dirigirse al templo. El novio no se presentó, y lo primero que se hizo, como lo más urgente, fué avisar al párroco y á los convidados.

¡Día de duelo fué aquel para la pobre Laura! En un instante se había eclipsado el sol de su felicidad soñada.

* * *

Transcurrieron tres meses, largos como la duda, interminables como la incertidumbre de agonía lenta para la espiritual Laura. En vano se interrogó á la familia de Roberto por la desaparición de éste; desde la víspera de la boda no había llegado á la casa.

El misterio se hacía cada vez más grande, como esos

nubarrones que se desatan en horrenda tempestad; la sospecha, como hidra venenosa, hería de muerte á Laura; la desilusión la aniquilaba.

Un día, cuando la niña estaba próxima al sepulcro, víctima de cruel afección cardiaca, la familia de la enferma recibió una carta suscrita por Roberto, en la que aseguraba, que la noche, víspera de su boda, tuvo un serio disgusto con uno de los pasajeros que iban en los trenes de Mixcoac; que insultado y agredido por aquel, ciego de ira sacó el revólver, y disparó sobre él causándole la muerte, por lo que fué preso y puesto en libertad por falta de méritos, y que, si durante su prisión no había avisado, fué porque temía que lo creyesen infamado y que con tal motivo se opusieran á su matrimonio.

El padre de Laura se mostró inflexible; puso á su hija en la penosa disyuntiva de elegir entre él ó Roberto, y la enferma, cumpliendo con el sacrificio que ya se había impuesto de amar en silencio, eligió á su padre, que murió al poco tiempo.

Tarde la muerte del anciano vino á dar una nueva esperanza á Laura: Roberto era ya prostituido completo: un amor que el desvío se encargó de hacer imposible, lo hundió en el abismo del vicio.

Desde entonces, la neurótica, la espiritual desterrada, llevó su mirar doliente á lo desconocido y tuvo por única nostalgia, el sepulcro.

LA CARTA.

Era el último día de exámenes en la Escuela Militar.

La luz de una mañana brumosa y fría, como lo son muchas del mes de Noviembre, *mes de las hojas muertas*, de las fúnebres plegarias en los templos, de las lágrimas, de las flores y de los crespones en los cementerios, recorría los desiertos dormitorios en los que los alumnos *cuarteleros* dormitaban, indemnizándose del sueño perdido en las veladas del estudio, penetraba por las amplias ventanas de las clases, inquietando á las cartas geográficas, velando las esferas de *papier machè*, enturbiando el cristal de los aparatos de química y física, opacando el brillo del metal de los instrumentos de astronomía, y haciendo más nebulosa la superficie entizada de los encerados.

En el Cuerpo de Guardia y en los corredores de estudio, el día era triste para los reprobados y alegre para aquellos que, *habiendo pasado ya de todas sus clases*, anhelaban el momento en que salieran francos para gozar de libertad durante las vacaciones.

Los centinelas, con el fusil *remington* al brazo izquierdo, y la mano derecha metida en la solapa del capote,

paseaban sus diez pasos de ordenanza, erguidos y serios, como lo estuvieran soldados aguerridos al frente del enemigo.

Los cadetes que no esperaban examen, se entregaban á las charlas incesantes, que tanto embellecen la vida del colegio, á juegos de azar, sin interés alguno, ó á la lectura de novelas y versos que, sin temor al *arresto*, podían circular libremente entre aquellos que habían satisfecho las materias cursadas aquel año. La inverosimilitud de Pérez Escrich, los fantaseos de D. Juan de la Puerta Vizcaíno, los episodios sangrientos de Fernández y González, la fisiología y la historia de Alejandro Dumás (hijo), el realismo de Zolá, el sentimentalismo de Jorge Isaac, las obras nacionales del Gral. Riva Palacio y las novelas científicas de Julio Verne, entre otros, cambiaban de lector é iban de mano en mano, reemplazando el fastidioso hojeo de los libros de texto, con la ambición de «La Mujer Adultera,» el pavor de «El toque de Animas,» las venganzas de «El Conde de Monte-Cristo» ó el redentorismo de «La Dama de las Camelias,» con las rudezas de «Nana,» «La tierra,» «El Doctor Pascual» y otras en las que la humanidad descarnada se recrea en sus propias llagas y se embriaga con los miasmas de sus corrupciones; con el amor infinito de «María;» con los tormentos de «Monja y casada, Virgen y mártir,» y con el imaginario «Viaje á la luna,» las peripecias de «Cinco semanas en globo» ó los encantos de «La isla misteriosa.»

Armando, joven cadete, esquivando toda distracción, se paseaba en uno de los corredores altos, sin quitar la vista del libro. El año anterior pasó de segundo curso de matemáticas, con baja calificación, y se le obligó á seguir el curso de topografía militar, para salir al Ejército.

Llegó la hora de examen; el corneta llamó con la contraseña de *ataque*, y el cabo anunció al cadete que estu-

diaba en uno de los corredores altos, que era llegado su turno.

Media hora después, Armando salía de la clase de topografía, triste, pensativo, con el presentimiento de haber sido reprobado.

En los corrillos que se formaron junto á la puerta de la clase, las opiniones eran desfavorables para Armando; pero, aunque en lo general se afirmaba que lo habían *botado,* no faltaban compañeros que lo consolaran, diciéndole que podía *haber dado cachuchazo,* es decir, pasado con baja calificación.

Cuando el Secretario apareció en la puerta para leer la lista de calificaciones, Armando saltaba de gusto, exclamando:

—¡Cachuchazo! ¡cachuchazo!

Había obtenido la calificación de *dos medianos* y *un atrasado.*

Por la tarde, los sargentos primeros formaron á las Compañías, y mandaron dar dos pasos al frente á los alumnos que quisieran salir al Ejército.

Armando fué designado para cubrir vacante de Alférez en uno de los Regimientos que guarnecían la plaza de la Capital, entonces, agitada por uno de esos movimientos revolucionarios que han conmovido al país, desde la implantación de la República.

***

Armando era hijo de un valiente militar que comenzó su carrera como abanderado en un batallón de Infantería, cuando los cadetes eran dados de alta en los Cuerpos á falta de Escuela Militar; así que, había heredado las dotes de subordinación, disciplina, valor personal, basado en la dignidad del grado, y todo lo que constituye el espíritu militar.

Los superiores no tenían queja alguna de él, y los catedráticos de armas se prometían hacerle un digno servidor de la patria; los unos, ponían á prueba sus aptitudes, llegando á la más injustificada exigencia; los otros, demandaban de su memoria y de su inteligencia más de lo que el plan de estudios exigía, y ambos se mostraban satisfechos de los progresos de Armando.

El Director del Colegio, tenía, pues, buenos informes de aquel joven, que llevaba con marcialidad el uniforme, siempre sin una mancha ni una rotura, y que bajo la gorrilla de cuartel, en aquel rostro imberbe y sonrosado se adivinaban las rudezas del soldado inquebrantable, la impasibilidad y la majestad del héroe.

Llamábanle por mal nombre *El espirituoso*, sin duda por la manera arrogante de marchar, la firmeza en las posiciones tácticas, y el estricto cumplimiento en todos los actos del servicio, y él se daba por muy contento del mote, hallándolo justificado en su conducta. Por manera, que mientras los compañeros trataban de burlarse con el apodo, él sentía orgullo, más que si le designaran con su propio apellido.

Su decidida inclinación á la carrera de las armas, le llevó á leer, hasta sugestionarse, las proezas de la historia romana, y las hazañas de Napoleón el Grande. La ciencia de la guerra era su elemento; veneraba á los guerreros más ilustres del mundo, y envidiaba los triunfos que nuestros caudillos han alcanzado en los campos de batalla.

Soñaba con la gloria, como el avaro sueña con tesoros, el preso con la libertad, el ciego con la luz y el enfermo con la salud, y el plazo de tres años, que era el fijado en el reglamento, para pasar al Ejército, le había parecido tan prolongado, como el despertar para el rico metalizado, como el último día de la pena para el cautivo, como la aurora para el que lleva la eterna noche en la pupila,

como el afán de dejar el lecho, que experimenta el paciente, cuando la esperanza de salvación le sonríe.

En la soledad y el silencio de la noche, cuando las lamparillas del dormitorio languidecían y las farolas de los patios fulguraban tristemente; cuando el rumor de las hojas y de las fuentes, en la huerta, era interrumpido por el *¡alerta!* grito agudo y prolongado que transmitían los centinelas y los individuos de los *rondines*, y Armando estaba de *facción*, recordaba las páginas en que había leído con avidez las recompensas á que era acreedor el soldado romano, en el gobierno de los Cónsules. Veía la gratitud de la patria, simbolizada en la copa y en los arreos que se otorgaban respectivamente, á los infantes ó á los jinetes, si éstos habían dado muerte ó despojado al contrario; pensaba en los elogios del Cónsul, hechos ante la Legión, en loor de los soldados que se distinguieron en singular combate, y codiciaba la preciada lanza con que era premiado el que había herido al enemigo.

La corona de oro que recibieron los primeros valientes que subían á la muralla cuando se tomaba una ciudad, resplandecía, para el deseo de Armando, como una ambición próxima á ser realizada, las alabanzas de los Cónsules, que permitían presentarse con su traje especial en los juegos y en las fiestas, á los legendarios que volvían premiados de la campaña, le hacían el efecto de la admiración pública, y los despojos de los enemigos, colgados en los sitios más notables de las casas de los vencedores, como testimonios de su bizarría, eran para Armando los trofeos de épica grandeza.

También tenía presentes las penas á que se hacían acreedores los soldados que no estaban en su puesto cuando la ronda pasaba, y eran apaleados por los legendarios á la señal del tribuno, que tocaba ligeramente con la vara el cuerpo del penado, quien si quedaba con vida después del castigo, era infamado, aun por sus mismos

parientes, y no podía volver á su patria; los que robaban en el campamento, los que daban falso testimonio, se prestaban á alguna infamia ó reincidían tres veces en una falta, los que se atribuían ante los tribunos alguna proeza, ó el que arrojara sus armas durante el combate. Tales penas infamatorias le parecían débiles correctivos ante la magnitud de la falta; para él, el soldado debía ser impecable.

Los episodios de la vida guerrera del Gran Capitán, que fué asombro del mundo entero, eran sus ensueños de gloria, envidiaba la serenidad de aquel Sargento que firmando un parte sobre el barbecho, dió la bienvenida á la metralla que estalló á sus pies, proporcionándole tierra que le sirviera de arenilla, el valor estoico del oficial que, indicando la situación de una pieza de artillería, fué herido en la falange del dedo que indicaba, el cual siguió señalando el sitio propuesto, como si fuera el de una estatua impasible, y anhelaba poder dar una respuesta semejante á la que dió el centinela que estaba apostado al pie de la escalera de palacio, cuando un generalísimo que acompañaba al Emperador reparó en una cicatriz que el soldado tenía en la cara, y por adular al soberano le dijo:—*¿qué os parece de los soldados que reciben semejantes heridas?*—á lo que contestó Napoleón:—*¿y qué os parece de los que las dan?*—y el centinela dijo:—*esos están muertos.*

El amor tenía, no obstante, un sitio en el corazón del cadete; Armando llevaba el retrato de Angelina, su novia, en el libro que estudiaba, y cuando por la noche estaba de servicio, estrechaba la cartulina contra su pecho y la besaba repetidas veces.

De esas, que pudiéramos llamar debilidades, no hacía confidentes á sus compañeros, se arrepentía de ellas, porque le parecían impropias de un soldado, y aunque incu-

rría, al día siguiente procuraba sacudir el yugo de una pasión que las ausencias aumentaban.

Sin embargo, en el cumplimiento del deber era inflexible. Dominaba sus sentimientos, y nada era capaz de quebrantarle.

Armando había nacido para la vida de soldado.

***

Todavía con el medio uniforme de cadete, al cual Armando hizo poner las espiguillas de Alférez, fué dado á reconocer en el Regimiento, la tarde en que se presentó, exhibiendo el despacho respectivo.

Aquel acontecimiento fué para Armando el más feliz que había tenido en su vida. La espada que llevaba al cinto, la diana con que le saludaron los clarines, las dos filas de soldados, pie á tierra, que obedecieron la voz de mando, cuando hizo que descansaran armas, todo ello le pareció el despertar de un sueño, la realización de las ambiciones de tres años.

Muy satisfecho se dirigió el Alférez á la casa de su amada, para lucir sus espiguillas, y notificar que ya estaba en condiciones de hacerla su esposa, y halló á Angelina muy triste.

La pobre niña hubiera preferido que su novio no pasara al Ejército; tenía un presentimiento, que no había querido comunicar á Armando, por no contrariarle; temía que el joven oficial muriera en campaña.

Aumentó la angustia de Angelina, la noticia de que el Regimiento saldría rumbo á una población cercana, en la que había estallado un levantamiento revolucionario.

Armando vió en aquella marcha la oportunidad de ganar un ascenso, y así lo manifestó, lleno de orgullo, á la mujer amada, diciéndole:

—Si he de ser digno de ti, déjame ir en pos de la gloria; quiero conquistarla.

Y se despidió tiernamente de Angelina, media hora antes de marchar.

Desde su lecho, en el que Angelina lloraba la ausencia de Armando, oyó en la madrugada el paso del Regimiento en el que iba su novio, quizá para no volver. Sintió impulsos de asomarse al balcón, para ver por última vez al dueño de su alma; pero las fuerzas la abandonaron, y rendida por el dolor, cayó en un síncope horrible.

Armando, al lado de su Escuadrón, pasó cerca de la casa de su novia, ahogó un profundo suspiro, y llevó la vista al frente, como si el peligro se presentara.

***

Era media noche. El enemigo se había parapetado en una finca rústica, á corta distancia de la ciudad. El Jefe de la División preparó las fuerzas para el asalto.

La caballería, pronta á sustituir á la artillería, para cargar, dando el golpe decisivo, esperaba el momento de entrar en acción, reforzando las alas y los flancos de las cadenas de la Infantería.

El silencio sólo era interrumpido por el piafar de las caballerías, el crujir de las fornituras y montajes, y el retintín de los arreos.

Era el instante en que, según Felicién Nodal, solemne, porque precede á un combate sangriento, en el que no hay jóvenes, ni viejos, porque todos los hombres son de igual edad, y tan cerca de la muerte, se siente igual el uno ál otro.

La obscuridad de la noche no tardaría en desaparecer, porque la luna comenzó á asomar entre los nubarrones que se amontonaban en el cielo.

Era, por lo tanto, indispensable anticipar el asalto antes que el enemigo descubriera las maniobras de los asaltantes.

Los ayudantes transmitieron órdenes; los oficiales que á retaguardia de los soldados pensaban en sus hogares y en sus afecciones, ocuparon su puesto.

Se hicieron las últimas evoluciones y se esperó la señal dada por el cañón, con esa ansia que se experimenta, mezcla de recogimiento y de resignación.

A la derecha de los asaltantes quedaba el camino carretero, que protegería la retirada si el golpe fracasaba, y por allí vió Armando, que á galope tendido venía un jinete que llegó al campamento preguntando por él.

—Yo soy, se apresuró á decir.—¿Qué se ofrece?

Y recibió un pliego cerrado, procedente de la casa de Angelina.

En esos momentos, un disparo de cañón atronó el espacio é iluminó con el fogonazo el lugar que ocupaba la batería que debía amagar el ángulo más débil de la posición enemiga.

Comenzó el tiroteo de la primera línea; los fuegos por salvas, eran contestados por el nutrido fuego que hacían los defensores, y avanzó poco á poco la columna de ataque.

La luna había roto gran parte de las sombras, y alumbraba tristemente aquel cuadro de combate.

Asaltantes y asaltados ya sabían á qué atenerse, y los unos con el deseo de la victoria, y los otros con la desesperación del que juega el todo por el todo, se disputaban la finca ocupada.

Armando se embriagaba al fin con el olor de la pólvora, y respiraba el humo del cañoneo.

Sin descuidar su puesto, pensaba en Angelina, de quien debía ser la carta, y ya se veía regresar triunfador para depositar á sus pies la gloria que alcanzara. Aquel plie-

go, sería sin duda, el estímulo del amor para la honra del soldado.

El fuego, que era cada vez más nutrido, indicaba que se agotaban los elementos, y aunque las columnas de humo no permitían distinguir las maniobras, podía comprenderse que los refuerzos habían entrado en acción.

Efectivamente, se mandó atalajar las piezas; al grito de ¡á ellos! se cargó contra el enemigo, y tocó su turno á la caballería.

—¡Carguen!—gritó frenético el Jefe de la Brigada.

—¡Carguen!—repitieron los Comandantes subalternos.

Y llegaron en tropel los asaltantes hasta la muralla.

El enemigo hacía resistencia con su artillería. El combate singular se trababa encarnizadamente, y los estragos entre los que atacaban retardaban la victoria.

—¡Adelante, Regimiento! gritó el Jefe, y Armando, entusiasmado, sin medir el peligro, fué el primero que trepó hasta la línea de tiro de la fortaleza.

Una descarga de fusilería acribilló el cuerpo del Alférez, que rodó del caballo por el barbecho.

El Escuadrón avanzó, y el triunfo se decidió en favor de los asaltantes.

Cuando después de perseguido el enemigo se levantaba el campo al día siguiente, un ambulante entregaba al Coronel del Cuerpo, un retrato y una carta que se hallaron en el uniforme de Armando. Eran el retrato de Angelina, y una carta en que se le anunciaba la repentina muerte de la niña.

El Coronel, á pesar de su rudeza, sintió que una lágrima humedecía su mejilla; guardó carta y retrato para hacer entrega de ellos, y exclamó:

¡Armando ha muerto con honra: bien merecía tanto amor!

AMORES IMPOSIBLES.

I

Dos hogares, dos muchachas jóvenes y bellas, y dos galanes enamorados, son los sitios y los personajes de una historieta, que el anciano cura de un pueblo inmediato á esta Capital me refirió una tarde lluviosa, mientras paladeábamos el famoso café de Córdoba, en la piececita más alegre de su tranquilo curato.

Persiste aún en mi memoria el bondadoso semblante del párroco, velado por blanca cabellera ensortijada que acusaba una juventud ida muy pronto, surcado por oblicuas arrugas entre las que moría el brillo mate de aquel rostro imberbe, con ojos de mirar opaco, tras los gruesos cristales de los anteojos, que parecían, por su potencia, vidrios de panorama, y con labios contraídos por la ausencia de la dentadura y la tirantez de las arrugas.

El acento enronquecido por la fatiga de los años, ha dejado en mi alma ese eco amargo de la voz de la vejez, esa repercusión íntima de un corazón que dilata sus latidos en el Ocaso de la vida; y hoy que recuerdo la narración de dos *amores imposibles*, me parece estar frente á frente del anciano sacerdote que relataba los hechos como si hubiera sido víctima de ese imposible.

Caía el agua con monótono sonido sobre las tejas de la humilde techumbre, semejando el murmurio de viento huracanado, los rosales temblaban acosados por los goterones que hinchaban las hojas y doblegaban los tallos, coloreaban y eran más brillantes los azulejos de la fuente seca, en la que agonizaban hacinadas muchas hojas caídas, las frondas se reanimaban con el plateado baño, el muro deslavado lloraba las tristezas de la tarde, consolado por la amorosa hiedra que tiritaba de frío, el aroma se evaporaba, gemía la turbia corriente del río, y un cielo brumoso se juntaba en aparentes lejanías con la enfangada llanura que se extendía como un mar sin oleajes.

Se entraban por los poros del cuerpo esos vahos de la tierra húmeda que hacen aletear las ideas en el fondo del cerebro, y que el pensamiento se acurruque al abrigo de la poesía que inspiran las tristezas de un día que se extingue sin un rayo de sol.

Encomiaba el cura los buenos tiempos de su feligresía, y como me fijara con insistencia en una blanca casita que parecía á lo lejos entumecida paloma que soportara la lluvia entre un grupo de fresnos, me dijo que aquella era una mansión de historia, célebre por los malogrados amores de una muchacha caprichosa, que la habitaba, y á quien él había ganado para el cielo.

Le pedí que me refiriese esa historia, y entre sorbo y sorbo de café, y arrojando grandes bocanadas de humo que producía el cabo de un puro de Huimanguillo, el párroco me hizo el siguiente relato.

II

Luisa se llamaba la joven más bulliciosa de estos contornos, que habitaba esa casita blanca, nido de sueños

inocentes primero, de ambiciones irrealizables después; porque Luisa era pobre, sin más patrimonio que el sueldo de Celador de garita que disfrutaba el autor de sus días, viudo y aquejado de una enfermedad del estómago que le llevó al sepulcro.

La joven era el encanto de los mozos del pueblo, que aspiraban á la sencillez de su amor, sencillez mentida en el humilde traje de percal que aprisionaba aquel cuerpo duro y mórbido, con la dureza y la morbidez de las hijas del campo, en aquellos brazos redondos y velluditos, siempre desnudos, revelando las faenas de una campesina, el negro cabello lacio pero brillante, que caía sobre la nuca de blancura pálida, como si acabara de dejar el baño, en sus ojos vivarachos y azules como el cielo en alborada, en sus mejillas color de rosa, y en sus labios de capullo recién abierto, donde la sonrisa jugueteaba como agua que bulle en el remanso y cubre el yerbazal.

Llevaba el albo seno mal cubierto con finísima camisa que transparentaba el nacimiento de un cuello escultural, y vestía una enagüilla corta que se ajustaba á las curvas voluptuosas de las caderas, á los contornos anchos de los muslos, y á las líneas que se iban estrechando en la torneada pantorrilla. Aquella enagua bajaba hasta el tobillo, y dejaba en absoluta libertad á los pies pequeños, calzados con botitas corrientes de charol.

Cuando iba con el cántaro á la fuente, sus oídos repercutían frases de amor lanzadas al descuido por los labriegos que se la disputaban, y sus mejillas tomaban el tinte subido de la amapola, heridas por miradas indiscretas.

En el templo, oyendo misa *de seis* los domingos y *fiestas de guardar*, era la tentación de los jóvenes fieles, y la envidia de las mujeres.

Aquel cuerpo hecho para vestir de seda, el busto para lucir el escote coqueto de las damas ricas, y los pies pa-

ra ser cubiertos con medias finísimas y calzado costoso, sacaban de quicio á mis feligreses, y quitaban el sueño á más de un prójimo, que al dejar las labores del campo, contaban la casita blanca sin esperanza alguna.

Había en la sencillez de Luisa, un marcado desdén á sus iguales en posición social, y aunque parecía resignada con su suerte, en su ánimo no existía tal conformidad. Aspiraba á las grandezas del mundo que se le presentaban informes, con el brillo de la opulencia, á través de las cavilosas que limitaban el verjel de sus sueños de mujer; llegaba tamizada entre el follaje la luz deslumbrante de los regios salones; el murmurio del río la hablaba de músicas desconocidas; las vagarosas ráfagas del viento que roban el aroma de las flores, le dejaban el vacío de otro perfume en que anhelaba embriagarse; y en todas las manifestaciones de su vida tranquila, lamentaba la ausencia de goces que tan distantes de ella estaban.

Cautivábanla las ricas telas y las alhajas que alguna vez solían venir á turbar las modestias de las niñas del pueblo, traídas por las fastuosas damas de la Metrópoli, y se contrariaba con no poder lucir esas riquezas que harían resaltar más su belleza, belleza de que se había dado cuenta ante el espejo, y al oir los elogios de sus admiradores.

Luisa ambicionaba el lujo y la opulencia, y era víctima de esas alucinaciones con que engañan los tesoros del mundo.

Cuantos medios se emplearon para contener el mal que amenazaba de muerte moral á Luisa, fueron inútiles; ella cuidaba de disimular sus pretensiones, y fingía muy bien una modestia que estaba lejos de sentir.

Un día vino á mi cuarto de estudio, Andrés, muchacho labriego, que tenía el alma candorosa y el físico en consonancia con el alma, y me comunicó que después de

mucho tiempo de perseguir á Luisa, había logrado que le correspondiera formalmente, exigiéndole que hablara con su padre.

Yo, que me preciaba de conocer profundamente el corazón de Luisa, no di completo crédito á los desahogos de Andrés, y me propuse sondear el ánimo de aquella niña, caprichosa por ambición.

En efecto, entre el séquito de admiradores, Luisa prefería á Andrés, con quien muy en breve debía unirse en matrimonio.

El cambio era bastante repentino para creer que el amor lo hubiera operado, dadas las condiciones morales de la muchacha; pero confesada por ella misma la resolución que había tomado, preciso era creer que el *dios vendado* había dado en el blanco.

Las familias de los novios, y el pueblo entero, estaban conformes con el amor de los muchachos, cuyas cualidades se adunaban en la apariencia.

Así las cosas, vino de temporada veraniega un joven solterón que pagaba con demasía su permanencia en el campo, vestía con inusitado lujo, montaba á caballo todas las mañanas, recorría la población en suntuosos carruajes que, de exprofeso hizo traer, tenía correrías y tertulias con los muchos amigos que le visitaban en su quinta de recreo, y que se dió á enamorar á Luisa, sin duda por la necia vanidad de una conquista fácil en lucha desigual.

La muchacha, que soñaba con la opulencia, se vió dominada por la ambición y vencida por la realidad de una ilusión tanto tiempo alimentada.

El señorito logró, pues, sin gran esfuerzo, cautivar á la chicuela inexperta, quien, olvidándose del pobre Andrés, se entregó á un amor fatal con Enrique, el joven cachón. Este hubiera llevado á cabo sus diabólicos designios, si una feliz casualidad no contraría el intento.

Enrique, según se supo después, tenía dada palabra de casamiento á una joven acaudalada de la Capital de la República, con quien se uniría por cálculo, queriendo reponer sus riquezas perdidas en los vicios que acosaban su juventud. Como el sentimiento dominante no podía ser más ruin, como la voluntad se sobreponía al corazón, Enrique huía de su futura esposa, gran parte del año, ya viajando, con el pretexto de atender él mismo sus negocios, ya permaneciendo largas temporadas en el campo, dizque para reponerse en la salud perdida.

Ello fué que un día, cuando Enrique menos esperaba, se presentó en el pueblo la dama acaudalada, descubrió que el galán la engañaba con la campesina, y sin más que más, se presentó en la casa de ésta para deshacer el engaño.

Luisa negó al principio haber sido influenciada por las riquezas de Enrique; pero después, instada por el padre que era hombre honrado hasta la exageración, confesó todo, y se resignó á sufrir las consecuencias de su ofuscación.

Andrés, que hasta el desenlace de los acontecimientos no se había dado cuenta de su infortunio, desapareció del pueblo, quizá para entregarse á los azares de la guerra, y Enrique, en pos del caudal de su prometida, logró el perdón de ésta, por su *calaverada*, y realizó el cálculo que perseguía.

Desde entonces, Luisa, que había podido valorizar las torpes ambiciones que la dominaban, quiso retroceder en el camino que en mala hora la hizo emprender el faro engañador de la opulencia, ya no llegaba tamizada entre el ramaje la luz deslumbradora de los salones, ni el murmurio del río la hablaba de músicas desconocidas, ni los aromas de las flores la invitaban á los perfumes valiosos y enervantes del gran mundo; veía las ricas telas, como esos celajes que se diluyen en el cielo aperlado de

la tarde, hasta perderse en la sombra indecisa, y las joyas como esas irradiaciones engañosas de la tierra que brilla, el tiesto que arde, la hoja que platea, el guijarro que cintila, ó las gotas de rocío que tiemblan en las corolas.

Entonces despertó su corazón al verdadero amor, al único que hace la felicidad de dos seres: el que se inspira y el que se siente; el que tiene por tesoros los más grandes sacrificios, y por recompensa la voluntad unificada, los deseos correspondidos y la esperanza satisfecha.

Pero, ya era tarde para reparar el mal causado; Andrés se alejaba herido en lo más íntimo del alma, sin tener un reproche para la mujer que lo había engañado, y ésta tenía por mejor castigo un amor imposible.

Luisa adoraba más cada día al infortunado Andrés.

Los corazones que la expiación santifica, tienen siempre una promesa que va en pos de la falta, y el corazón de Luisa veía surgir de su remordimiento la figura del prófugo errante á quien ella había hecho desgraciado.

¿Encontraría alguna vez al joven labriego que le brindaba con la felicidad de un hogar pobre, pero honrado?

A esta pregunta le respondía afirmativamente su vergüenza, vergüenza que fué á ocultar á un Colegio de Hermanas de la Caridad, con el fin de personificar en la humanidad doliente á su novio, injustamente engañado.

Esa es la triste historia de la casita blanca que ha llamado vuestra atención—me dijo el cura. Cábeme el orgullo de haber ganado para el cielo el alma de Luisa, si es que ya dió cuenta á Dios de su falta. Y se quitó los anteojos, cuyos vidrios tenían la potencia de los lentes de panorama, para limpiarlos de dos lágrimas furtivas que los empañaron.

III

La lluvia había cesado. Los capullos se erguían queriendo sacudir el frío que los aquejaba. Los rosales se disponían á dormir abrigados por los vapores de la noche. Los ramajes dejaron de brillar con el plateado fulgor de la lluvia, y el manto de las sombras cayó sobre la llanura, que semejaba entonces un árido desierto.

Cuando dejé el alegre cuarto del cura, pensé: ¡cuántos amores imposibles necesitan los consuelos de la ancianidad!

Y la venerable figura del Párroco se quedó grabada en mi mente, y el eco de aquel acento enronquecido por los años, repercutía en mi alma como repercute la voz de la vejez.

EN LA COSTA.

Un día de invierno, con sus nebulosidades tristísimas que alejan los horizontes y enturbian el espacio, su frío de tercíana que acurruca á las aves y entumece los ramajes, con su vaho de hielo que empaña la claridad en el firmamento, se ha levantado malhumorado y adusto como Comandante de fragata que ha pasado noche tormentosa.

El sol piensa no abandonar el lecho, como opulento anciano que teme constiparse; la luz juguetea embarazosamente y parece niña traviesa á quien estorba el pesado abrigo; se extraña la algarabía de los pajarillos, el cuchicheo de las frondas y los ritmos del agua que son la bienvenida de la mañana; se piensa en los navegantes perdidos en las brumas invernales, sin el consuelo de un cielo azul; en las populosas ciudades donde el entusiasmo de los habitantes reemplaza á la alegría de los días esplendorosos, cuando la Naturaleza semeja enferma somnolienta, y la imaginación, como ave entumecida, vuela del palacio á la cabaña, del jardín á la llanura, y de la laya al caserío buscando albergue.

La arena de la playa, húmeda por el rocío que no ha

podido evaporarse, tirita, falta de fuego abrasador del trópico, y las arboledas de los parques que lloran las tristezas del día, parecen huérfanos harapientos entregados á la soledad y el aislamiento.

Las caperuzas de las chozas desiguales, y las hondonadas que, vistas á los rayos ardientes del sol, semejan oro bruñido disperso ó haces de trigo puestos á secar, se vislumbran como amontonamientos de tierra seca, allá entre los breñales de la campiña y los espesos promontorios de los médanos.

Las cúpulas y los campanarios, los miradores y los faros, rasgan la niebla como plumajes de palomas, y las banderolas que flotan aún, anunciando el *norte* de la víspera, parecen jirones de nubes vespertinas que han quedado vagando en el espacio donde las sorprendió la noche tempestuosa y las halló el día nebuloso y frío.

En el mar, que se antoja una planicie enfangada y borrosa, flotan los plomizos velámenes de lona y los cascos despintados de las lanchas; agita los remos de los botes el oleaje turbio que avanza perezosamente, y á la orilla irregular y lodosa de la playa, van á morir quejumbrosos los últimos oleajes.

¡Oh mar sublime! quien haya visto tu grandeza de atleta tendida en el regazo de la Creación melancólica, quien haya admirado tus arreos de gladiador invencible á las plantas de la augusta Naturaleza en un día sin sol, ese puede cantar tus ternezas de trovador cautivado y tus amores de titán herido!

¿En dónde está el empuje potente de tus olas que todo lo avasalla? ¿En dónde tus espumas de enfurecido piélago y las verdes iras de tus cóleras atlánticas?

Tú que sepultas orgullos y grandezas y aniquilas la gloria de los que osan vencerte, estás encadenado por los lazos de niebla de tu reina amada, y reclinas tu poderío en el frío seno de una mañana triste.

Llegan las olitas apacibles hasta los bañaderos para esperar los cuerpos morenos de las costeñas y ceñir en voluptuosos éxtasis los senos pudorosos, los cuellos negligentes, las cinturas juncosas, y para ocultar las delineaciones esculturales de aquellas formas delicadas entre penachos de rizada espuma. Flotarán como cabelleras de encantadas sirenas las crenchas de azabache, y las vírgenes tropicales, goteando agua cristalina como perlas ó lágrimas, dejarán la caseta perfumada, y las olas en tumbos de regocijo cantarán la belleza de aquellos cuerpos encantadores que al través de la neblina parecen mitológicas reliquias encerradas en nichos de cristal opaco.

Y allá, donde la mar va cediendo el dominio á la tierra enfangada, donde los tiestos y los guijarros se confunden en lucideces de estalactitas y centelleos de conchitas marinas, las musculaciones rudas, las carnes enrojecidas de los pescadores que se bañan á la intemperie, y las maniobras de los granujas que se zabullen en el agua inquieta.

Ya se alejan veloces y tranquilas las barquillas veleras que han de regresar por la tarde cargadas de plateados peces; ya interrumpen el silencio de la mañana triste los silbatos de las embarcaciones, y en los brumosos horizontes se extiende una franja azulada que asciende como jirón de gasa.

El sol difunde sus efluvios perezosamente, y se reanima las arenillas de la playa, los árboles de los parques, las frondas y los tallos.

El mar sacude su letargo de luchador que sueña; las torres de los faros, los campanarios y las cúpulas, albean; los médanos se yerguen como gigantes de granito; las techumbres de las chozas lucen sus caperuzas rojas, y las tejas del caserío colorean á lo lejos animando el paisaje.

El despertar de las olas que dejan demasiado tarde su lecho nacarado; los espasmos de las lejanías y el alarde del cielo tropical, rejuvenecen ó inspiran. El alma, esa desterrada que gime en playas extranjeras, busca un remedo de su patria. Ese remedo es el cielo de la costa reflejado en el mar azul, insondable como los dominios del alma.

Comienzan á surcar las nubes el límpido firmamento, como si una mano de ángel las guiara; primero son hálitos dispersos, después lejanas velas de embarcaciones invisibles, luego burbujas gigantescas, y bien pronto un cendal de armiño en pliegues caprichosos.

Precipítanse entre la brillantez de cuarzo de las olas las aves que huyen del calor del sol; fustiga el viento cálido y llega hasta nuestra respiración el aliento de fuego que despide jadeante la sultana del golfo.

Es la hora de la siesta fatigosa, hora en que el humo de las chimeneas se escapa y ennegrece á trechos el azul del cielo y el armiño de las nubes, y del gris de la playa surgen vapores que aumentan la densidad de la atmósfera; hora en que las miradas de las bellas languidecen y las palmeras se inclinan como colegialas contrariadas.

El mar se enardece y recobra su vigor perdido. Ya las olas no van tímidamente á morir entre los tiestos y los guijarros. Se precipitan en tumbos altaneros, se disputan el lugar para llegar pronto, y próximas á la arena, retroceden turbulentas y encontradas.

Hay también olas buenas que no osan disputar con sus compañeras, humildes hijas de la playa, que no han intentado alejarse más allá de las casetas de baño ni del muelle de piedra. Esas son las que más saben de hermosura, porque besan constantemente los cuerpos de las bañistas; y de lágrimas y de ausencias, porque están siempre junto á la escala presenciando dolorosas despedidas, y satisfactorios arribos.

Hay olas negras que cantan la canción de los náufragos, y van siempre enlutadas llorando por el esposo inconstante. Otras, blancas, que son las desposadas del día, y cantan el himno del amor. Esta, azul como la ilusión de un niño; aquella, verde, que se agita como engañosa lontananza, y algunas turbias, pálidas, que van solas con sus tristezas: son las bohemias sin hogar, sin esperanzas, sin recuerdos. Las inconstantes, las volubles, son olas errantes que no aman; por eso van y vienen vagando, sin rumbo fijo.

Declina el día, huye el sol y se oculta en núcleo de nubes grises que avanzan al Ocaso; el cielo ceniciento se refleja en la superficie plomiza del mar, los horizontes parecen estrecharse queriendo abarcar la inmensidad del Océano para defenderle del monstruo de la noche, y como furias desencadenadas, avanzan por los canales los elevados oleajes ennegrecidos y sombríos.

El viento del Norte muge entre las velas y las moles ancladas. Las barquillas ascienden y descienden, y tal parece que van á desaparecer entre las revueltas olas. La playa se antoja entonces un páramo sombrío.

Allá se hunden entre la neblina que llega las torres de los faros, los campanarios y las cúpulas. Los médanos sombrean y toman el aspecto de nubarrones que se amontonan. Las techumbres de las chozas y las tejas del caserío, se alzan como bandadas de aves medrosas. Los árboles de los parques se entumecen nuevamente. Las palmeras se inclinan ateridas de frío y en los nidos se acurrucan los pájaros que trinan suavemente.

Cuando la noche llega, el mugido del viento hace gemir las arboladuras de los buques y las frondas de los parques; y los ruidos que ya se aproximan ó ya se alejan, llegan á la ciudad en misteriosos ecos de espíritus dolientes.

En tanto el indomable, el turbulento Atlante, el atleta

potente, el gladiador de las cóleras verdes, se emancipa de su augusta reina y torna á sus pujanzas y á sus bríos.

¡Ay de las olas que cantaban el himno del amor é iban coronadas de blanco! ¡Ay de las azules como sueños de niño, y de las verdes como lejanías engañosas! ¡Ay de las que vagan sin amor, sin recuerdos, sin esperanzas! Las negras, las que cantan la canción del náufrago y hacen pensar en los navegantes perdidos, caerán sobre ellos y los herirán de muerte.

Sólo las olitas buenas, las que saben de lágrimas y de ausencias, y las que ciñen los hermosos cuerpos de las costeñas, esas se replegarán hacia la playa; dormirán en su lecho de arena y volverán al día siguiente juguetonas y límpidas al pie de la escala, y á la caseta de baños.

¡Oh invierno de la costa! Tu melancolía es hermosa como la mirada de las hijas del trópico.

EL ROMPIMIENTO.

ARTURO no podía estar tranquilo desde que al separarse de su amada Elvira, *rompiendo* para siempre con su amor de tres años, bajara precipitadamente la suntuosa escalera de mármol blanco, y pretendiera volver al saloncito aquel cuando la pesada puerta del zaguán había sido bruscamente cerrada por el portero de la casa.

En la calle, en el Casino y en el teatro, le parecía aún estar frente á frente de su novia, veía la vaporosa falda color de rosa pálido allí en la media luz que esparcía la esbelta lámpara de pantalla roja, el plomizo cinturón de concha nácar que ceñía coquetamente al tallecito juncoso, el brazalete de oro cuyo minúsculo candado abría ó cerraba él á su antojo, gozándose amorosamente con aquel simulacro de hermoso cautiverio, el bejuquillo del que pendía el relicario ó el guardapelo que brillaba en el porfídeo cuello como rayo de sol sobre la nieve de volcán erguido, y los clavillos que flotaban relucientes sobre la negra y abundosa cabellera, como luceros prendidos en el espacio obscuro de la noche. Persistían en su imaginación los parpadeos de aquellos ojos garzos que irradiaban fulgores de esperanza, comprimiendo el llan-

to que pugnaba por surcar las rosadas mejillas, felpuditas y tersas como hojas de Asalia; el rubí de los labios pequeños como los bordes de una herida que el medroso puñal suicida abre en el pecho, sellando el silencio en que moría el ruego ó la reivindicación; las manos abultadas y hoyueladas de mística escultura, propias para ademanes suplicantes, y el rostro de Virgen angustiada, inmutable, serena, inconmovible, igual á la resignación del sacrificio que á la expiación ingente de una falta.

Arturo amaba á Elvira y no podía resignarse con aquel rompimiento que le auguraba un porvenir sombrío, por más que él mismo, arrobado por los celos, hubiera propuesto terminar las relaciones que eran la única felicidad de su existencia.

Si Elvira hubiera hablado—pensaba Arturo—una frase suya que es el gorjeo del ave que anuncia la mañana, bastado habría á destruir las sombras de la duda que ofuscan la fe que ella merece.

Y al mismo tiempo reflexionaba ¡si yo hubiese sido más indulgente! quizá habríanse desvanecido mis sospechas y no sería víctima del suplicio horrible en que me hallo.

***

Cuando Arturo llegó á su cuarto de hostería le esperaban la soledad con sus reproches, el silencio con sus meditaciones sombrías y el insomnio con su batahola fantástica de recuerdos.

La *walpugis* del alma cobarde que se ve acechada por la noche del olvido, tiene su fiesta diabólica en los aposentos solitarios, á la luz del velón de esperma, entre el bullicio de los huéspedes que ocupan los alojamientos y al compás de las báquicas canciones que á deshoras suben desde la calle y escalan el balcón para burlar el sufrimiento. Las ilusiones se transforman en viejas realida-

des, el *aquelare* del infortunio marcha, y en macábrica danza las cohortes de desengaños giran riendo sarcásticamente del dolor que nos aqueja.

Noches eternas son las de la angustia para un corazón que ama y siente que el destino despiadado le arranca ese jirón precioso de su vida. No preguntéis al centinela que guarda la prisión de los recuerdos *¿qué hora es?* porque la ignora. En vano buscaréis á cada instante el rayito de luz auroral que rasgue las sombras del calabozo en que yace cautivo el sentimiento; la noche del dolor no tiene aurora.

.....

Arturo abrió la cómoda, dominado por la impresión profunda que experimenta un deudo al exhumar los restos del sér que se halla ausente, y fué aquel el supremo instante en que el pasado se condensara en alud arrollador de esperanzas.

Allí estaba la *urna* que guardaba las reliquias ofrendadas por el amor de Elvira, el ara santa ungida tantas veces con el óleo purísimo de los besos ardientes.

Arturo arrimó un sillón, ocupólo como el paciente que espera sufrir una operación dolorosa, y puso sobre las rodillas la cajita de fantasía vestida de felpa azul que le regalara Elvira, para que en ella depositara los objetos que le daba como *prendas de amor*. Hizo girar en la cerradura la llavecita de plata, alzó la tapa, y efluvios de aromas de hojas secas y de perfumes exquisitos cayeron en su alma dolorida. Fué aquel, activo anestésico que mitigó el punzar de las heridas, narcótico que adormeció á la duda abrumadora.

Olvidóse el doncel enamorado que al día siguiente había de entregar aquellos objetos tan queridos á cambio de recibir los suyos que tenía Elvira, y ébrio de pasión, como en las horas dichosas en que se extasiaba, acari-

ciándolos, imprimió en la cajita vehementes y prolongados besos.

Desató frenéticamente los listoncitos arrollados que sujetaban los legajos de cartas ordenadas por fechas, y devoró febricitante el contenido de ellos que sabía de memoria.

Empleó en sus recuerdos gran parte de la noche. Después fué extrayendo de la caja y contemplando con letal recogimiento, todos y cada uno de los regalos de su novia.

La cinta pálida que recuerda las languideces de una noche de baile, en que á la luz de las bujías y las irradiaciones de los espejos nació un juramento, una promesa ó una esperanza realizada, la dorada horquilla desprendida súbitamente del peinado, cuando la fatiga hacía sufrir á Elvira; el lazo que abandonó al vestido, el pañuelo que sirvió de blanco nido á las fugitivas aves del corazón, que son las lágrimas; la sortija que no puede lucirse; el ricito que parece ola perdida en aquel mar de fragancia, y el retrato que asoma en un cuadro de *peluche* carmesí entre una guía de *no me olvides*, acabaron por impresionar hondamente á Arturo, quien, lejos de disponer para su marcha á los objetos, los volvió á guardar cuidadosamente cual si fuera el primer día en que los recibiera.

La lectura detenida de las cartas y la contemplación de aquellos recuerdos materializados, dieron por resultado que Arturo pensara en la reconciliación.

Echóse sin desvestir en la cama que no cuidó de preparar, cuando no estaba lejos el nuevo día, y soñando despierto le sorprendió la aurora.

***

El pensamiento le torturaba horriblemente.

Pasaba por una de esas pruebas cruentísimas en que el sentimiento y la razón batallan; frente al corazón que le gritaba ¡ama! el cerebro le decía ¡olvida! y aun cuando se inclinaba al mandato del uno, no por eso desoía el consejo del otro.

Quiso reflexionar sobre el motivo de sus celos y no pudo; trató de buscar la frase más enérgica que engendró el silencio y la impasibilidad de Elvira, y sólo vió, esfumada en las últimas sombras de la noche, transportada por el amor, al modesto cuarto de la hostería, la imagen de la novia inocente, pálida y llorosa, puesta de hinojos en el reclinatorio de la alcoba, los ojos garzos puestos en el Crucifijo de marfil que guarda el lecho, y las manos enclavadas en actitud suplicante.

En aquel rostro de lividez marmórea, bañado melancólicamente por el blanco fulgor de la lámpara veladora, esplendía la pureza é irradiaba la resignación de un mártir. Los labios tenían el movimiento que les imprime la oración, y la frente majestuosa, aunque abatida por el dolor, se erguía demasiado para que sobre ella pesara la infidelidad.

Entonces Arturo sintió en su alma el germen del arrepentimiento y lloró, lloró en silencio como quizá en aquellos momentos lloraba la niña inocente á quien tanto había hecho sufrir dejándose llevar por sus ridículos celos.

Solicitaría el perdón de Elvira y no dudaba que lo obtendría, porque era muy buena.

Iría al saloncito azul sorprendiéndola cuando negligentemente sentada en un sillón luciera la falda vaporosa ceñida por el cinturón de plata, el guardapelo al cuello, la *pulsera* cerrada oprimiendo suavemente el torneado brazo, los clavillos brillando en la negra y abundo-

sa cabellera como perdidos luceros en el espacio obscuro de la noche, y los ojos garzos irradiaran esperanzas.

¡Ah sí! la amaba demasiado para no sufrir ante ella la humillación de confesar su amor. Todo porque volvieran aquellas horas inefables de ensueños amorosos; todo por no quedar abandonado á su propia desesperación.

Sí; iría al saloncito azul, cuando la esbelta lámpara de pantalla roja iluminara á media luz la estancia.

Allí, aspirando las últimas esencias de los ramilletes que mueren en los jarrones de porcelana opaca, al brillo de los tiborés en que descansan las colgaduras de los balcones, sin más testigos que los grabados, que en dorados cuadros penden del tapiz; frente al piano abierto, que parecerá convidar al olvido de la pasada falta con la última pieza de música que rogaría á Elvira que tocara, y por último, juntó al album que guarda los pensamientos de sus admiradores, los cuales le ha jurado que no valen reunidos lo que uno solo de los que le dedica expresándolos en una mirada.

Y cuando ya estuviese reconciliado con su amada, cuando hubiera desaparecido por completo aquel nublado que había empañado rápidamente el cielo de su dicha, haría cuanto á su alcance estuviera para realizar su unión con Elvira, unión que pondría término á sus inquietudes infundadas, pero hijas del amor infinito que le profesaba.

Así pensando, quedóse dormido, para soñar sin duda en la próxima visita que haría á Elvira para reconciliarse con ella.

***

En tanto, Elvira, que si bien había aparentado impasibilidad ante Arturo, llevada de su orgullo de mujer, dió rienda suelta á su dolor, cuando aquel hubo salido de la

casa; hizo á la madre confidente de lo ocurrido, protestándole que ningún motivo había dado á su novio para la determinación que había tomado.

La señora que, como todas las suegras, no veía con buenos ojos al futuro yerno, aprovechó la oportunidad para atizar el orgullo y la vanidad de la hija, persuadiéndola de que debía olvidar á Arturo puesto que al dudar de ella la ofendía.

Estos y otros argumentos resolvieron á la muchacha á llevar á cabo el rompimiento, por mucho que el amor de Arturo fuera ya indispensable en su vida.

La pasión fatal del orgullo, que tantas víctimas hace, sobreponiéndose al amor, triunfó en aquella pobre alma que no supo olvidar lo que en realidad no era ofensa, sino exceso de cariño.

Elvira pasó la noche en vigilia, sin esperanza de tornar al pasado; también sufría, pero procuraba ahogar el sufrimiento, resignándose al necio sacrificio que su vanidad le imponía.

¡Pobres seres los que ocultan los impulsos del alma! Para ellos no hay promesa que los consuele.

Llegará día en que el amor proscripto llame á sus lares, y las puertas del corazón no se abrirán á sus ruegos.

El despecho vendrá con sus amargos desencantos, y la existencia será como pesado fardo que se soporta hasta dejarlo á orillas del sepulcro.

¡Pobre Elvira!

***

Impaciente Arturo esperó la noche, y cuando ésta llegó, se dirigió á la casa de Elvira, seguro de que no pasaría otra vigilia tan horrible como la que le tenía enferma su alma.

Llegó al saloncito azul, dominado por esa impresión

que se experimenta cuando después de muchos años se vuelve á pisar sitios tan queridos. Tenaz presentimiento le agobiaba. ¿Se habría enfermado Elvira?

Cerca de media hora se le hizo esperar entre aquellos muebles que fueron testigos de su pasada felicidad, como lo eran en esa noche de su angustia, entre las pobres flores que se morían en los jarrones de cristal opaco, como á punto estaban de agonizar sus ilusiones.

El piano estaba cerrado, y la luz que despedía la esbelta lámpara de pantalla roja, era muy triste.

Parecíale á Arturo que los grabados de los cuadros le veían como á desconocido; en el brillo de los tibores divisaba vaga claridad de cementerio, y en los espesos cortinajes, penumbras de alcoba mortuoria.

Se abrió la puerta que conduce á la recámara y apareció la señora de la casa, ceñuda é imponente como la bondad ultrajada, y antes que Arturo pudiera pronunciar una sílaba, se apresuró á decirle con acento de mando:

—Tome usted las cartas de mi hija, ella está enferma y no puede salir.

—Señora, yo venía á una aclaración, dijo turbado el joven.

—Todo es inútil; entre Elvira y usted hay un abismo. Y dándole un bultito de cartas y objetos, le indicó la puerta de salida.

ESPUMAS.

BURBUJAS.

Ya están agrupados en torno de la palangana de porcelana blanca los niños de cabecitas rubias como trigales dorados por el sol, y de ojos azules como lagos en que se refleja el cielo de una mañana primaveral.

El agua cristalina bulle en el albo recipiente y, prisionera de infantiles caprichos, llora las ternezas del pilancón y los aromas de los tiestos que alegran el brocal de la fuente.

El jabón perfumado, color de rosa, flota y es encantado bajel de sueños de hadas que angelicales manos hacen zozobrar, y una superficie inquieta, opalina y brillante, rebosa en las paredes del *lebrillo*, remedando rinconcitos del espacio en que la luz muere herida por la sombra.

Surge en delgada laja el jabón oloroso entre copos de nívea levadura, que se alzan bordeando la porcelana, y el náufrago bajel color de rosa choca en el acantilado majestuoso y se pierde bajo las rocas blanquecinas.

Algazara infantil, murmullo de almas inocentes que apaga el último sollozo del agua que se enturbia, movi-

miento agitado de manitas más blancas que la espuma, y el derrumbe completo de las rocas.

Después, nubes que besan á los lagos, hielos que se amontonan en las cimas, y cuarzos que se encaraman en las grutas, fueron los copos de la espuma, blanca como la porcelana que los contenía, como los rostros de los niños que jugaban con el agua.

Carretes y cañutos de carrizo rompen á trechos la vaporosa superficie, y es cada claro, entonces, un cráter en el suelo de la luna.

Brillanteces de prismas, aristas luminosas de kaleidoscopio ó fragmentos de iris cintilante bordan las curvas de la espuma en que juguetea la luz, y las miradas azules de los niños ponen su disco de candor purísimo.

Ya se hace la burbuja; globito de vidrio transparente que lleva el verde mate de los campos, el azul de las ondas, el blanco plateado de los espejismos, el violado boreal y el amarillo de las espigas blondas, y crece, crece, hasta ser una esfera que se lanza al vacío y muere como la exhalación, como el perfume.

Otras, se deslizan por los tejidos de la alfombra y se deshacen en los tallos de las flores holladas, dejando cristalizaciones de fingido rocío en los pétalos de estambre y en las corolas de algodón persiano. Algunas van henchidas del humo glauco del cigarrillo hurtado cautelosamente, y esas son nebulosas y tristes, como cielo de tarde lluviosa, como horizontes invernales.

Al quebrarse, los regueros del humo se extienden en pequeños celajes perdidos, que se antojan jironcitos de nubes enfermas.

Unas suben, y el aire las lleva hasta evaporizarlas; otras, descienden lentamente y en el trayecto estallan; pero ambas se llevan el encanto de los niños.

Por la noche, cuando el sueño reanuda los juegos del día, y el espíritu rasga el velo azul que le separa de sus

antiguos dominios, las burbujas de jabón se multiplican, ruedan en el pavimento: turquíes de las primeras quimeras, se alargan y redondean en el espacio del recuerdo que duerme, suben y bajan entre la gasa sutil que el Angel de la guarda tiende sobre los lechos, y se deshacen y estallan como explosiones mágicas.

Kaleidoscopios, iris, nebulosas, se condensan y se evaporan antes que el alba llegue; pero son reconstruidas, porque los juegos de los niños vuelven cada día mientras no huyen para siempre.

Dichosa edad en que se recupera lo perdido y se vive soñando, sin despertar á la realidad de un desengaño.

BAÑADERAS.

La luz de medio día se detiene curiosa tras el varillaje de la persiana ó entre los pliegues caprichosos del transparente de colores; el vientecillo, que se enorgullece con el néctar robado á las flores en besos de amor, y la frescura cautivada entre las frondas atisba á través de la mampara pompeyana ó del cristal opaco de la vidriera, y el paje rubio que recorre los nidos, el rayito de sol no osa escalar el muro del jardín para penetrar indiscreto.

El cuartito de baño está cubierto de la luz que suele ruborizar al mármol de las estatuas y á los capullos sonrosados, hablándoles de cuerpos mujeriles, blancos como el estuco y rosados como hojas de asalia, libre del vagabundo céfiro que cambia aromas de campiña por alientos virginales, para derrocharlos vanidosamente, y á salvo de los súbditos del Rey-Astro, que andan en pos de miradas de fuego y de crenchas radiosas para divertir las veladas del Monarca con sus impresiones de hermosuras terrenas.

Amor celoso, vela la blanca estancia de las castidades y de los rubores solitarios.

La bañadera de alabastro, en la que se agita el agua perfumada, como amante impaciente que aguarda el momento de estrechar en sus brazos á la mujer amada, espera el cuerpo de la doncella núbil para multiplicar sus besos límpidos que han de quedar impresos en cárdenas huellas sobre la piel finísima que ondula tiritando.

El espejo divaga sus inquietudes de imágenes fugaces con los florones del tapiz y los mosaicos del pavimento; la toalla de *nido de abeja* cuelga del clavijero negro y parece la capa de un caballero medioeval pendiente de la escala; la repisita ostenta los afeites que han de ungir el cabello sedoso y enrizado, y el tapete mullido, los sitiales erguidos y los *pieseros* de afelpados cojines y menudo fleco hállanse impasibles en aquella semiobscuridad de *boudoir* secreto.

Como púdica evocación, como un ensueño cándido, llega la niña, de estrecho peinador y cabellera destrenzada; *chancletas* de raso carmesí aprisionan sus pies de almendra delicada, y pasa frente á la luna del espejo como silueta que contornea el turgente seno, las caderas abultadas y los muslos rollizos, en el muro luciente del edificio fantástico del sueño.

. . . . . .

. . . . . .

Quedan allá sobre el sitial erguido y besando con las orlas caladas el cojín del *piesero* las ropas blancas como lampos de nieve; el aliento que emerge de los labios purpúreos, como suspiro de flor recién abierta, satura el ambiente cálido que bulle y se prende en los florones del tapiz.

Un silencio, que tiene mucho de místico recogimiento, reina en el cuarto de baño, hasta que el ruidito del agua removida indica que la niña se ha sumergido en la bañadera de alabastro.

Como la de la Venus, la espuma surge, cuelga sus copos

en la enrizada crencha, los desliza en turbiones de cascada por la epidermis blanca de aquel cuerpo de diosa, y se queda flotando sobre el agua perfumada que ha multiplicado sus límpidos besos y abrazado estrechamente las formas virginales que voluptuosamente se entregaran á ella.

.....

En tanto, pasa el viento sin robar un suspiro; el paje rubio huye despechado de no admirar la blonda cabellera, y la luz se recata envidiosa y vencida.

Vuelve al espejo la silueta blanca, la Ofelia del amor, la evocación fugaz, y se escapa en raudales de ambrosía el perfume del baño.

¿Queréis seguir á esa blanca visión que deja el *boudoir* secreto?.... la hallaréis en el palacio de los sueños.

OLEAJES.

Allá van las mudables, las caprichosas, las inconstantes; cantan las barcarolas de la playa y saben de memoria los cantos de los pescadores.

Sus cabelleras son blancas como las de las antiguas damas cortesanas, y lucen vistosos trajes de lujosas faldas.

Son las olas, que no se alejan mucho, porque temen perderse más allá del muelle, y van esquivando los galanteos de los oleajes seductores.

A la luz de la aurora visten la falda blanca recamada de plata; al medio día sus trajes son de tul, y por la tarde lucen corpiño obscuro y falda color de plomo.

En el festín de las noches de luna se atavían con sus joyas más valiosas y visten luto por sus hermanas las que mueren lejos de la playa.

Cantan, y sus canciones son sentidas como las de las niñas vagabundas que emigran de Italia; lloran, y son sus lágrimas tristes como el quejido del viento, lastimeras como los ayes de las hojas que caen.

A veces son bandadas de cisnes que se alejan con sus plumones blancos; y, otras, cuervos desbandados que se precipitan en el abismo negro.

No saben de naufragios ni de tormentas, y sin embargo, remedan los lamentos de las víctimas y los furores del espacio. Es que las olas que llegan les cuentan sus cuitas y las entristecen.

La espuma de los mares tiene la hermosura del peligro. Por eso atrae.

Cuando besa las frágiles embarcaciones en que gimen las ondas, una pareja enamorada es un apoteosis; cuando amaga la vida de los viajeros, es el genio del mal disfrazado de ángel bueno.

Pero unas y otras espumas son hermosas; ellas llevan las barcarolas de la playa y saben de memoria los cantos de los pescadores.

Son portadoras de la esperanza, son mensajeras del recuerdo. Por eso lloran.

CHAMPAGNE.

La rubia enloquecedora, la de áureo veste y joyas de topacio, llega á los festines cuando la alegría ha tomado posesión de todos los corazones, cuando los cerebros flamean y las imaginaciones tienen destellos luminosos.

En las mesas de los banquetes reclama su parte predilecta, y espera que el humo del tabaco y los vapores del café le preparen atmósfera para lucir su rubicundez de Margarita tentadora.

Se la recibe como á las reinas, con salvas atronadoras, y se la quiere como á la primera novia.

Ella es la que en las horas de la orgía llega á decirnos al oído que olvidemos, y en el hogar se nos presenta como la cándida desposada, ruborosa y sencilla. En la bacanal es Luperca, en el amor es Julieta.

—Yo tengo el oro con que se compran los deseos—parece decir con su áureo mate,—y guardo en mis espumas los sueños del placer; el sol que preside los jardines después de la noche, no es más rubio que yo, y los topacios que ciñen la frente de la aurora son pálidas joyas si se comparan con las de mi diadema soberana. Si amas el placer, á él te conduciré.

—Yo soy la gloria,—dice á los guerreros triunfadores.

—Yo soy la inspiración,—dice al artista.

Y, como la ilusión desvanecida, huye la espuma, y parece celaje diluido entre nubes flébiles, el ámbar de las copas.

No la busquéis en las orgías, porque es inconstante. Buscadla en los festines íntimos, donde es la amiga verdadera, y en el hogar como á la tierna desposada candorosa y sencilla.

***

Burbujas fugitivas, oleajes inconstantes y espumas de licor, son los deseos que nos halagan, llevándose en cambio jirones de sentimientos.

Olitas que cantan los pesares, son nuestras penas; y burbujas vaporosas, las alegrías.

Espuma es la esperanza cuando nace; crece hasta tomar colores radiantes, y muere, como el rocío, como la onda, como el vapor.

LA TÍSICA.

SIEMPRE que pasaba yo á la hora vaga del crepúsculo de la tarde, por la animada calle de Dolores, estaba en la ventana de reja curva y saliente, pegada al muro de tezontle de una iglesita antigua, una mujer que frisaría en los treinta años, pobre de carnes, enjuto el rostro, pero conservando la esbeltez y la blancura mate de su hermosura prematuramente ajada.

Aprisionaba aquel cuerpo endeble, como el juncal de un lago, bata blanca ceñida á la cintura por listones de colores serios, como el de hoja seca, plomo obscuro, ó el negro, de café quemado, que era el predilecto, y el busto se ocultaba bajo un chal de franela á cuadros negros y blancos.

Hundía sus diminutos pies, que parecían los de escultura de corta talla, cubiertos con medias negras de finísima seda, en dos pantuflas de raso verde musgo, bordadas de oro, y sobre el hirsuto felpudo en que buscaban abrigo aquellos pies, se posaban graciosamente los pliegues del olán almidonado que semejaban palomitas friolentas acurrucadas unas junto á otras.

Aquel cuerpo esbelto, echado negligentemente en silloncito de felpa roja, daba el mismo aspecto que un cuajaroncito de nubes sobre un lampo nacarado de celaje.

Negro el cabello como noche de insomnio; garzos y profundos los ojos, cercados de ojeras amoratadas, velados por sedosas y rizadas pestañas, arqueados por cejas abundantes y melancólicas por la vigilia; labios exangües, mustios como los pétalos de lirio muerto, y el cutis amarilloso como el marfil viejo, aquel semblante parecía el de reliquia mística herido por postreros rayos de sol poniente.

La espalda era raquítica y acusaba pobreza de aire que asfixiaba los pulmones; los hombros se estrechaban cual si cedieran al irresistible empuje de la enfermedad; el seno se contraía para adherirse á la espalda, y el cuello, que aún recordaba la turgencia de virgen helénica, se espigaba, dando á la cabeza artística inflexiones de disgusto y desdén.

La línea oval del rostro retenía agostadas las rosas de las mejillas, y en el perfil griego podía descubrirse la corrección y finura de esos contornos que se graban en el alma con la insistencia de lo bello. Las sombras de un sufrimiento profundo caían desde la frente en raudales de infortunio y daban á aquel semblante anémico atractivos irresistibles.

***

Así solía contemplar en las horas vagas del crepúsculo de la tarde, en la reja curva y saliente, junto al muro de tezontle de la antigua iglesita, á aquella mujer de cuerpo esbelto, pobre de carnes y de miradas melancólicas, cuando pasaba yo por la animada calle de Dolores.

Era una pobre tísica que llevaba indelebles en el rostro ovalado las huellas de la última orgía, y sobre los

hombros estrechos el fardo de una decadencia física prematura.

A los últimos rayos del sol poniente se me antojaba la deidad de un festín báquico; la sien ornada de pámpano, escanciando el Falerno en ambarinas copas y dando al viento las notas incitantes de su voz arrobadora.

Ya era la ninfa voluptuosa arrellanada en el carro al cual se uncía el amor; ya la cortesana caprichosa que rendía soberanos; ora la amante de joven opulento; ora la amasia de viejo derrochador y libertino.

Tal la fingían mis psíquicas investigaciones; tal me la presentaban en la fuerza de su juventud sus misticismos de expiación manifiesta.

Había en el glauco abismo de sus ojos un mundo de peligros inminentes; pero las miradas que salían envueltas en aquel caos de fiebre, convidaban, arrebatadoras y letárgicas, á hundirse en ese abismo. De los labios pálidos, como pétalos de lirio muerto, se escapaba fatigosamente el aliento comprimido, y parecía que un beso retardado dejaba su prisión cálida buscando otra alma en que posarse. Las rosas agostadas de las mejillas, enjutas para dejar el pómulo saliente aún, se coloreaban en algunos puntos de la epidermis como flores sedientas que demandan el agua de los ramilleteros. Las suaves curvas de la frente sudorosa, veladas por las sombras de la enfermedad, buscaban el apoyo de un hombro amigo para reclinarse antes de morir. La cabellera negra, como noche de insomnio, lacia y sin brillo, acusando en el desorden del peinado el mal estado de ánimo de su poseedora, caía en dos crenchas flojas sobre la espalda raquítica, y recordaba la época feliz en que, como aureola misteriosa, el deseo la llenaba de provocadoras claridades. El cutis, color de mármol usado, incitaba al suicidio. Los hombros estrechos, que desaparecían bajo el abullonado de las mangas, movían á compasión como las alas caídas de

ave herida de muerte. El seno deprimido denotaba la asfixia. El talle breve, ceñido por listones de colores obscuros, remedaban juncal próximo á quebrarse, y los piesecitos que se hundían en la nutria del tapete, invitaban al *confort* de aquel abrigo.

Aquella mujer que aún conservaba en la esbeltez de su cuerpo y en las líneas correctas y finísimas del rostro algo así como destello de su pasada hermosura, era viajera fatigada que, próxima al último paradero de la jornada, pugnaba por retardar el viaje; la retenían en la senda del sentimentalismo las hojas nuevas que se arrimaban cariñosamente á los troncos por los cuales corría savia abundante, los tallos que despertaban á la vida en las macetas, antes mustias, y sostenían flores recién abiertas, el canto del canario que participaba de la alegría de las plantas, el confortable rayo de sol que la despertaba jugueteando en el tapiz de la recámara como niño rubio que da los *buenos días* con las primeras caricias de la alborada, el calor del medio día, suave como el del agua calentada en bañadera de metal, las siestas templadas en cuyas apacibles horas podía reparar el sueño perdido por la noche, las tardes bulliciosas que la acompañaban como buenas amigas, mientras hojeaba sus libros predilectos, y las noches breves en que los fulgores tediosos de la veladora, esos fulgores que caían sobre el revuelto lecho como ascuas devoradoras á la llegada de la fiebre enloquecedora, la hablaban de festines idos.

Había amado mucho como la mujer bíblica, y el amor, no queriendo soltar su presa, se la disputaba á esa *gran transformadora* que tiene abundante sueño para los que velan, alivio para el que sufre, consuelo para el desvalido, esperanza para el descreído, tierra para el náufrago y patria para el proscripto.

¡Cómo se reflejaba ese miedo inconsciente de los tuberculosos en aquella fisonomía en que proyectaba sus

sombras el sepulcro; y la infinita angustia del hálito, que vuela en un golpe de tos, y de la ilusión que se escapa en el esputo, se pintaba cárdeno y lúgubre sobre el cutis rugoso, color de mármol viejo!

***

¿Qué proyectos no formaría aquella ave caída, en esas horas vagas del crepúsculo de la tarde, cuando fijaba la mirada melancólica en el espacio y su imaginación enferma se perdía en los indecisos horizontes?

Desde la calle á medio obscurecer, podían verse en alineamiento las dependencias de la casa, escasamente iluminadas por la luz moribunda del día que penetraba desde un corredor, dejando en el maqueado pavimento los rectángulos de claridad pavorosa. En la salita tapizada de blanco y oro, reinaba el desorden caprichoso y el lujo exagerado; los muebles enfundados tenían la majestad de pasada opulencia; los cuadros que aprisionaban imágenes vivas, en retratos y en paisajes, tenían la impasibilidad de un museo de pinturas; la mesita de centro, los guardapiés y los taburetes pequeños, colocados indistintamente, hablaban de la enferma de la casa, y el costurero, con su trípode de nogal y su canastilla de caoba, ocioso en un rincón de la estancia, parecía el objeto más triste de las habitaciones por la ausencia de su empleo. En la mesa-consola que sustentaba un gran espejo, había flores en abundancia puestas en jarrones de cristal cuajado, un reloj de bronce que representaba á Venus Siderea naciendo de una gran concha marina, y multitud de chucherías que eran otros tantos recuerdos de aquellos días felices en que veía satisfechos sus más frívolos caprichos mujeriles. Hasta en la alfombra, sus estambres que presentaban aspectos de invierno, racimos de hojas

mustias, breñales de yerba seca y arbolillos escuetos, todo contribuía á la monotonía de la sala.

Por la puerta-vidriera de la alcoba, asomaban negligentes las colgaduras color de rosa y oro donde la luz se quebraba voluptuosamente; el guardarropa puesto de perfil, parecía querer revelar los secretos de la coquetería femenil de su dueña; la albura de la ropa interior, sus bordados y encajes, serían derroche de buen gusto; los trajes magníficos de seda reluciente que aún conservan las arrugas que dejaron en ellos las curvas diferentes de aquel cuerpo hecho como á cincel; y los terciopelos, los listones y las flores de lila y demás adornos de los encantos femeninos, saturados de esencia de áloe, impregnados en los perfumes que fueron ambrosía en los salones, misticismo en los templos, auras en los paseos y vértigos de amor en el ideal de un sueño.

Más adelante se presentaba en la penumbra precursora de la noche la piececita destinada á comedor, y de ella podía apénas verse uno de los extremos de la mesa con el hule colgante y uno que otro sitial de madera de cedro convidando á los frugales almuerzos que por hacerse en compañía de la mujer amada, regalan más al apetito y proporcionan sobremesas encantadoras.

Todos estos contrastes que á la ligera hemos bosquejado, hacían resaltar más la importancia enfermiza que tenía aquella mujer pálida, vestida de blanco.

Nimbada con las vaguedades del crepúsculo de la tarde, se destacaba sobre los rectángulos de escasa luz entre los muebles majestuosos y bajo las colgaduras color de rosa y oro, con la mirada melancólica, fija en el espacio y la imaginación perdida en los horizontes, como la mujer bíblica que había amado mucho, sorprendida por el genio del arte pictórico, en los últimos días de su reinado para el mundo de la hermosura, en los primeros de su amarga expiación.

***

Hoy paso por la animada calle de Dolores y veo en la reja curva y saliente, que se halla junto al muro de tezontle de la antigua iglesita, el albarán que anuncia el alquiler de la casa.

Los rectángulos de luz crepuscular se proyectan en el polvoso pavimento; las habitaciones vacías tienen la lobreguez peculiar de las viviendas desocupadas, y me parece respirar junto á dicha ventana el aire frío de las tumbas.

¿A dónde habrá ido la fatigada viajera que en el sendero del sentimentalismo quería retardar la llegada al último paradero en la jornada de la vida?

Quizá la *transformadora de las almas*, la que tiene abundante sueño para el que no duerme, consuelo para el que sufre, y esperanza para el descreído, la llevó en nube rubicela de esas que recorren el espacio en busca de espíritus que trasbordar en el mar del infortunio y en bajeles vaporosos, traspasó los horizontes y se fué, se fué purificada por la fiebre de la tisis, con la expiación del ansia de vivir cuando el sepulcro proyectaba en su rostro las sombras de la eternidad.

SIDERAL.

En el piélago inmenso de luz donde cada astro es una isla, cada constelación un puerto y cada nebulosa una playa, flotan las nubes con sus mil formas caprichosas que la imaginación transmite al cerebro, ya con aspectos fantásticos, ya con el tinte de ilusionismo romántico, ora con las trivialidades de la vida, ora con las supremas aspiraciones del alma que todo lo agiganta, según el estado de ánimo en que se halle el observador, ese átomo perdido en el espacio, que se abisma en el infinito del cielo.

¿Ou va l'home sur la terre? preguntaba Víctor Hugo, procurando inquirir el fin de la jornada, cual si viera extraviado á ese eterno viajero del imposible, á quien no es dado, siquiera, conservar débil recuerdo de su pasado sér.

El poeta juzga que ese *átomo perdido* tiene la mirada muy elevada para ser pequeño, y pisa demasiado bajo para ser grande; pero, pigmeo ó gigante, puesto en pie en un punto de la esfera terrestre, demandando la causa de su origen y el fin de su destino al infinito, es sublime. Hay que seguir al espíritu en sus travesías por ese piéla-

go de luz en que las nubes flotan tomando formas caprichosas, y cada astro es una isla, cada constelación un puerto y cada nebulosa una playa.

El neurotismo es el billete de pasaje para los espíritus enfermos en los *nimbus* que son esquifes nacarados, frágiles y peligrosos porque suelen encallar fácilmente, pero ligeros para ir de un puerto á otro: los *cúmulus* son embarcaciones que se alejan pesadamente cargadas de ensueños y esperanzas; los *cirrus*, velámenes de góndolas ligeras que al perderse se llevan ilusiones, y los *stratus*, galeras sin luz en que gimen los deportados del amor, los presidiarios del desencanto, los galeotes de la cruel realidad.

Tocar en esas islas, en las que cintilan mil irradiaciones como si fueran otras tantas miradas de mujer amante; arribar á los puertos en que las ráfagas se comunican como los besos y como las ideas, y descansan en las playas en que el polen de oro se desprende como lluvia de fulgores para prenderse en las sombras, es desligarse de la materia que en vano pretende aprisionar lo intangible, lo ideal, lo que está más allá de las mezquindades terrenas.

¡Felices los neuróticos que se engolfan en supremas aspiraciones, y aletargados con la fiebre del imposible, se van en una nube por el piélago luminoso del infinito!

***

Era noche de sábado, y en el «Círculo Literario» inaugurado en humilde cuarto de estudiantes, se hallaban reunidos sus miembros más constantes que, deseosos de trabajar en las bellas letras, dejaban sus correrías nocturnas, y unos encaramados en las camas, otros á horcajadas en sillas endebles, éstos sobre las petacas, aquellos en bancos improvisados con flexibles tablones, guarda-

ban orden y compostura desde que el campanillazo dado por el Presidente anunció que comenzaba la sesión.

Desde la tribuna caían, buscando eco en los estrechos muros de aquel cuarto, las frases candentes del estilo realista, los conceptos enérgicos del escritor político, las ideas correctas del prosista y las lucubraciones vehementes del poeta.

Los aplausos eran nutridos y sinceros, y las felicitaciones á *soto voce* entusiastas y calurosas.

El murmullo que seguía á cada peroración iba á morir junto á la Mesa Directiva como oleada que de pronto halla los pedregones de la playa, cuando el Presidente, con voz estentórea, nombraba la Comisión dictaminadora que había de estudiar el trabajo leído ó recitado.

La tribuna era ocupada nuevamente, y otras frases, conceptos, ideas y lucubraciones, otros aplausos, felicitaciones y murmullos entusiasmaban más á aquellos jóvenes que semanariamente se reunían en el humilde cuarto de estudiantes para estimularse con el mutuo trabajo y las recíprocas satisfacciones del triunfo ó las censuras, que por ser desapasionadas, á todos aprovechaban, sin herir susceptibilidades ni dar al traste con el amor propio del censurado.

Tócale su turno á Pablo para cerrar la velada, y cuando no bien acababa de extinguirse la entusiasta ovación hecha al anterior orador, estalló un torrente de aplausos que eran, según costumbre, el recibimiento de Pablo en la tribuna.

Era aquel joven de esos soñadores que, reconcentrados en sí mismos, cual si dialogaran constantemente con su alma, viven á su manera, esquivando las expansiones, ahogando en su propia cuna á las tristezas y á las alegrías. Pálido como el insomnio, melancólico como el recuerdo y pensativo como el dolor, se transformaba en la tribuna notablemente.

Aún recuerdo distintamente aquella metamorfosis operada en Pablo como orador: su semblante perdía la palidez habitual y se sonrojaba por la excesiva modestia; su frente iba poco á poco irguiéndose á medida que los pensamientos sublimes y las elevadas concepciones tiraban de ella con la arrogancia de las creaciones regias; sus miembros se electrizaban, su acento modulaba ingénitamente las ideas y se precipitaba desde la altura de su inspiración hasta el valladar de la palabrería; después ascendía en ternezas supremas, en cadencias suaves y delicadas, hacia el pináculo de su grandeza artística.

Siempre llevaba al «Círculo» el contingente de sus versos que transportaban al auditorio á las regiones en las que el sentimiento y las fantasías de Pablo moraban.

Aquella noche esperábamos una de las nuevas producciones del poeta, que de seguro sería un ensueño, una ilusión tan humanizada, que se creyera tocar la realidad de ella.

Pero no fué así; Pablo leyó un artículo en prosa que se titulaba «Sideral,» toda una generación de éxtasis, efluvios febricitantes de cerebro enfermo por las realidades de la vida, de alma nostálgica de uno de aquellos puntos luminosos de aquellas playas nebulosas.

Paréceme estar entre esos jóvenes que se reunían para trabajar en las bellas letras, unos encaramados en las camas, otros sobre las petaquillas de viaje, y los más en bancos improvisados, sin que la miseria de aquel cuarto de estudiantes les preocupara en sus tareas del porvenir.

Fué necesario que el Presidente agitara repetidas veces la campanilla para que el frenesí cesara y Pablo pudiera leer su última producción.

Cuando el orden se hubo restablecido, el orador tornó á ponerse pálido, melancólico y pensativo, y después de breve pausa, cual si llamara en su auxilio á su musa inspiradora, comenzó á leer.

«¿A dónde va el espíritu por el espacio infinito?» preguntaba parodiando al autor de *Los Miserables*, y esta pregunta hizo desbordar en raudales de idealismo la imaginación exaltada del poeta.

Yo he dado el último adios—decía—á todo lo que me pertenecía en esta existencia, en la que entré de noche y admiré al día siguiente, sin poder encontrar el camino que á ella me condujo; he roto no sin grandes esfuerzos las ligaduras que me ataban á la roca del dolor, y libre por fin, he sentido el afán de volar en pos de otra habitación, de otras afecciones y hasta de otro cielo, y sin más preparativos de viaje, como el que nada tiene que llevar y deja todo voluntariamente, sabiendo que de ello se hará pronto, vagué sin pretender retardar el viaje por la estancia sin luz en que alguno lloraba desoladamente, á quien no pude distinguir, y desfilaban mudos, tristes y sombríos, con el traje de luto, mis amigos íntimos. Mi novia, la que creí que me había olvidado desesperando por mi ausencia, era quien lloraba sin consuelo el día de mi partida, cuando dejé el pueblo. Vino á mi mente ofuscada como el destello de un relámpago, y mi oído, al que ensordecía el ruido de un mar tempestuoso, pudo distinguir aquel llanto: aquellas lágrimas las había escuchado en alguna parte; ¡ah! sí, cuando me arrancaron de los brazos de mi madre y ella la consolaba por consolar también su propia pena....

La primera noche de viaje era aquella para mi espíritu que, aletargado con la inconsciencia de una nueva materia, no sabía qué derrotero tomar, ni á dónde dirigirse.

Eran aquellas sombras más densas que las que caen sobre la tierra, el silencio se hizo más imponente y la calma fué augusta, imperturbable.

Después vinieron á mí paulatinamente esos destellos que son nuestras auroras y me vi anegado en un rayo de sol tan cercano, que á no haber sido por una nube lige-

ra que me llevó á su paso, hubiera vuelto á caer en las tinieblas de aquella noche que vagamente recuerdo.

A través de vapores he visto el rojo beso que el Sol da á la Tierra cuando se aleja como amante rendido, he presenciado los incendios de Oriente y Occidente cuando la mañana se despierta y la tarde se duerme, y visto pasar cerca, muy cerca, los colores del iris transparente. En las tardes de lluvia, he sido gota que ha dormido en el cáliz perfumado de una flor preciosa y ascendido en alas del vapor que emana el lago. He sido hálito de fuego en las peregrinaciones fugaces que surcan el espacio; fosforescencia en el relámpago, recuerdo en la alborada, ruido en el rayo, remordimiento en el estampido, calor para el hogar, nieve en los volcanes, agua en los ríos, suspiro, luz y ambiente.

He visitado mi hogar en las alas fatigosas del sueño y no he hallado ya á los seres que tanto me amaron. La madre afligida por mi ausencia, mi novia cariñosa, mis amigos, no estaban allí donde yo los dejara esperando mi regreso. Hasta los sitios los hallé distintos, ruinosos unos, transformados otros, y todos tristes y desiertos.

Al remontarme en el jirón de nube que esperaba mi viaje, al perderme en los vapores del éter, ví dos estrellas que lloraban en la cauda de un cometa gigante que se alejaba rápidamente.

¡Oh! por fin reconocí en esas dos estrellas, á mi madre y á mi novia; la una, tenía la misma mirada bondadosa que tantas veces se reflejó en mis ojos; la otra, despedía el mismo destello de aquel rostro que se imprimió en mi alma.

Erraban como yo por ese mar de luz, y quizá por ir más ligeras en mi busca, vagaban en la cauda de un cometa.

Mas no me fué dado seguirlas; la noche se interpuso y el velo de las sombras cubrió á la nube que me guiaba.

Cuando la luz fulgente de la luna rasgó las sombras, el

cometa se había alejado dejando un reguero de lágrimas luminosas que se perdían en el piélago azul del infinito.

Pugné por alcanzar aquella cauda, me incliné demasiado sobre el borde plateado de la nube que era mi bajel, y..... me arrojé al espacio .....

.....

Todo había sido un sueño horrible provocado por el recuerdo de mi madre y mi novia, de quienes no había recibido carta alguna.

Cuando desperté, la almohada estaba mojada por mi llanto.

El mismo día recibí los buenos consejos de mi madre y los recuerdos cariñosos de mi novia, y alivié con tan felices nuevas la pena de aquel sueño.

***

Presagio de muerte fué aquello para el poeta.

Algunos días después, aquel neurótico, pálido con la palidez de la anemia, melancólico como el recuerdo y pensativo como el dolor, se iba en busca de las dos estrellas que se eclipsaron en su vida nostálgica.

En aquel cuarto humilde de estudiante nos reunimos los íntimos amigos de Pablo para llorar su partida, con el luto en los trajes y en las almas, como debió vernos durante aquel sueño horrible, que, al comunicárnoslo en el «Círculo,» le valió un triunfo más.

Hoy, cuando suelen reunirse los amigos del joven suicida, recuerdan las lucubraciones de su cerebro enfermo por las realidades de la vida, y evocan su memoria.

CINEMATÓGRAFO.

Niña de los sueños brillantes como estrellitas fugitivas, y de los deseos blancos como alas de gacela, para tí son los cuentos nacarados que, como cristalitos de kaleidoscopio, han de agitarse impulsados por la fantasía, cuando en tu alcoba negra esplenda la aureola de tu inocencia.

Mata la luz de la veladora, para que llegue hasta tu lecho el enamorado de tu alma, el que te aletarga con sus besos de sombra y lleva en brazos á tu espíritu cabalgando en el corcel del idealismo, por las regiones del amor.

El *Angel de la guarda* toca tímidamente con sus dedos invisibles tus párpados de rosa somnolienta; tus labios, pebeteros de aliento virginal, dan paso al último suspiro; los recuerdos del día se acurrucan en el nido caluroso de tu mente, y el onix de tu cuerpo, cansado de luchar con la penumbra, se aquieta en el armiño de la cama.

Llegue el sueño, el enamorado de tu alma que te besa con sus besos de sombras, y lleva en brazos á tu espíritu cabalgando en el corcel del idealismo por las regiones del amor. ¡Duerme.....!

BLANCA DE PLATA.

Erase una ola hermosa, coqueta y caprichosa como mujer que no ama. Nació cuando el sol no calentaba ya las aguas de la bahía, y las primeras tristezas de la noche enlutaban las islas y los arrecifes.

Llamárenla Blanca de Plata sus buenas amiguitas que dejaron la playa, porque rivalizaba con las nubes que se retratan en el mar y con las estelas que dejan las barquillas.

La dió la aurora un jironcito de su manto azul, la luna la cubrió con un chal de su gasa argentada y la Nebulosa de Orión completó el atavío ciñéndola con sus joyas más brillantes.

El sol no le dió para la cabellera las blondas crenchas de los arcángeles que guardan el alcázar del Oriente ni puso en sus miradas de abismo azul el fuego de la costa.

La noche pasó sobre las algas y los guijarros, dejando las huellas de su fatídica negrura sobre la mansión arenosa en que naciera la ola hermosa, caprichosa y coqueta como mujer que no ama.

Su cabellera fué blanca como la espuma, como la nieve y como las canas que se anticipan en las cabezas que abrasa el pensamiento, y miraba friamente, como ven los faros y las grúas á la caida de la tarde, cuando la brisa orea y el viento del Norte pasea sus gemebundas rachas por el puerto.

Era una ola triste como la noche, voluble como la brisa é inconstante como las rachas de viento huracanado.

Blanca de Plata habitaba en su castillo de algas y de guijarros, parapetado con montículos de arena y pedruscos que la lama jaspeaba y no habia osado nunca alejarse más allá de los mares que la guardaban.

Salía por las mañanas y las tardes en su góndola blanca seguida de sus siervas las olitas negras, que no tenían como ella un jirón del manto de la aurora, ni un chal ar-

gentado, y recorría sus dominios desdeñando los amorosos galanteos de los oleajes rubios que se la disputaban en torneos y contiendas nocturnas, y regresaba al castillo seguida por sus admiradores más fervientes.

Presenciaba desde el musgoso almenado los festejos que en honor suyo celebraban los pecheros turbios, y por la noche, desde su lecho, al que alumbraba melancólicamente una estrella, escuchaba sin conmoverse las endechas que en loor suyo entonaban cabe el castillo, los rendidos amantes trovadores que le ofrecían llevarla á las islas más próximas para que fuera la reina del amór y la hermosura; la ofrecían perlas y corales para sus crenchas blancas, un manto más azul, y los vistosos chales del Atlante.

«Ven, sirena encantada—la decía el más arrogante de sus caballeros—mi concha marina te conducirá á mis dominios con aquellas de tus esclavas que prefieras, y yo seré tu siervo allá donde los míos te rindan vasallaje y satisfagan tus caprichos; tendrás rayos de sol para blondár tus sienes, fulgores de astros para tu cuerpo de ondina y destellos de luna para cubrir tus encantos mientras duermes. Ven, y que el alba te halle en mis dominios.»

«Para tí quiero el cantil de la roca que guarda las arenillas brillantes que derrocho, los caracoles que deslumbran y los moluscos que realizan los sueños encantados. Los peñascos que me defienden y me guardan, serán tu señorial morada; te ofrezco mis tesoros por solo un beso Sal á tu reja.»

«He traído los mejores corceles para el viaje, no temas las fatigas; te llevaré en mis brazos hasta el próximo arrecife, allí descansaremos y seguiremos mañana la jornada,»—cantaba con voz triste el más apasionado de los trovadores.

Y la ola codiciada se dormía al arrullo de aquellas canciones amorosas que despreciaba, porque no amaba.

Los oleajes reñían por la belleza de Blanca de Plata, y los que sucumbían en la lucha, eran sepultados entre los pedruscos y guijarros de la playa.

Una noche obscura, sin estrellas, una cabalgata de olas, llegó hasta los muros pardos y jaspeados del castillo, el más gallardo de los trovadores penetró hasta la alcoba de Blanca de Plata y la robó desmayada.

La góndola esperaba al pie de la escala. Una de las olitas siervas, envidiosa de no tener, como su señora, un jirón del manto de la Aurora, ni un chal de gasa de la luna, la hizo traición y la vendió al seductor.

Desde entonces, entre los guijarros de la playa, que son las ruinas del castillo de Blanca de Plata, gimen las almas de los oleajes muertos en las riñas nocturnas.

VAGABUNDAS.

Como la formación de las nubes, son los panoramas que ofrecen esas errantes del espacio, esas encantadas del sol, que, apenas tocadas por la varita de oro de ese gran mágico, se transforman ó se mueven.

Como el rocío que se evapora para caer en lluvia, como las emanaciones que ascienden en invisibles columnas por la atmósfera y se tornan en gases, así los cambiantes policromos del cielo se esfuman y desaparecen.

Por las arcadas bizantinas del Oriente aparece aún somnolienta la primera dama de honor de la reina Aurora. Su falda es blanca como lampo de nieve y cae sobre sus hombros el peplo carmesí y orna su gentil tocado con rubíes y esmeraldas.

Ya aparecen los pajes y damas de la corte; los *ugiers* guardan la entrada del aposento real, y los cortesanos desfilan para dar el *buen día* á la Augusta Soberana, el Alba que se espereza voluptuosamente en su trono de luz y de neblina.

El tapiz del aposento en que recibe la Aurora, es aquel diáfano recamado de brillantes galas de rocío, orlado con festones de ambarinos celajes, y pringado con floroncitos de luceros que titilan vagamente.

Ya ha pasado el último cortesano; los *ugiers* cierran los cortinajes de la arcada, y unas que otras nubecillas vagabundas, sin rubíes ni esmeraldas, vestidas simplemente de blanco, descienden por el horizonte.

En el mundo de la fantasía, las nubes son seres misteriosos que cruzan vagamente el espacio á donde van en condensaciones etéreas los sueños de los niños, las miradas suplicantes de los desolados, los suspiros de los que sufren y la alegría de los que gozan.

Las nubes son velos de almas gloriosas para las niñas místicas, caudas de desposadas para las jóvenes que aman y son amadas, luto para las viudas y tocas de novicias para las mujeres histéricas. Son dardos para los ausentes, espiritualismo para los soñadores, amarga realidad para los que anhelan por término absoluto la tumba.

Las nubes blancas, antójanse plumoncitos de cunitas vacías; las plomizas, océanos procelosos; las opalinas, los abismos del ajenjo; las rojas, charcos de sangre ó voraces incendios; y las negras, cavernas donde se han sepultado los recuerdos.

Por eso huyen, como los sueños y la esperanza, el consuelo y la amarga realidad, dejándonos en última é insondable perspectiva, el abismo infinito.

Allá van vagabundas y errantes las encantadas del sol, formando fantasías ó esfumándose al antojo de la varita de oro del Gran Mágico.

Llega la noche, y semejan peñascos peligrosos, ó moles ruinosas perdidas en la sombra. Entonces parecen descansar de sus vagancias y flotar como naves ancladas en el mar del espacio.

Si la luna las ilumina escasamente, con sus flecos de

luz, ó se recata tras de ellas, diríase que son luz condensada, irradiaciones suspendidas ó áureos bajeles surcando un mar ideal.

La luna, poderosa sultana, no logra que el encanto cese, y pronto se disipan, dejando el cielo despejado y terso como bruñida lámina de plata.

¿A dónde irán las vagabundas del espacio? A robar el rocío de los campos, el sueño de los niños, las ilusiones de la joven, el dolor, la alegría y la realidad de los descreídos, para mandar nuevamente sobre las almas la lluvia del consuelo y la tempestad de la duda.

***

Y tú, bellísima lectora, no serás como la ola que desdeña amores, ni como la nube pasajera que halaga la imaginación para perderse luego, cuando más hermoseaba el cielo de los sueños.

Tú debes ser constante como los peñascos que resisten el furor de las olas, como los guijarros de la playa donde van á morir los oleajes seductores.

Tendrás la hermosura del alma que nunca muere y la belleza del espíritu que supera á todas las perfecciones.

El desdén y el orgullo serán en tí lo que son esos mirajes del espacio; impresiones pasajeras, ilusionismo que muere pronto.

Tu amor á una flor, á una cinta ó á una joya, no te llevará, de seguro, á ese amor propio exagerado que mata las ilusiones y acaba por marchitar el alma. Amarás tus coqueterías de mujer con la sencillez de una colegiala ó de una novicia; pero como Blanca de Plata, no osarás ir más allá de los dominios en que naciera tu inocencia.

El amor te reclama como á su Vestal predilecta; vé,

pues, al templo del amor y oficiá en él. Tu misión es augusta, por eso eres la soberana del corazón.

Vives del recuerdo como la brisa del perfume, y embalsamas como el aura que recorre la floresta. Tus sonrisas son néctar y tus miradas calor vivificante. No escatimes la influencia poderosa de tus hechizos; no mates el recuerdo.

Eres mística como la tierna sensitiva, y cándida como la tímida violeta; porque estás llamada á embellecer el verjel del amor.

Vaporosa y sutil como el celaje, voluble como la ola, es la mujer que no ama; lleva en el corazón el germen de la envidia, y en la mente uñ mundo de orgullo invencible. Echa por tierra el ídolo mismo de su fatuidad, rompe con todo sentimiento noble, y es, aun en plena juventud, víctima del imposible.

.....

El sueño, tu rendido enamorado, torna con tu espíritu en brazos, despierta tu alma del letargo y la vida te sonríe.

De las regiones del idealismo traes acopio de nuevos ensueños y de más caras ilusiones.

Vive para el amor.

El Angel de la guarda besa tu frente purísima y se retira satisfecho de haber guardado tu lecho virginal.

Ha llegado el rayito de sol; penetra á tu recámara el aroma de tus amiguitas las flores.

El *Angelus* de la mañana te saluda con su alegre repique y las aves con sus gorjeos.

¡Despierta!

EL EJECUTADO.

Las últimas sombras de una noche de Octubre se replegaban en un cielo sin nubes, y descendian por el horizonte como enjambres de aves heridas de improviso.

A trechos, dibujábanse en el espacio las primeras claridades de la aurora, que tienen la misteriosa alegría de los niños cuando despiertan, y el azul turquí de la alborada, rasgando las tinieblas, iba extendiéndose poco á poco en génesis de luz indeficiente.

Amanecía.

Los tenduchos del barrio abrian las puertas á los primeros parroquianos, que como siluetas á merced del escaso alumbrado, iban y venian á lo largo del mostrador; los porteros de las casas de vecindad aseaban el frente de los zaguanes, barriendo los fangos que dejara la lluvia de la víspera, con la ruidosa *escoba de varas;* crujian las cerraduras y las bisagras de las puertas que se abrian; los vagones de los *circuitos* producian á lo lejos el ruido cadencioso de las ruedas sobre los rieles, y el continuado retintín de los cascabeles que llevan al cuello las acémilas de los tranvías; las pesadas rodadas de las carretas madrugadoras, el trote de algunas cabalgaduras, y en

general, ese primer murmullo de la ciudad que deja el sueño, eran los nacientes ruidos que interrumpían el silencio dominador por muchas horas.

El alumbrado público persistía sobre el clareo de la mañana titilando en lucecillas indecisas allá en la línea irregular de faroles opacos y ennegrecidos; las linternas de los gendarmes dejaban de afocarse en los charquerones del empedrado, y los rectángulos de luz amarillenta que á trechos proyectaban sobre la acera los raquíticos *quinqués* de algunos tendajones donde se trasnocha y se infringen los reglamentos de policía, iban desapareciendo á medida que avanzaba la claridad del día.

Los farolillos de los coches de alquiler que terminaban *la velada*, cintilaban á lo lejos como estrellitas fugitivas y se perdían en los ángulos que la sombra formaba á lo largo de las calles desiertas todavía, y uno que otro farolillo de *velador* impaciente, asomaba su fulgor cansado sobre las bardas de las azoteas que comenzaban á destacarse en la penumbra, ora blancas y limpias en las fachadas ricas, ora grietosas y hasta vetustas en las casas antiguas.

Halagador era el cuadro del nuevo día que iba animándose con las manifestaciones de la vida americana, de esa existencia que tiene el tropical halago del sol abrasador, el beso de las nieves y las caricias del ambiente perfumado con el néctar de múltiples flores.

Bullicio, luz, trajín, faena, todo ese conjunto de entusiasmo que sale á nuestras calles antes que amanezca, bien abrigado ó haraposo, triste ó alegre, saludable ó enfermo, pero con vida, daba su adios al sueño y al reposo cuando todo despertaba, cuando todo vivía.

¡Qué hermoso es despertar!

***

Las últimas nubecillas negras, como caperucitas de niños enfermos, se quedaban prendidas en las azoteas de las casas que rodean la plazuela, y al desgarrarse para dar paso á la luz coqueta que sonríe como desposada que espera, parecían jironcitos de cortinajes en cunas vacías.

Parpadeaban los últimos alardes del alumbrado público; se asomaban como impacientes confinadas las lucecillas que velan el sueño infortunado de los presos, y las candilejas de los coches de *sitio* que llegaban en distintas direcciones, parecían protestar rendidas de la fatiga de la noche.

El paredón de la cárcel, elevado y derruido, fué poco á poco mostrando sus grietas ennegrecidas, sus oquedades que parecen horadaciones hechas por poderosos insectos, sus remates mutilados en los que alza la yerba sus breñales bohemios, sus sillares impertérritos y sus cornisas impasibles.

Todavía imperaba la noche con los esfuerzos matinales, el alba no dejaba aún su lecho de penumbras, y ya era la plazuela transitada.

A lo largo del paredón distínguense dos muros inexpugnables, como los atrincheramientos de fortaleza levantada durante la noche.

Era el *cuadro* de soldados formado con las fuerzas de servicio, que *en su lugar descanso* no se atrevían á romper el silencio ni la inmovilidad.

Era el cuadro que debía presenciar la ejecución de un compañero condenado por el Consejo de Guerra á ser pasado por las armas.

Allí, frente al paredón ruinoso y elevado, debía caer muy pronto su cuerpo inerte, cuerpo de un defensor de la patria, que no tuvo la gloria de regar con su sangre el

campo de batalla, pues el destino lo designó para víctima y ejemplo.

Extinguiéronse las últimas notas de la *diana* ejecutada en los cuarteles inmediatos, y el reo no escuchó más el *¡alerta!* que llegaba hasta la *capilla* como un grito de muerte.

Los timbres de los relojes públicos dieron las cinco y media.

Era la hora fatal.

Dejóse oír vibrante ó inseguro el toque de *atención;* brillaron las bayonetas y los marrazos al ser *terciadas* las armas, y apareció dentro del *cuadro* el Jefe de día acompañado de la *banda* de cornetas y tambores.

Sonó el toque solemne de *bando*, y se levantó, poderosa y lúgubre, la voz de aquel Jefe, diciendo:

—«¡El que levantare la voz para defender al reo, tiene cinco años de prisión!»

Después, el mismo silencio, la inmutabilidad de la fuerza armada, la subordinación haciendo de muchos hombres un solo individuo: el vengador de la justicia.

De pronto, en la penumbra que se replegaba en los muros de la prisión, apareció un grupo de soldados, del que fué segregado uno. ¡Era el infeliz sentenciado á muerte! Avanzó por su propio pie hasta un monticulo de arena, y se dejó vendar los ojos con la misma serenidad que un enfermo á quien se alivia con el vendaje.

¡Era un valiente!

Defensor de la patria, habría derramado gustoso su sangre y extinguido su vida en los campos de batalla; pero un día, ó más bien un instante, el superior vejó su dignidad de hombre humilde ante los compañeros; se acordó de su hogar lejano, del nombre de sus padres, de esa época en que siendo libre no toleraba ofensa alguna, y abrumado por el *ayer*, ofuscado por la ignominia de que era objeto, tomó un fusil y disparó sobre el superior.....

Lo había dicho ante el Consejo de Guerra:

—«¡Me insultó, y lo maté!»

Y como si interiormente repitiera esas frases que le daban valor para morir, el sentenciado parecía una estatua.

Frente á él formáronse los tiradores, los compañeros con quienes íntimamente había compartido los infortunios de cuartel, los que en la última noche con él habían velado en la *capilla* contando los minutos que le quedaban de vida.

Alejóse el sacerdote á una señal del Jefe de la escolta; el ruido seco y uniforme de los martillos de las armas al abrirse, interrumpió el silencio solemne. Sonó una hora en el reloj público más inmediato; cinco fogonazos fulguraron en las tinieblas de la mañana que surgía y cinco detonaciones atronaron el espacio.

El sentenciado cayó hacia atrás, conmoviéndose con los últimos espasmos de la muerte.

Avanzó la escolta y una segunda descarga acribilló el cuerpo del ejecutado, que fué colocado en litera de ambulancia y puesto á la expectación de la fuerza.

Comenzó el desfile de las guardias entrantes ante el cadáver, y cada soldado obligado á llevar la vista á la derecha para escarmiento, era otro testimonio de la ley satisfecha.

Alejóse la escolta que custodiaba la litera á la que seguían llorosas algunas mujeres del pueblo, y quedó la plazuela despejada.

El sol del nuevo día asomaba alegre por las azoteas de los edificios; las campanitas de los templos llamaban á misa y por los ángulos de las aceras circulaba el rumor de la ciudad que despertaba.

Los curiosos que se habían encaramado en los pescantes de los coches de *sitio*, tomaban asiento dentro del ca-

rruaje y se alejaban del lugar de la ejecución impresionados por los fogonazos y las detonaciones.

Horas después, el montículo de arena que sirvió de último lecho al ejecutado, desaparecía; los muros de la prisión se animaron con el tono gris de las grietas y los tintes sombríos de las ruinas, y de los edificios que rodeaban la plazuela surgía el trabajo cuotidiano.

¿Quién tendría una plegaria para el soldado muerto? ¿quién iría al anfiteatro del hospital en demanda del cadáver? Las mujeres llorosas que siguieron la litera, esas abnegadas *soldaderas* que hacen jornadas fatigosas con nuestro ejército y cruzan impasibles los campos del combate llevando alimento á los soldados, disputando á la muerte sus hombres queridos.

Cuando pienso á solas en el *Ejecutado* y se reproduce en mi imaginación aquel aparato de fuerza armada que se levantaba fatídicamente entre las últimas sombras de la noche, como cadalso ocultamente preparado, mi espíritu ora por las víctimas de la ley y mi alma llora la muerte de esos desgraciados.

NOCHE DE ESTRENO.

Carlos dejó, después de larga sobremesa en la fonda «La Estrella,» á los amigos con quienes almorzó de mala gana, preocupado con el éxito de su zarzuela que se estrenaría por la noche en el coliseo de la calle de San Felipe Neri.

El último ensayo debía comenzar á las cuatro, y el reloj de la fonda indicaba las cuatro menos cinco minutos.

—Señores: me permitirán ustedes que me retire—dijo Carlos;—me llama la última impresión en lo privado y no debo faltar. Esos *coros* están *infumables*, y mucho me temo que contribuyan con sus *gallos* al *meneo* que se me espera por la primera vez en mi vida.

—Tiene razón Alvarez—repuso un joven que debía ser el anfitrión,—su presencia es indispensable entre bastidores.

—Al reo que está en capilla—agregó otro de los comensales—se le deben conceder todas las gracias que solicite, sobre todo, si está perdida la esperanza de indulto como en el caso presente.

Y uno después de otro, fueron justificando que el autor en peligro se ausentara del gabinete de la fonda contra toda costumbre, pues siempre les acompañaba hasta la

última taza de café, alternando en las discusiones y contribuyendo con su buen humor de estudiante despreocupado á insensible digestión hecha entre risas, cuentos, anécdotas é historietas que son el raudal de alegría con que la juventud se desborda.

Para Carlos, que no las tenía todas consigo, tratándose de un público que ha de aplaudir ó silbar, más bien por capricho que por criterio, los instantes pasaban con rapidez asombrosa; le parecía que la noche se le echaba encima, sin darle tiempo á calmar el sistema nervioso que se iba alterando por momentos hasta hacerle víctima de una agitación que amenazaba asfixiarle.

Cuando llegó al pórtico, halló enfadado al empresario, tropezó con varios amigos que le pedían localidades *de favor*, y jadeante, sudoroso casi, se precipitó por el inclinado pasillo central de las butacas para dirigirse á la portátil escalerilla que conducía al *foro*.

El salón, semi-obscuro y medio alumbrado, sólo tenía la vaga claridad de la luz tediosa de una tarde de Julio, que entraba tamizada entre el polvo de las ventilas, angulosa y quebrada por las bambalinas en desorden y demás chismes de escenario, y el fulgor inseguro de tres ó cuatro velones de esperma que no tenían sitio fijo.

En el patio, varios curiosos de esos que suelen *colarse* á los ensayos, no obstante la prohibición terminante de las empresas; en los palcos y en la galería, el golpe repetido del sacudidor, las frases perdidas de los acomodadores y el arrastrar de las sillas; en el *foro* las tosecitas de las impacientes coristas, los paseos silenciosos de los actores, los golpes continuados con la sombrilla sobre el tablado, el caer pesadamente de un mueble, el llanto de un niño de teta ó el ladrido de un *can* intruso; y en el lugar de la orquesta, las notas sueltas de los instrumentos de latón, las escalas de los de cuerda, el tamborileo de los timbales y los graves sonidos del contrabajo.

Densa atmósfera de humo de cigarro, de polvo, de emanaciones de gas y de humedad, impregnaba los ámbitos del teatro, que tendría excelentes condiciones para templo católico; pero que no llenaba ni las más indispensables para un coliseo de segundo orden.

Cuando el autor pisó el escenario, un murmullo de impaciencia se levantó del cuerpo de coros, otro con vocecitas sueltas de las tiples y partiquinas; el tenor cómico tosió forzadamente, el consueta se esperezó, echándose adelante en la silla que tenía inclinada sobre uno de los bastidores, y de aquel conjunto de voces y murmullos parecía surgir esta frase:

—*Por fin ensayaremos.*

Carlos se enjugó fatigosamente con el pañuelo el sudor copiosísimo que cubria el rostro, limpió igualmente la tira interior del sombrero de copa, y cayó, casi desfallecido, en silla de tule.

—Señores: podemos comenzar,—dijo malhumorado el empresario, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones y recargándose en la mesa sin pintar del apuntador.

Y comenzó el desfile de aquellas imágines que inquietaban á Carlos desde que ateridas en *los desvanes del cerebro* le pidieron la vida del arte, el abrigo de la popularidad y las riquezas de la gloria.

¡Qué mal vestidas iban aquellas infelices expósitas de su alma, para quienes se había esmerado en surcir los más vistosos trajes que correspondieran á la belleza con que habían nacido; pero no tuvo tiempo para arreglarlas mejor atavío, y aunque quiso esperar mejores tiempos en que tuviera más probabilidades de que desmerecieran menos, no pudo negarse á llevarlas al teatro la noche aquella en que pensó dejarlas para siempre en la gaveta donde tantos hijos abandonados se mueren tristemente. Lloraron como colegialas descontentas, se le col-

garon del cuello, rogándole que no las dejara más tiempo en casa, le hicieron promesas halagadoras y perdió la autoridad de padre. ¡Pobrecitas! ¿El público las recibirá con la misma frialdad que el empresario, cuando Carlos se las presentó tímidamente en el cuarto de la hostería?

Casi estaba arrepentido de la debilidad que le obligó á no retenerlas en la mesa de trabajo, donde eran objeto de admiración y elogios por parte de los amigos que las conocían é indulgentemente las juzgaban hermosas.

Carlos estaba descontento de ellas porque veía el atractivo que tenían sus hermanas, las inspiradas por el maestro Director de la orquesta, que fué quien puso la partitura al libro.

El aria de la tiple, la romanza para contralto, los dúos en que el tenor y el barítono alternaban con la *prima-donna*, y hasta los *coros* más triviales eran bellísimas concepciones que, según Carlos, empequeñecían las suyas aisladamente.

Era que Carlos había querido explotar esa lucha invisible entre los defectos físicos y las perfecciones morales, y ante las monstruosidades de la Naturaleza y la sublimidad de sentimientos puestos en filosófico contraste; la música, el intérprete de las pasiones, la maga que con su varita de oro toca los encantos de la Creación, las transforma y las embellece, afinaba cada carácter con sus tonos melodiosos, ponía en labios de aquellos raros personajes el lenguaje misterioso de las almas, y dejaba en sus ecos perdidos la ausencia del ideal.

Carlos prendió los últimos atavíos en los trajes de aquellas coquetuelas y se alejó de ellas, pensando:

—¡Oh! si aún fuera tiempo de tener en reclusión á esas muchachas inexpertas....!

Y salió del salón, acompañado del empresario, que ya mostraba mejor humor, y de los principales actores que

lo animaban como se anima á un enfermo que se cree próximo á la muerte.

***

Carlos llegó á su cuarto de hombre solo, ya entrada la noche, y lo primero que hizo, después de encender el *quinqué*, fué llamar á la portera y pedirla una camisa limpia; después sacó de la cómoda el traje de etiqueta, puso las piezas sucesivamente sobre la mesa y las dió sendas fricciones de agua de romero; limpió con bencina las principales manchas del *frac*, perfumándolo en seguida para evitar el olorcillo acre, semejante al que produce un escape de gas; aceitó los choclos de charol lo mejor que pudo; arregló las varillas del *clack;* cambió de ropa interior, se vistió, y hecho un *Fígaro de pantalón largo*, se dirigió á la peluquería.

La fiebre que produce la sugestión de un fiasco ante el auditorio de un teatro, la congoja íntima que roba el sueño á los autores *nouvells*, la incertidumbre que acosa en *noche de estreno* al verdadero protagonista de la obra, al que ha satisfecho todas las exigencias de la empresa para darla utilidades, y derramado bilis en gran cantidad, quizá para ser la mofa del público y de la prensa, agobiaban al infeliz Carlos, lo abrumaban, lo ponían fuera de juicio.

A falta de apetito, optó por *alentarse* con algunas copas de *cognac* en la cantina del teatro, donde se le reunieron muchos *admiradores*, de esos que no le faltan á un autor que puede hacer el gasto en las libaciones.

Envuelto en su modesto gabán de verano, Carlos, más que el autor, parecía uno de tantos *reventadores* de la obra, un buen amigo del autor, ó un agradecido por el billete de entrada obtenido gratuitamente.

Hasta los muy conocidos revendedores le ofrecían boletas más baratas que en contaduría, y cuando los *admi-*

radores le dejaron solo en la cantina, tuvo que escuchar el siguiente diálogo habido entre los *reporters* de dos Diarios de gran circulación, que sentados á la mesa saboreaban copas de ajenjo.

—La obra tiene sus toques maestros que revelan la inspiración.... las disposiciones del autor.... el trabajo.... pero me parece que los asuntos están muy mal llevados; hay entradas y salidas injustificadas, el embrollo es algo inverosímil y el desenlace muy forzado. ¿A quién se le ocurre que la Duquecita esa, toda belleza, se case con el hombre más feo del reino, con todo y ser Consejero de Estado? Desde que asistí al primer ensayo tuve pésimas impresiones del libro; me parece un *culebrón infame*, un mamarracho. Si la música no salva la situación, la obra será silbada.

—No tanto, no tanto, compañero, el verso es fácil y hasta sublime en algunas *tiradas*, y ya sabe usted que nuestro público sacrifica el sentido común por el oído. La música es preciosa.

—Aquí entre nos, le diré á usted, que el Director del periódico en que escribo, es amigo de la empresa, por eso se ha hecho *bombo* á la obrilla esa, anunciándola casi á diario, que de no ser así, yo sería inexorable en mi crónica.

—Pues yo ni conozco al autor; pero es la primera obra que escribe, y hay que ser indulgente.

En esto se oyó el toque de prevención, y los *críticos*, apurando las heces del ajenjo, brindaron: el uno porque el público fuera propicio, y el otro, por la buena aceptación de la obra.

Todavía sin poderse reponer de aquellos disparos de erudición á quemarropa, Carlos fué bruscamente llevado al *foro* por el empresario, y lo instaló entre bastidores.

—Procure usted no abandonar este sitio, para cuando se le llame á la escena.

Y Carlos, hecho poco menos que un idiota, esperó el crítico momento en que se alzara la cortina y comenzara el suplicio.

En lo más álgido de aquella ofuscación, cuando la fiebre de un fiasco esperado, la congoja íntima y la incertidumbre tocaban al delirio, Carlos tuvo un momento de lucidez y serenidad, y aplicó el ojo al agujerillo del telón; quería saber si eran muchas las cabezas de aquel *monstruo* que lo acechaba.

El teatro estaba literalmente ocupado. Había *lleno completo.*

Carlos fué víctima de un vértigo fatal ante el imponente aspecto de los censores que pagan, y cayó aletargado en el asiento que ocupaba.

—Animo, amigo mío, ánimo—le decía al pasar el empresario;—ya *refrescaremos* después de la función.

Y como si todavía no tuviera el derecho de esperar con algún reposo el resultado de la obra, comenzaron á llamarle de los cuartos para que diera su opinión sobre los tipos y los trajes, y ni en *el tablado del patíbulo* dejaba de recibir recaditos de las personas que solicitaban entrada *gratis.*

La cabeza de Carlos era un barullo, un *maremagnum* que le mareaba hasta el síncope.

Por fin sonó el postrer campanillazo; el compañero de capilla de Carlos, el Director de la orquesta, caminaba al suplicio.

El maestro, que tiene la ventaja, al lanzar sus producciones, de poderse reconcentrar en su obra sin tener frente al *juez severo,* tomó la batuta y dió principio la sinfonía, apacible como los arrullos de la brisa rumorosa y el cuchicheo de las frondas en tardes estivales; alegre, como la ola juguetona, ó triste como la fuente que gime en el rincón de un huerto abandonado. Aquellas notas caían en el respetuoso silencio del auditorio cual gotas

de lluvia en la soledad de la noche, y cuando surgía del salón el murmullo, que no podía saberse si era de aprobacion ó de disgusto, parecian los tumbos de un mar en que la tempestad comienza á despertar.

Un *solo* de violín y el *aria* de la tiple decidieron del éxito.

Antes que terminara la ejecución de ese número, estalló un aplauso nutridísimo, unánime, entusiasta; aplauso que apenas pudo contenerse para esperar el final de la sinfonía, la cual fué generalmente recibida con singular ovación.

Carlos tuvo una ligera esperanza en aquellos aplausos; sintió reanimarse súbitamente, y esperó resignado el momento supremo.

Alzóse la cortina. Un efluvio de luz desparramó sus fulgores en el palco escénico. El silencio se restableció antes que el *apuntador* dijera el primer verso y fuera repetido por la *prima-donna*, que apareció asomada al balcón admirando las bellezas de primaveral mañana.

Carlos sintió que su respiración se suspendía; frío y helado corría por su cuerpo y le punzaban las sienes con violencia.

A medida que la representación de la obra avanzaba, Carlos parecia un energúmeno; iba y venía de un bastidor á otro precipitadamente, se mesaba el cabello con desesperación, encendía distraidamente los cigarros por ambos extremos, y se daba palmaditas en la frente como si quisiera sofocar con un golpecito de mano el fuego que abrasaba su imaginación.

No era aquella manera de decir los versos tales y como los había oído, recitados por la inspiración durante las noches en que se rasgaban las tinieblas de su humilde vivienda para dar paso, en sueños de gloria, á la nube blanca que se extendía en cendales purísimos de plata, á la orla de luz que borda el pabellón turquí de la au-

rora, al prado que se engalana con sus más ricas flores, al límpido arroyuelo en que se baña el sol canicular, á la campiña que sonríe de amor, al llano que despierta de su sueño de invierno.

No eran aquellos personajes los mismos que en tropel se disputaron la predilección del poeta, llamando al asilo de la idea en plena borrasca. Había en aquellos tipos imaginarios, defectuosos, todos los horrores con que la Naturaleza afea á ciertos seres; pero el autor no quiso que llegaran al ridículo de la caricatura. Había perversidad de sentimientos sin llegar á la monstruosidad moral, como los veía desfilar realmente en la escena. Había también generosidades y noblezas, idealismos y mistificaciones que resultaban pálidas en la expresión.

De atormentarse con tales amargas reflexiones tuvo tiempo el autor; porque al persistir las preocupaciones, nada hay que las deseche. Exigente consigo mismo, lo era también con los demás que tomaban parte en la obra, y hubiera querido que el pensamiento, la sensación y todas las facultades de los artistas se hubieran unificado con las suyas para que fuera una la concepción, y uno también el desarrollo de ella.

Terminado un monólogo en *quintillas*, vino el aplauso inesperado, el justo, el verdadero, el que estalla sin prevención alguna y se propala por los mismos efectos como una corriente magnética, como la propagación de la luz y del sonido.

No faltaron algunos ceceos que fueron las notas discordantes en aquella ovación espontánea, y unos y otras cayeron en el ánimo conturbado de Carlos, en cruel amalgama, de triunfo y de derrota.

La obra proseguía con esperanza de buen éxito, y no obstante, la angustia de Carlos era cada vez mayor.

En situaciones tales, la esperanza se ausenta como in-

fiel amiga, y el corazón medroso agiganta el peligro que quizá no existe.

Aquel aplauso y aquellos ceceos se disputaban la incertidumbre del autor, y como si cada uno de aquellos elementos opuestos determinara un cataclismo en el alma de Carlos, éste quedó casi aturdido hasta que vinieron á sacarle de aquella semi-catalepsia los gritos entusiastas de:

—¡El autor! ¡El autor! ¡Que salga el autor!!

En tanto que el empresario, el *traspunte*, el *utilero*, y muchos amigos de Carlos, que ya le buscaban en el *Tabor* del triunfo, tiraban de él como de un fardo, para obligarle á salir, diciéndole:

—*¡A la escena*, amigo, *á la escena;* el público se impacienta!

—Salga usted, hombre, salga usted.

—¡Victoria! ¡Victoria!

—Carlos, valor, tu obra ha triunfado.

Y así por el estilo.

De pronto Carlos se sintió en mitad del escenario, y como un preso á quien rápidamente se sacara de un calabozo á la luz del día, vió como un manto negro ante sus ojos y esperó la *ejecución*, como debe esperar un fusilado la primera descarga.

Después cayó el telón, y entre mil felicitaciones de artistas, de amigos, de conocidos, inclusos los *reporters* que dialogaban en la cantina del teatro antes de la función, Carlos y los suyos tomaron asiento en un palco, y desde allí el autor era el foco de todos los gemelos y de todas las miradas.

El mártir ya era un héroe.

***

Media hora después de terminada la función, el empresario tomaba una copa de *champagne* con Carlos, y le decía:

—Si el verso no salva la situación, la obra se hunde, créame usted, porque la música es *ratonerita.*

Momentos después, al dar de manos á boca con el Director de la orquesta, en el vestíbulo, le estrechó la mano afectuosamente y murmuraba por lo bajo:

—¡Qué versos, maestro, son *infumables!*

Á MEDIA LUZ.

Sobre la endeble mesita redonda, un quinqué, al que sirve de caperuza un ahumado periódico, baña de luz mezquina el desencuadernado diccionario, el montón de libros viejos, los manuscritos esparcidos, el polvoso tintero, los mal tajados lápices, los porta-plumas manchados de tinta, el pedazo de papel secante y todos los objetos de un escritorio de *bohemio* que hablan con la elocuencia de las cosas inertes de sus fatigas y de su momentáneo reposo.

Un joven de revuelta melena, semblante demacrado y mirada turbia estaba de codos sobre la mesa, sentado en un viejo sofá y con los pies hundidos en cobertor gris. Leía atentamente un infolio voluminoso y á menudo interrumpía la lectura, llevaba la mano apantallando la bombilla del quinqué y volvía el rostro hacia un ángulo del aposento, cual si tratara de descubrir algo que esperaba.

Por las ventilas circulares de la puerta que da al corredor, penetra el viento helado de la noche, ese *diablo cojuelo* que aprovecha el sueño ó el insomnio para fisgar desde las azoteas ó se desliza por el ojo de la cerradura

y todo lo escudriña como celoso amante que trata de inquirir bien la revelación del engaño.

Como ecos perdidos en el silencio de la noche, suenan lúgubremente los *silbatos* de los *serenos* y los timbres de los relojes públicos, y los cantos del gallo, de ese madrugador por costumbre, gimen como repercusión de ¡ayes! lastimeros.

Entre la ceniza del fogón dejado á propio intento para dar calor á la pieza, crepitan los últimos carbones, y una que otra chispita se alzaba, como suspiros de fuego, para extinguirse en la penumbra.

La calma y el silencio eran augustos en la miseria de aquel cuarto, iluminado por la luz mezquina de un quinqué, húmedo y frío á pesar del fogón dejado de propio intento para subir la temperatura.

Movimiento alguno, que no fuera el que producían al volverse las hojas del infolio, no indicaba la presencia de otro sér que el del joven de la endeble mesita redonda, quien visto al fulgor opaco de la luz á través del periódico ahumado, parecía un alquimista enriqueciendo sus secretos con el estudio, á la hora de las evocaciones y de los misterios.

Hubiérase creido que aquel joven de melena alborotada, semblante demacrado y mirada turbia, era un inspirado que recibía á su musa con las pompas solemnes de la soledad.

Aquel joven era un mártir del destino, una víctima de la fatalidad.

***

Una queja, débil como el primer vagido del niño, suave como el murmurio de la brisa que muere entre los tallos, melancólico y lúgubre como la última nota del crepúsculo, interrumpió de pronto el silencio de la estancia.

En el ángulo más obscuro de la pieza y en lecho miserable, agobiada por la pulmonía, sufría la hermana del joven demacrado. Era tan agudo el mal, tan intensa la fiebre, que la paciente solía aletargarse durante horas enteras.

En menos de un año la eterna segadora de existencias había asolado aquel hogar llevándose á los padres, y trataba de arrebatarle el único consuelo, la más dulce resignación que habían quedado con la existencia de la pobre enferma.

Tres meses hacía que por las noches, sin el auxilio de persona alguna, los pies hundidos en el cobertor con el libro sobre la mesa y la mezquina luz del quinqué frente á frente, aquel joven seguía impaciente, paso á paso, el desarrollo de la efermedad.

Más de una vez, durante la velada, había creido en el fin de la enferma; encendía la vela de cera, se arrodillaba junto al lecho y oraba en alta voz, como se ora mientras el alma se separa del cuerpo.

La enferma se reanimaba, y nueva alborada de vida lucía para la moribunda y el angustiado hermano.

En vano los vecinos insistían ofreciendo sus servicios para que el joven descansara; inútiles fueron las órdenes que el médico dictó á ese respecto, nada pudo conseguirse. Quería estar solo en la lucha con la muerte; quería defender á la víctima con su propia existencia.

Una mañana el cuarto fué abierto más temprano que de costumbre, y los vecinos pudieron ver á la vaga claridad de la aurora y á la luz indecisa de una vela de cera, el siguiente cuadro conmovedor.

El fulgor agonizante del quinqué caía sobre la alborotada melena del joven pálido de mirada turbia, quien, con el rostro hundido entre los brazos, dormía sobre el voluminoso infolio.

En la blanca colcha que cubría el humilde lecho esta-

ba rígido el espiritual cuerpo de la hermana enferma.

El crucifijo que negreaba entre las manos amarillentas de la muerta, las ropas limpias que la cubrían, el orden en que sobre la almohada se hallaban las crenchas negras, y el olor penetrante de *ácido fénico*, todo revelaba que la muerte no había sorprendido durante el sueño, y sí que había sido esperada por el joven que velaba disputándola á su víctima.

Por fin el espíritu de la infeliz huérfana rompió su cárcel y alzó el vuelo para ir en pos de los de sus padres, cuya ausencia no pudo soportar.

El sueño cayó sobre el abnegado *enfermero*, y éste, rendido en la contienda, cuando agotara hasta el último esfuerzo, despidió como bueno el alma de la enferma y se entregó al reposo.

***

En el gabinete de una fonda de segundo orden se hallaban reunidos varios amigos que pretendían consolar al deudo con libaciones alcohólicas.

El humo del cigarro ennegrecía el gabinete y el vapor del alcohol formaba atmósfera sofocante.

El joven de mirada turbia y semblante demacrado sacudía su encrespada cabellera y se frotaba la frente con la palma de la mano derecha, como si tratara de ahuyentar los recuerdos y pretendía divagar su tristeza buscando motivos de conversación que le hicieran olvidar su pena. Aquella tarde había dejado en el panteón de Dolores á su querida hermana, que era, para él, el último consuelo, la abnegación para sobrevivir á la muerte de sus ancianos padres. Los amigos que le acompañaban en la fonda, fueron los que con él se alejaron de la fosa sin haber sorprendido una sola lágrima, ni un suspiro, ni un gemido.

Ellos habían conocido y tratado á la niña pálida que

tenía el cutis blanco como las gardenias y los labios coloreados con el matiz de las rosas, negro y ondulante el cabello que caía en graciosos bucles sobre el cuello de Virgen Dolorosa, las pupilas tempestuosas y las mejillas ligeramente sonrosadas. Ellos habían entrevisto en aquel cuerpecito, débil por la anemia, un espíritu sublime y podían por lo mismo valorizar la pérdida que un amigo íntimo acababa de sufrir.

Recordaban tristemente á los viejecitos que tanto la querían, y á quienes arrancó la muerte de los brazos de sus hijos, y no olvidaban la última vez que la vieron muy pensativa, sentada en la estera rota, con un libro en las rodillas y llorando copiosamente. Aquel libro era el de oraciones de la difunta madre; aquel llanto el desahogo del recuerdo.

Pasaban, como el humo de los cigarros, en precipitado tropel, los fresnos y los cipreses del panteón, las cruces de las tumbas, los mármoles suntuosos y los montoncitos de *lluvia* y *siempre-viva*, el cajón cubierto de marmaja que descendía sobre los cables, los huecosos golpes de tierra que herían la madera de la tapa, los últimos pisonazos que repercutieron en las almas y la fisonomía del hermano, apacible con el sufrimiento de un mártir, pálido como el insomnio, triste como la esperanza perdida.

Entre las sombras del muro ennegrecido de aquel gabinete pobremente iluminado y al cual llegaban como un reproche del dolor el bullicio de los que bebían por alegría, vagaban los semblantes bondadosos de los ancianos padres y la figura espiritual de la hermana muerta.

Para el joven doliente la soledad de su vida comenzaba en aquel centro de báquico entusiasmo, al lado de aquellos fieles amigos que le hacían libar para consolarle y distraerle.

Aquella era la primera noche de aislamiento para el alma en quien la fatalidad se había ensañado.

***

La mezquina luz del quinqué agoniza sobre la endeble mesita redonda en que yacen empolvados y ociosos los libros, los periódicos y los manuscritos.

En el ángulo más obscuro de la pieza en que encontramos velando al joven demacrado, y en el mismo lecho humilde en que amaneció tendido el cadáver de la infeliz niña pálida, reposaba las muchas noches de insomnio el pobre huérfano, rendido por los trabajos del día.

Por las altas ventilas de las puertas que dan al corredor, descienden vagamente los rayos de luna menguante, y en los muros y entre los muebles miserables del cuarto, la sombra se replega y la claridad se difunde lúgubremente.

Como se presiente un amago durante el sueño y el despertar es violento y fatigoso, así nuestro hombre, cuyo espíritu se hallaba transportado á unos días más felices, sintió que un secreto y misterioso impulso interrumpía el sueño y se despertó sobresaltado.

Vió cómo las hojas de la puerta se abrían para dar paso á tres figuras blancas como nubes matinales, etéreas, intangibles, como condensaciones de neblas vespertinas.

Aquellas siluetas celestiales penetraron deslizándose como aladas visiones animadas en los lienzos místicos, y poco á poco fueron dejando flotar sus cabelleras y amoldando los contornos de sus cuerpos en las vestiduras aéreas. Dos de aquellas cabelleras confundían su albura de nieve con el fulgor de la luna, la otra se destacaba entre las tinieblas que luchaban con la claridad. Dos de aquellos cuerpos eran vacilantes é indecisos, el otro era turgente y tenía la arrogancia y la gallardía de la esbeltez.

Eran los ancianos y la joven, padres é hija, que visitaban al ausente.

Cayeron como en jirones de luz los velos que cubrían los semblantes, y las miradas inmateriales fulguraron en las sombras del cuarto.

El joven que ocupaba el lecho, quiso dejarlo y echarse en el vaporoso regazo de aquellas almas que volvían á verle; pero se sintió desfallecer; trató de gritar y se ahogó la voz en su garganta. Entonces, majestuosamente, como si en la inamovilidad de aquel cuerpo querido tuvieran garantizada la veneración y seguro el respeto, llegaron hasta la cama, miraron fijamente al joven angustiado, besáronle en la frente, acariciaron sus mejillas, sin que el beso y la caricia tuvieran el frío impresionable del no ser, y exclamaron llorando:

—¡Pobre.... cuánto tiene que sufrir!

Después, siempre mirándolo con fijeza, llegaron hasta la puerta que conduce al corredor; ésta volvió á cerrarse; murió la luz del quinqué y la de la luna rebasaba las ventilas.

La sombra había triunfado de la claridad.

Cuando el joven recobró sus energías, convencido de que no había sido víctima de una desilusión, corrió hacia la puerta, la abrió buscando aquellas siluetas celestiales, y halló tan sólo el silencio y la soledad de la noche que huía.

Y la frase cariñosa que auguraba el fatal destino, estaba escrita en el rayo de luna que declinaba, en las primeras vaguedades del alba y resonaba en el aura que se iba, en el viento que se quejaba, en el despertar del día.

Quizá todo había sido un sueño; pero un sueño ideal,

LAS DOS ENLUTADAS.

Dos ventanitas colocadas simétricamente la una frente de la otra en lo alto de los corredores de una *casa de vecindad*, alegran el ancho patio donde la luz del día refleja su intensa claridad en las ropas blancas puestas á secar, acaricia como mano de Hermana de la Caridad los pingajos y las telas descoloridas que semejan niños miserables y haraposos, y se baña en las turbias aguas de la fuente rebosante que alegra con su incesante murmurio la pobreza de los inquilinos.

Las flores de los tiestos, envidiosas mutuamente porque el sol de la mañana besa con sus primeros rayos á las unas y el de la tarde sólo guarda sus tristezas crepusculares para las otras, están en abierto antagonismo en la primavera, pues mientras las que ven al Oriente lucen vivos y frescos sus matices durante el día, las que miran al Occidente no pueden hacer gala de su hermosura porque la noche llega pronto.

En la ventana donde la aurora prende sus festones iriados, la enredadera forma compacto pabellón y las campánulas azulean profusamente; en la que el día muere,

las hojas de la hiedra están amarillosas como fulgor de cirios funerarios.

Cuna y sepulcro de perfumes, de brisas, de rocío, son las corolas de aquellas hijas del campo trasplantadas á hogares humildes para ser el encanto de las familias, testigos de las amarguras de la vida precaria, confidentes de amores imposibles, víctimas de la ociosa codicia de los niños que sin piedad las mata.

Y no obstante aquel antagonismo, los marcos floridos de las ventanas son alegres con la alegría de la virtud. Las hortensias, las rosas y los geranios ascienden en gradería artísticamente colocada. Tal parece que las vecinas se han puesto de acuerdo para la colocación de las macetas ó que hay parentesco entre ambas familias, á juzgar por la semejanza que guardan las plantaciones y la igualdad de las flores.

Hasta en el aseo de los ladrillos que forman el antepecho de cada ventana, se nota la pariedad de tendencias mujeriles; si un día amanecen rojos por la pintura los de una, pronto son igualmente coloreados los de la opuesta. El riego de las flores se hace casi igualmente, como puede verse por las gotitas diamantinas que á la vez se desprenden de las hojas.

Por las abiertas vidrieras no se escapan, deseosos de libertad, el olorcito de las regias tapicerías, ni el impregnado del barniz del piano y de las ricas flores que se marchitan sobre los muebles de caoba ó de nogal; no asoman sus florones realzados espesas colgaduras, ni las goteras doradas sus molduras caprichosas. No refleja en el espejo glauco ó en el tibor brillante el esplendor del día, ni el polvillo de oro que el sol arroja displicente va á salpicar los lienzos negros del chinesco biombo, en donde el *mandarín* duerme el sueño de siesta fatigosa á la sombra de un quitasol enorme, rodeado de *rosa té* y de opiales gigantes. No componen el tono del tapiz severo los

grabados en bronce que representan, suplicios de reinas, partidas arriesgadas de caza, asuntos que el arte consagra al buen gusto de los opulentos. Las pinturas al óleo, las acuarelas y los frescos, no lucen aprisionados en marcos de *peluche*. En velador suntuoso no se agrupan el cristal y la porcelana en chucherías fastuosas, ni el diminuto reloj de mesa arrulla con su tranquilo péndulo el sueño de las flores que mueren y el de las notas que suelen vagar por los salones cuando el piano se ha cerrado.

En suma, aquellas habitaciones estaban desprovistas de lujo, porque dispuestas por el propietario para arrendarlas á familias de la clase media, albergaban á las privaciones y á las incomodidades.

Los muros estaban sencillamente blanqueados y tenían por mejor ornato algunas cartulinas con fotografías, cromitos que ofrecían vistas de mar á la salida del sol, un jardincito por el que discurría una pareja de jóvenes enamorados, algunos cuadros antiguos que las familias estimaban y varias figurillas de yeso, sobre repisas de la misma arcilla.

A falta de mullida alfombra, encantaba la limpieza de los pisos, y en sustitución del piano, algunos gorriones piaban en modestas jaulas que pendían del techo desprovisto de cielo raso.

Tales eran las habitaciones de dos muchachas, hermosas sin afectación y buenas por herencia; muchachas que tenían, como todos los ángeles del hogar, la misión de resignar á las familias que sufren los horrores del descenso social.

Porque ambas jóvenes eran hijas de padres que, si bien no estuvieron en la opulencia que proporciona cuantioso caudal, sí disfrutaban de mediana fortuna que les permitía sobrellevar la vida sin amarguras.

Completa fué la educación que las niñas recibieron, quizá sin pensar que más tarde los conocimientos adqui-

ridos pudieran servirles para salvarse de la miseria que lleva á la desesperación y no pocas veces hasta el crimen.

Vestían siempre de negro, cual si llevasen el recuerdo de algún sér querido ó su alma llorara la muerte de las ilusiones y merecieran por tanto ser conocidas con el nombre de *Las enlutadas*.

Asomadas á la ventana por la mañana y por la tarde, esquivaban hablarse y aun dirigirse una mirada, y eso que, como las flores de los tiestos y las enredaderas, eran iguales en belleza.

Hacían el riego de sus plantas, limpiaban las macetas de las hojas secas, removían la tierra, arreglaban las jaulas de los gorriones y cerraban las vidrieras y se alejaban por las habitaciones deplorando hallarse frente á frente siempre que se entregaban al cuidado de las flores.

Y no era que existiera rivalidad alguna entre aquellas buenas muchachas, como parecía existir entre las flores, porque sus corazones no estaban hechos para concebir pasiones mezquinas. Era que la vista de una nueva maceta, el botón recién abierto, la hebra de enredadera que aparecía más frondosa, despertaban la natural codicia, y de allí que se notara gran semejanza en los tiestos y ramajes, sin que las moradoras fuesen ni siquiera amiguitas.

Temían relacionarse, porque una á otra se creía en más alta posición social, y sea esa timidez propia en la mujer, sea el efecto mismo de la vida que llevaban, el hecho era que se conformaban con envidiarse mutuamente sus flores y procuraban hermosear más y más aquellos claros por los que la existencia enviaba sus fulgores de sencilla poesía y de calma sacrosanta, y no osaba penetrar la algarabía del mundo elegante que enloquece á los cerebros juveniles y arrastra al abismo de las ambiciones á las almas débiles.

¡Con qué placer aquellas muchachas que la maldad res-

petaba, veían llegar hasta sus lechos el Rosicler del alba alado como el tímido Angel de la Guarda, apacible y bondadoso como la esperanza de las vírgenes, esa maga de los sueños de oro que toca con su varita las frentes candorosas para que broten las primeras quimeras, los primeros deseos!

Los nacientes rayos de sol, rasgaban las colgaduras de la alcoba como emisarios del Cielo para despertar á sus predilectas las niñas buenas; los últimos arrullos de las aves anunciaban las dichas del nuevo día, y las esquilitas de los templos cercanos ponían en sus labios, la pura, la elocuente oración de la mañana.

Al dejar la cama, como enjambre de tiernas avecillas, volaban los pensamientos para posarse en las flores de la ventana, azuzados por el temor de que durante la noche hubiesen muerto algunas á manos de los muchachos de la vecindad que son enemigos irreconciliables de las plantas.

Y así pasaba el día sin otra preocupación que las faenas del hogar, sin más aspiracion que el trabajo que hace de la mujer un ángel de virtud.

Y en las horas del crepúsculo vespertino, cuando el sol que muere esmalta á intervalos el espacio y las nubes desmayan, y la luz se aletarga; cuando el día que declina parece vírgen nostálgica que agoniza, cuando la sombra avanza y van acallándose los ruidos lejanos de la ciudad que ha de dormir muy pronto, el espíritu de aquellas jóvenes sentía ese recogimiento místico que sublima las ideas y diviniza los sentimientos.

Tornaban á soñar con sus antojos inocentes, y en bajeles de pudorosas emociones arribaban al puerto del amor cautivo.

Las flores que eran un estímulo para aquellas muchachas, debían ser algún día motivo para relacionarlas, por mucho que ellas lo esquivaran.

Entre las reinas de los verjeles y las diosas del hogar, hay íntima consonancia; ambas alegran la vida, ambas son un legado del Edén perdido.

Por eso se aman entrañablemente.

Fué una mañana cuando se encontraron las miradas de las jóvenes, buscando, un tiesto nuevo, una hebra de hiedra más hermosa, algún botón que hubiese abierto durante la noche, ó una rosa marchita y deshojada. Desde entonces se saludaron y fueron inseparables amiguitas.

La afinidad de caracteres y la semejanza de nobles sentimientos, hicieron que prevaleciera aquella amistad que fué más tarde un vínculo indestructible.

Las jóvenes enlutadas no tenían más patrimonio que el trabajo, ni más herencia que la honradez, y alentándose la una á la otra con ese vigor que en las luchas de la vida da el cariño desinteresado, llegaron juntas á ocupar respectivamente empleos en oficinas públicas, cuando acertadamente se pensó llevar á la mujer al despacho de la Administración federal.

Cuando las vemos activas y diligentes desempeñar el rudo trabajo de la oficina con la energía y aptitudes del mejor empleado; cuando teniendo por escudo la virtud las vemos respetadas del público y justamente consideradas por los Jefes, pensamos en las flores de las ventanitas que animaban las respectivas viviendas y fueron las medianeras para la amistad de esos ángeles, gemelos en bondad, que visten de negro quizá por idénticas causas.

¡Quién sabe qué secreto recuerdo more en sus almas! ¡Quién sabe qué promesa las obligue á llevar el triste hábito que revela ausencias queridas! Respetemos el duelo manifestado en sus trajes y limitémonos á admirar su belleza de alma de acuerdo con su belleza física.

EL DELIRIO.

I

El cuartucho de Juan, el estudiante de Medicina que al segundo año de estudios profesionales resolvió dejar la cátedra para dedicarse al ímprobo trabajo de un escritorio comercial, está como el último día en que los textos quedaron olvidados en el cajón de periódicos viejos, de novelas pornográficas, epístolas amorosas, retratos y láminas cromolitográficas ajadas, tesis presentadas por amigos y compañeros, legajos de cartas familiares y de esos mil cachivaches que un soltero, y sobre todo, si éste es estudiante, guarda en el desorden de las cosas olvidadas.

El catre desvencijado, con mal colchón de borra, un cobertor por toda ropa de cama y dos almohadas sucias sin funda, parecen alardear de miseria y abandono en el rincón más obscuro del cuarto. Por mesa de noche, una tabla redonda, en la que se ven polvosas algunas botellas de vidrio corriente que contienen medicinas, un endeble candelero de latón mohoso y verde cardenillo por los goterones del sebo del velón, un vaso tosco igualmente cubierto de polvo y una Biblia abierta en la página

marcada con huellas de lágrimas y se leía el versículo XVII del capítulo IV del libro de Job en que maldice el día en que nació y se dijo que quedaba concebido como varón y termina clamando al sepulcro donde *descansan* los de las fuerzas perdidas.

En una mesa de madera blanca que fué sin duda sobre la que echado de codos pasaría Juan sus vigilias pensando en la familia ausente y estudiando con ahinco para realizar un porvenir soñado, algunas cuartillas de papel mal escritas, dispersas y amarillosas con ese color amarillo que toma el papel blanco si se le deja por mucho tiempo á la intemperie, un jarro que despide mal olor por el agua corrompida que contiene; varios pañuelos impregnados de sangre coagulada, el frasquito de tinta apelmazada, las plumas en el mismo desorden que las cuartillas, y hojas sueltas de obras científicas y literarias.

Por todo adorno en la pared, algunas cartulinas con fotografías de artistas, entre las que resaltaban con sus venerables cabelleras blancas, un anciano grave y taciturno, y una anciana bondadosa, y el perfil griego de una joven morena.

Excusado es decir, que el resto del menaje correspondía en pobreza y triste aspecto con los muebles ya enumerados.

Del interior de ese cuartucho que ha sido recién abierto, sale un olor de humedad revelando que ha mucho tiempo la pieza no ha estado habitada y el rayo del sol de medio día que desbiende por el claro del patio, penetra tímidamente como niño medroso; que en los departamentos de una casa penetran vacilantes sin atreverse á afrontar la soledad que tiene las tristezas de los claustros, y al silencio que recuerda la calma de los sepulcros.

Desde que el cuarto fué abierto, los vecinos antiguos no dejaban de pasar frente á la puerta dirigiendo hacia dentro miradas de asombro, y los nuevos inquilinos pre-

guntaban con marcada curiosidad, quién sería la persona que ocupaba el cuartucho húmedo y polvoso.

La casera se multiplicaba para informar á todos del objeto del asombro y la curiosidad, y se había encargado de que el suceso tuviera todas las exageraciones de un acontecimiento lamentable para el vecindario.

Defecto muy de comadres es ese que requiere lenguas viperinas é imaginaciones *ad hoc* para la chismografía; no hay mayor calamidad que habitar en común de familias sin cultura que *se mueren por cuidados ajenos.*

II

Desde que Juan dejó las aulas creyendo violentar un porvenir que el amor había proyectado, procuró trabajar con ahinco, como lo había ofrecido á sus ancianos padres cuando le escribían reprochándole su *calaverada* de dejar los estudios, como lo manifestó lleno de orgulloso cariño á su novia que siempre se lamentaba de la ausencia, la que regaba las epístolas con lágrimas amargas, y al hablarle de las rosas blancas, predilectas de Juan, decía con la amada de Federico Jens: «*tenían enferma de amor el ánima,*» la que temía el olvido y sólo ansiaba ser la eterna compañera del estudiante.

Pero cuando las cartas familiares dejaron de llegar para consuelo del hijo ausente, porque la severidad paternal sobrepujó al cariño; cuando cansada de esperar la mujer ingrata que ni lloraba ya por Juan, ni se preocupaba más por él, puesto que se había unido por cálculo á otro hombre, el infeliz muchacho, sin faltar al ímprobo trabajo del escritorio, desahogaba sus penas en las únicas horas de descanso, que eran por la noche, frecuentando, primero, las cantinas elegantes y después las tabernas.

La embriaguez por alcohol tiene para muchos el bárbaro consuelo del embrutecimiento. Hay quienes pre-

tendan ahogar sus pesares en un vaso de *catalán*, sin pensar que el océano de las amarguras tiene una playa única: la esperanza; y ésta se pierde, si engañados con los fanales del vicio, cambia nuestro bajel de derrotero.

Sucedió á Juan lo que pasa á todo aquel que busca en las libaciones un lenitivo; olvidaba momentáneamente, mientras los humos alcohólicos entorpecían sus facultades mentales y embotaban la sensibilidad del bebedor; pero pasaba ese período de anestesia moral, y las heridas del alma sangraban más, la salud se quebrantaba y la vida ficticia de Juan se iba extinguiendo por momentos; ya no bastaba tal ó cual dosis de *catalán* para inyectarle de olvido y fué preciso aumentarla más y más, hasta que, un mar de alcohol no hubiese bastado á producir los efectos deseados. Y como consecuencia natural, en la progresión ascendente que Juan siguió para proporcionarse el remedio de sus males, desde las pocas copas que necesitaba para embriagarse por la falta de costumbre, hasta las cantidades excesivas á que el vicio lo llevaba, tuvo que retrogradar obligado por la debilidad suma en que los abusos le pusieron.

¡Cuánto hubiera deseado llegar siempre de madrugada á su desgraciado aposento, lleno el cerebro de lucecillas como fuegos fatuos, la imaginación aletargada, el ánimo dormido y todas sus facultades acalladas por ruidos estruendosos que parecieran ser producidos por el movimiento del Eje del Mundo.

No llegaba como antes junto á la modesta mesa de madera blanca para dejar en las cuartillas de papel la hiel de su desengaño, sobre las cartulinas de los ancianos venerables un suspiro y un nuevo recuerdo, y en la fotografía de la morena de perfil griego un reproche y una maldición.

Apenas si podía abrir la puerta y echarse en el desvencijado catre, sin matar la luz muchas veces y sin qui-

tarse la ropa en otras, para despertar al día siguiente de un sueño soporífero que no le satisfacía.

¡Pobre Juan! tarde había comprendido que las pringas amarillentas y las letras en las que la tinta se había extendido, esas que él tomara por huellas de llanto, no lo eran, que el olvido se apoderó del corazón ingrato de su novia y que era mentido aquello de que como las rosas blancas del poeta: *tuviera enferma de amor el ánima.*

En el estado anormal, Juan solía resignarse con la muerte de sus ilusiones, pensaba en sus padres y deponía su mal fundado orgullo, se rendía ante la evidencia de su falta, reconocía que al prescindir de los estudios había lastimado el corazón de los autores de sus días, y hacía firme propósito de escribirles implorando su perdón, y una vez obtenido éste, tornar á su pueblo y trabajar allí, al lado de su familia. La nueva embriaguez echaba por tierra esos propósitos, y hiel más abundante y odios más reconcentrados interrumpían la realización del arrepentimiento.

Así, de pendiente en pendiente, de precipicio en precipicio, iba Juan arrastrado por el vicio que le tenía dominado.

III

Juan no halló dosis de *catalán* suficiente para calmar sus penas; el océano de las amarguras sólo una playa tiene: la esperanza; y ésta había huído del corazón cobarde de Juan, que no quiso arrostrar, en el uso completo de sus facultades, los rudos golpes asestados por el infortunio.

El sueño reparador, el que llega como vigilante infatigable al lecho de la miseria, y da consuelo y calma á las conciencias puras que se creen mancilladas con faltas que no existen, el hábil piloto que durante la noche lle-

va al espíritu atribulado en el bajel del idealismo por el golfo apacible del infinito, ese penetraba al cuartucho húmedo y polvoso, y como el rayo de sol, se detenía medroso á la entrada.

Pronto los insomnios producidos por la anemia cerebral, trajeron entre las sombras de aquella miserable estancia su séquito de fantasmas y sus moles de alucinaciones; en la penumbra se presentaban como brazos de esqueletos los radios de la retina, y era una inmensa charca de obscuridades densas, la visión que ascendía del cerebro á la mirada.

En horribles fantasmagorías pasaban como negras siluetas recortadas por los rayos de luna menguante los pasados recuerdos, y llegaban hasta los oídos de Juan, claras y precisas, las carcajadas de una orgía lejana.

En filas compactas y monstruosas, mil espectros extendían sus largos brazos para abarcar la garganta de Juan y oprimirle las sienes cual si trataran de arrancarle la vida. Entonces quería gritar pidiendo auxilio, trataba de dejar el lecho para mejor defenderse de sus enemigos los fantasmas; pero la vòz se ahogaba en la garganta, un golpe de sangre le paralizaba y quedaba sumido en pesado y angustioso letargo.

De los ángulos del cuarto, convertidos en antros, salían raudales de blasfemias que alzaban un murmullo infernal.

Por último, los fantasmas, la mole de sombras, y los brazos descarnados, avanzaban misteriosamente hasta rodear el catre, y en macábrica danza giraban como mofándose del sufrimiento de su víctima.

El médico ordenó terminantemente á Juan que prescindiera del alcohol, para evitar el desequilibrio completo de sus facultades mentales.

Inútiles fueron las prevenciones facultativas, Juan n dejaba la cantina y la taberna.

A las alucinaciones, siguieron las frecuentes hemorragias por la nariz, y bien pronto se presentó terrible y en el apogeo de su desarrollo, el *delirio de persecución.*

Ya era el amigo más fiel y más íntimo que se presentaba ante la imaginación de Juan como el heridor alevoso, ya el Inspector de policía que llamaba á la puerta del cuarto para aprehenderle, ó ya seres intangibles que le amagaban día y noche.

Juan huía de las supuestas persecuciones encerrándose en el cuartucho, siempre libando alcohol, y hubo noche que el delirio le hiciera trepar á la azotea de la casa y correr, correr, salvando obstáculos, como en un sueño, hasta descolgarse por una azotehuela y penetrar á una vivienda de la que fué conducido á la Comisaría por salteador.

Reconocido por el médico de la Inspección, se vió que estaba loco, y Juan fué conducido al manicomio.

Allí permaneció poco más de seis meses, intentando darse la muerte repetidas veces, ya tratando de estrangularse, ya arrojándose de lo alto de un corredor, y quedando gravemente herido.

Cuando Juan sanó, conservaba como vago recuerdo aquel pasado atormentador, y entonces se volvió un misántropo.

No volvió á vérsele en las cantinas y en las tabernas; ahogaba sus sufrimientos en la soledad de su cuartito humilde.

IV

El día en que se abría la puerta del cuartucho, Juan había salido del manicomio, llevando en el alma un caudal de indiferencia para la humanidad.

Quiso que todo quedase en el mismo sitio que ocupaba antes de sus enfermedades, porque según él decía,

aquel abandono significaba un pasado turbulento del que descansaba como de un largo y penoso viaje.

Así le he conocido escéptico y sombrío, frío é indiferente, aun consigo mismo; pero regenerado del feo vicio de la embriaguez.

Al escuchar de sus propios labios la narración de sus infortunios, he pensado en tantos desilusionados que frecuentan las cantinas elegantes y las tabernas queriendo ahogar en un vaso de licor las amarguras del alma, que forman un océano cuya playa única es la esperanza.

¡Pobres de las almas que matan el único consuelo; quizá no despierten del delirio, como Juan despertó!

¡Infelices!

TÍMIDA.

La vió Luis, el estudiante, en un ángulo obscuro del templo, una mañana de invierno, en que la gasa sutil del cielo melancólico velaba el florilegio de las altas ventanas, y la luz penetraba diluida con la penumbra que se replegaba en las cornisas y los capiteles, hasta las mesas de los altares y las tarimas de los confesonarios.

Recatada con el chal negro y espeso, apenas si la blonda cabellera, desatada en abundantes crenchas, se dejaba ver á través de los hilos finísimos como un lampo de espacio vespertino en las regiones en que muere el día.

Ceñía su airoso cuerpo el hábito de las «Hijas del Corazón de Jesús,» y entre sus manos de alabastro reñían, por la pureza, las tapas de marfil del libro de oraciones.

Inclinaba la cerviz como las grandes pecadoras; gemía, y era su gemido augurio de perdón; suspiraba, y un raudal de arrepentimiento se escapaba en aquellos suspiros.

Puesta de hinojos, remedaba la imagen de gran contemplativa. El éxtasis divino, la sugestión moral de las mujeres santas, trascendía de entre las ropas tristes de la jóven devota.

Aureolada con las primeras brillanteces del día que llenaban las naves, místicamente envuelta en los aromas del incienso, que se propalaban por el tímido ambiente del santuario, atraía artística y arrobadamente, como ătrae el querubín alado del colateral, el rosetón prendido en las crujías, ó el bajo-relieve de las *cátedras* antiguas.

Y sus gemidos eran quejas del órgano sonoro, y sus suspiros tenían mucho del cirio que crepita, de los chisporroteos agonizantes de lámpara sagrada, del crujir, casi imperceptible, de los granos de mirra quemados en oblación suntuosa.

¿Por qué recataba el rostro é inclinaba la cerviz como las grandes pecadoras, y dejaba caer en crenchas abundosas el blondo cabello que semejaba lampo de cielo vespertino en regiones de Occidente?

***

La mañana esplendía con sus ternezas invernales; huyó la sombra, disipáronse las nubes del incienso y el templo fué quedándose desierto.

Entre los últimos fieles, la joven, recatada en el chal negro, salía cabizbaja y llorosa, aprisionando en sus manos de alabastro el libro de oraciones.

Llevó el sonrosado dedo á la pileta de agua bendita, y dejó ver al descuido su brazo escultural aprisionado en la estrecha manga del hábito; después volvió á ponerse de hinojos, se persignó por la postrera vez, y dejó el templo, echando hacia atrás el negro velo.

Blanca alborada de mañana de Abril, esperanza realizada, ilusión púdica que vuelve á engalanar los sueños del creyente, tal era en su hermosura el rostro virginal de aquella joven.

Entre la niebla que velaba las arcadas del cementerio

antiguo, á esa hora en que la ciudad parece enferma somnolienta, el tallecito acariciado por el ancho listón de terciopelo negro, la delicada espalda, cayendo en dorsos arrogantes, los hombros perdidos en los abullonados, el cuello de gacela cansada como hundido en el seno abultado, y el semblante de colegiala anémica medio cubierto por el chal, para librarlo de miradas curiosas, formaban ese conjunto que atrae y fascina con las manifestaciones de lo bello.

Siguióla, no como el rendido enamorado que va en pos de las miradas y de las sonrisas, sino como aquel á quien cautiva un precioso cuadro valioso, que es conducido por la calle, y que á falta de riqueza para poseerlo, ha de conformarse con la contemplación, con el éxtasis.

No á mucho andar descuidóse la enlutada y dejó el rostro al descubierto. Entonces pudo admirar, más que la línea correcta y que el contorno bien acabado; primero, el perfil majestuoso y lleno de bondad como perfil de reina indulgente; después, los ojos de mirada humilde, la nariz griega, las mejillas en que lánguidamente reflejaban su luz apacible las pupilas azules, como en los pétalos de rosa caen los primeros efluvios del día, y los labios contraídos por la expresión de alma candorosa.

Aquella joven era tipo perfecto de la hermosura física, la creación sublime de idealidad moral.

Cautivaba con la timidez eucarística de las hijas del templo, tenía la naturalidad de la convicción y la belleza sin ostentación ni vanidad.

Al verla arrodillada, gimiendo y suspirando, diríase que era una gran pecadora; mirándola en la calle, sin coquetas divagaciones, ensimismada como se hallaba ante el altar, dijérase que era impecable.

*
* *

Absorto Luis en sus contemplaciones, dió de manos á boca con un antiguo compañero de colegio, quien después de saludarle afectuosamente y observando que seguía con la vista ansiosa á la jóven, le dijo, tocándole ligeramente el hombro:

—¡Hola, chico! eres artista, y noto que no te disgusta la hermosa Leonor.

—¡Cómo!—repuso.—¿Sabes el nombre de esa joven?

—¡Ya lo creo! Es una guapa hembra que sirve de modelo en los talleres de la Academia de San Carlos. En aquel museo, en cada lienzo, encontrarás sus formas modeladas en yeso. Procura ir á la Exposición de Bellas Artes, y quizá pierdas el juicio por completo al contemplarlas.

Y con la misma se alejó calle abajo, dejándole estupefacto.

¿Sería una broma lo que había escuchado? ¿Aquella candidez, aquel misticismo, sirviendo de modelo en una Academia?

Le parecía salir de un sueño, ó volver de un letargo.

En vano recorrió como loco varias calles en busca de su bella desconocida; había desaparecido.

Y con la esperanza de volverla á ver en el templo, llevando en el alma la impresión profunda que dejara el recuerdo de aquella mujer y la duda despertada súbitamente por el amigo indiscreto, el pobre Luis se dirigió á su cuartito de estudiante, llevando fotografiada en el corazón la imágen de la devota joven.

*
* *

La luz de una mañana de Diciembre penetraba sutilmente por la lona que velaba el patio, convertido en jardín, de la Academia de San Carlos, haciendo más pálido

el yeso de las viejas estatuas, entraba friolenta por los cristales opacos de los corredores de dibujo, reflejando sus rayos tenues en los alineados muestrarios en los tersos restiradores, y en los amplios salones de pintura bajaba por los anchos tragaluces y jugueteaba como niña enferma con el dorado de los cuadros y los colores de los lienzos que tapizan los muros.

Era temporada de exhibición, y Luis, que cada vez que veía á Leonor, menos creía en que se prestara á ser modelo de obras de arte, aprovechó la oportunidad de convencerse.

Recorrió, sin perder detalle, todos los departamentos de escultura, y cuando ya salía sin encontrar un tipo que le recordara á Leonor, descubrió en un ángulo de la penumbra una Venus Calipiga, ni más ni menos que con el bello rostro de Leonor transformado en el de la diosa coqueta. Aquellos ojos azules, de mirada humilde, tenían en el modelado el fuego de olímpicos amores, y de los labios que contraía la expresión de alma buena, parecía escaparse lúbrico el aliento de la deidad mitológica.

Luis vió caer anté sus ojos de artista enamorado el chal negro y el hábito, y contempló como en sueños las formas inmaculadas de la estatua. No le cabía duda alguna, aquella figura era la de Leonor. ¡Qué hermosa estaba!

Desde entonces procuró relacionarse con la familia de Leonor, hasta alcanzar gran intimidad.

Una anciana afectada mortalmente del corazón, y un viejo ciego eran los padres de la joven, único vástago que vivía como fruto de aquel dichoso matrimonio que por su vejez y sus enfermedades estaba á expensas de la hija.

Un profesor de la Escuela Nacional de Bellas Artes vió en la calle á Leonor, comprendió desde luego el partido artístico que de su hermosura podía sacar, y hablando con los padres de la muchacha, logró que tres veces por

semana fuera á la Academia, mediante una buena retribución.

La virgen pudorosa, la creación casta que en el templo era imagen de una santa contemplativa, se resignaba á exhibirse ante los mármoles y los yesos para llevar el sustento á sus ancianos padres.

Y no obstante, era tan pura, que ni aun se daba cuenta de la pureza. Era la *Ovejita de nieve*, cándida por naturaleza y por estado, cómo los lirios, como el sol, como de quien ha dicho Edmundo de Goncourt, que podía, sin perder nada de su inocencia, mirar desnudeces, hasta la suya misma; porque, ni la belleza de las estatuas, ni la suya propia, le enseñaban el uso de la belleza.

Podía, como La Virgen de los yesos, errar impunemente entre los dorsos, los vientres, las caderas y las piernas en la tienda del hábil fundidor, y sin pudor y sin rubor dar su opinión sobre esos trozos.

Leonor era tímida en el hogar, como torcaz sensible, y en el templo como novicia que no conocía el mundo profano. Quizá ante el ara santa, aureolada de luz mística, envuelta en los aromas del incienso, se creía gran pecadora por exhibir su cuerpo hermoso, sin comprender que su espíritu no se ruborizaba ante su cuerpo de diosa, porque el objeto era santo.

Si en el taller tenía que dar á sus ojos las miradas coquetas de una Venus y las sonrisas lúbricas de la Madre del Amor, sabía cubrir su cuerpo con el hábito, y el rostro con el chal; ver contristada los augustos misterios de su religión; gemir y suspirar arrepentida, y purificarse con el bálsamo de la oración.

No amaba las bellezas de las estatuas, ni éstas le enseñaban el uso de ellas.

Leonor era un *modelo* velado por el candor.

AL BORDE DEL ABISMO.

I

RADIOSO estaba el día como el despertar de una joven enamorada, y parecía el esperado por un cautivo para salir de la prisión. Había en el sol magnífico que se elevaba sobre un cielo azul de escasas nubes, algo de la ilusión naciente del primer amor; y en los tintes diversos de la mañana, muchas de las formas halagüeñas con que se presenta la esperanza de libertad.

La ciudad se había despertado demasiado temprano, y ya á la hora en que tomamos las impresiones que vamos á dejar consignadas en el presente artículo, el trabajo impregnaba la atmósfera con el humo de las fábricas que pudiera tomarse por el densamente negro que producen los voraces incendios, mezclaba á los *cantidos* de los vendedores ambulantes las notas agudas producidas con el martilleo en las herrerías, mantenía en constante movimiento á los vehículos de pasaje y transporte, que discurren por las calles como arterias de actividad humana y hacía que un sinnúmero de transeuntes recorriera las aceras en todas direcciones.

Horas supremas aquellas que nos hablan del hogar opulento y del hogar miserable, en las que el potentado y el mendigo, el honrado y el vicioso, cruzan por la misma acera, codeándose para sarcasmo del destino; horas en que el exiguo jornal del artesano es un foco de linterna en las tenebrosidades de la pobreza y las utilidades del capitalista, astros que apenas cintilan en el campo de sus insaciables ambiciones; horas, en fin, en las que el espíritu se aturde con los mil ruidos de la vida terrena.

Sobre el que parecía interminable, recto pavimento de las *avenidas*, la luz, como ascua de oro, abrillantaba los aristas de los pedruscos, rielaba sobre las losas, hundiéndose en las junturas descubiertas, y trepando apacible y vivificadora por las fachadas de las casas, ora suntuosas, ora humildes, de la acera, que acariciaba el *rey-astro*.

En tanto por el lado opuesto la sombra descendía, esa sombra tenue que parece preparar los dominios de la tarde cuando el alba se aleja; esa penumbra que va en pos de los fulgores como amada celosa á quien inquietan los temores del olvido.

Y á lo lejos, allá donde la vista enfilada con los caseríos no alcanza más límite que el espacio, ó un paredón á gran distancia, la soledad de un barrio ó el aislamiento de un suburbio, los ecos de las fábricas y los talleres, perdidos en el silencio de la indolencia, la luz pálida y la penumbra más triste.

Era esa palidez como la que afectan las ilusiones del primer amor, y aquella tristeza como la de los calabozos.

II

Siguiendo el rumbo indicado podía verse una pareja que avanzaba rápidamente, él cabizbajo, como si le abrumara el pensamiento; ella altiva y ceñuda, revelando la ira que se apodera de las mujeres despechadas.

El uno era el esclavo sumiso; la otra la soberana que se imponía con su belleza de alma; y el único testigo de la pena de ambos, el amor.

A veces, el joven osaba levantar la cabeza y llevar al rostro de la mujer una mirada que implorara clemencia, y aquella volvía la cara, rehuyendo esa súplica; en otras, era ella quien buscaba con sus ojos brillantes por el llanto oculto, los del joven, y entonces éste no se atrevía á levantar los suyos temeroso de un reproche, y cuando ambas miradas se encontraban, al punto las visuales cambiaban de dirección; el esclavo tornaba á sus meditaciones y la reina á devorar en silencio su pena!

Y avanzaban rápidamente, ora alejándose, ora uniéndose cual dos transeuntes que por acaso se allegan para abandonarse después.

Cuando llegaron al suburbio, y ella pudo notar que había pocos transeuntes; cuando la soledad, esa muda observadora, que lo mismo alienta para el crimen que para la virtud, mató los últimos bullicios que atrás quedaron con los edificios, unos suntuosos, humildes otros, estalló la tempestad de los celos con toda la fuerza de un amor ardiente.

Ella fué quien rompiendo el silencio lanzó sobre su novio toda la amargura que inundaba su alma, enamorada á la vez que resuelta á sofocar aquel amor, del que juzgaba indigno al joven por un desliz involuntario que vino á interponerse entre aquellos dos corazones que vivían de un mismo sentimiento, de una misma esperanza. Llamóle ingrato, porque pensaba que la había olvidado; pérfido, porque temía que otra mujer la robaba aquel cariño que era su único consuelo y su única alegría; y traidor, porque se sentía alevemente herida en su cariño.

Y su voz era vibrante como las notas de un *de profundis*, terrible como una maldición, imperiosa y solemne como el remordimiento.

El joven sentía caer aquellas frases sobre su corazón, como si cada una de ellas fuera á rebasar la hiel de sus congojas, y si trataba de contestar, no encontraba palabras con que hacerlo. Sentíase como delincuente convicto y confeso, sin haber premeditado el delito, y se avergonzaba á la vez de ser objeto de tan duros calificativos. Hubiera querido en aquellos momentos de suprema angustia apartarse de su amada é ir á ocultar la pena que le causaban los reproches, lejos de los recuerdos, ausente de los sitios en que moraban sus pasadas dichas.

¡Pobre esclavo de amor interminable! ¿A dónde iría que no le alcanzaran las iras de la reina? ¿Qué cielo y qué paraje no tendrían para él los mismos recuerdos y las mismas dichas ya perdidas?

III

Los que sufren por amor, sean ó no culpables de una falta, cuando una mirada los desecha y una sonrisa los desprecia, luchan entre el orgullo y las ternezas del cariño, que todo lo afronta y todo lo sacrifica. ¡Cuántas veces ese orgullo ó esas ternezas han engendrado el desencanto para toda una existencia!

Los enamorados ven con la miopía del corazón, y á menudo juzgan delitos imperdonables las que son ligeras faltas que merecen indulgencia.

El celo inmoderado conduce las más veces al fatalismo, y cuando se ausenta, cuando ve que su víctima, aunque quiera retroceder ante el peligro no le es dado evitarlo, deja la exigencia que no puede satisfacerse, el deseo que no ha de realizarse, la ilusión que por perdida no ha de renacer.

Ser celoso, es llevar la duda en la mente y la incertidumbre en el alma; es ver de lejos lo que de cerca se te-

me; es odiar amando y rechazar lo que se ama; tocar con las alas de la pasión las puertas del Edén y sumergirse en el infierno de la realidad.

Con él se llega al imposible y se sucumbe antes de alcanzar el bien que se pretende.

Por eso el poeta, en los supremos vuelos del alma, exclamaba:

«¿Que si yo tengo celos, me preguntas?
¿Pero acaso no ves cuánto te adoro?
Las pasiones del mundo, todas juntas,
No igualan al amor que yo atesoro.
... .
.....
.....
.....
¿Que si yo tengo celos, y lo ignoras?
Tengo celos de todo; tengo celos
De ese azul transparente de los cielos;
Tengo celos del Dios á quien adoras.»

IV

Reprochando la dama, y el joven soportando los reproches, llegaron á los límites del suburbio, donde las últimas casitas van internándose en los terrenos despoblados, y aparecen las llanuras con sus extensiones de esmeralda, donde los horizontes prenden en las cimas enhiestas de las montañas sus neblinas lejanas, y el cielo parece descansar sus clámides augustas.

Pasaba á la sazón un carruaje de alquiler, propicio para hablar á solas y para dar rienda suelta á los desahogos del despecho; y ella, la dama que aún no había saciado su ira, indicó al joven que lo ocupara.

Ya lo hemos dicho: el joven era un esclavo y obedecía, por más que el orgullo se rebelara. Hizo detener el coche, y una vez dentro la pareja, éste siguió rumbo á los horizontes que se apoyaban en las cimas de los montes, donde el cielo parecía descansar sus clámides augustas.

La alegría de los campos reemplazaba á la monotonía de la ciudad. El sol se veía libre en el espacio y derramaba sus fulgores sobre la grama y los arbustos, el cielo parecía ser más azul, y la luz sin penumbra, celosa, jugueteaba entre las ramas de los árboles y prendía sus brillanteces en el tupido zacatón que crecía á orillas del camino.

En tanto el carruaje avanzaba....

V

Diríase que algo misterioso llevaba aquel carruaje, único que atravesaba el sendero solitario estrechado por llanuras extensas y enfilado á trechos por arbustos pequeños que se alzaban vigorosos.

El andar del coche era lento como el que imprime el duelo de algún muerto á los vehículos de un cortejo fúnebre ó como el que toman los carruajes de alquiler, ya en despoblado, cuando se trata de un lance de honor, para no infundir sospechas; los jamelgos iban á paso perezoso, dándose por satisfechos de aquella tardanza, y el cochero, indemnizándose de la desvelada de la víspera, dormitaba en el pescante, seguro de que las bestias no torcerían el camino, y que el cordoncillo llamador le despertaría, en caso necesario.

La soledad del lugar, y el aspecto que ofrecía la marcha del carruaje, indicaban que algo grave debía ocurrir dentro del vehículo y que lo que iba á solventarse lejos de la ciudad, delicado era también.

Sigamos al *simón* y con la penetrabilidad de relatores, fisguemos lo que pasa dentro de él.

La dama aparecía impasible; hacía vagar sus miradas por los extensos horizontes que se dilataban desdeñosos y alegres, y si alguna vez la reconcentraba en el carruaje, era para dirigirla al cristal delantero ó para clavarla en el acojinado de los asientos.

El joven luchaba con su angustia. Veía también, cómo después de la llanura se alzaban las limitaciones del espacio, y temeroso de llevar la visual donde el desdén estaba, imploraba al infinito, inmenso como su pena, insondable como el afán que devoraba su alma.

¿A dónde iban aquellos corazones que ofuscaba el destino? ¿Qué término sería el de aquellas imaginaciones que embargaba la duda?

Átomos segregados del mundo de los sueños, despertarían en la región del *escepticismo.*

Volvíase á interrumpir el silencio, el que mata la idea y subyuga el sentimiento. Habló la reina y tembló nuevamente el esclavo.

Cambió el timbre de voz de soberana, y cual si una inspiración suprema animara aquellos labios de mujer, el acento antes duro y reprochador cambióse en resignado y tierno.

Oigamos á la dama:

—¿Recuerdas, cómo este día fué aquel en que te manifesté mi alma? ¿Quién diría que fuese igual el de mi desengaño? Celebro que la casualidad me haya traído por estos sitios. ¡Qué hermoso lago para que sirva de tumba donde encerrar mis penas....!

Surgía de aquellas hermosas lejanías una esperanza; había en la belleza del campo una ilusión, y por eso la dama y el joven llevaban su mirada á esas lejanías y á esas extensiones.

Asomados á las portezuelas del carruaje, indiferente el

uno al otro, parecieron abismados en las manifestaciones de la Naturaleza, y absortos en el mundo exterior.

Y sin embargo, estaban reconcentrados, y no podian divagar en lo más mínimo.

Paró el coche. Presentóse como oasis bienhechor en el desierto del infortunio una choza humilde y deshabitada, y la dama hizo detener el carruaje, del que bajaron ambos.

Propicio era el lugar y allí habían de resolverse todas las dificultades que se opusieron á una pasión contrariada.

Como tormenta resuelta en lluvia, como aquilón que en rachas se convierte, todo aquel desencanto, toda aquella desilusión trocóse en bienandanza.

Acudieron las lágrimas, esas mensajeras de las almas que no vuelven sin consuelo, y el amor vencido, se bañó en la piscina del llanto.....

Bien pronto acudió el lenitivo de las almas y vino en ayuda de lo que no pudiera ser el convencimiento del espíritu.

Allí, en aquel albergue rústico, donde apenas llegan los bullicios de la ciudad, donde el día avanza medroso con su sol tamizado en adobes, y su luz de mezquina pocilga, todo un pasado resplandecia y todo un porvenir se realizaba.

Entre los adobes, bajo la techumbre humilde que ocultaba el cielo de zafir, dos almas se redimían, dos corazones se hermanaban para seguir la ruta de la vida.

En tanto el sol ascendía, la llanura hermoseaba la vista del viajero y los horizontes se dilataban desdeñosos.

Halláronse las miradas, buscáronse los corazones y triunfó el amor.

Mientras tanto el carruaje esperaba, impávido el cochero, perezosas las mulas. Parece que esperaba un duelo en el cementerio, ó los resultados de un lance personal.

VI

El bien estaba hecho.

Después hubiera sido tarde.

El joven pensaba en el último término de todas las angustias, en aquel que no deja más huella que la de haber existido. Se acordaba en aquellos momentos supremos de los suyos y los llamaba en su auxilio, pensaba en su pasado y lo evocaba como el náufrago implora, como el creyente busca y como el desesperado clama.

Dos abismos abríanse á los pies de aquellos desventurados, iguales en los bordes; los mismos en el fondo. Por orillas, el desengaño más grande; por fondo el amor insondable.

Los celos y el orgullo impulsaron esas dos almas que se perdían, y la *musa*, aquella misma que visitó á Becquer en su olvido, cantó al borde de ese abismo.

VI

Vino el llanto, y la pasión se hizo; habló el corazón y todo quedó resuelto en una frase. Como que no había engaño, como que el sentimiento imperaba.

Al borde del abismo alguien llevó á aquellos seres; les colocó allí para que descendieran, y el ángel del sentimentalismo acudió en su auxilio y les salvó.

Hoy son felices, y saben que han nacido el uno para el otro; y cuando recuerdan aquel día aciago, esplendoroso como ilusión del primer amor ó esperanza de un cautivo, se dan á sus recuerdos y gozan con su pasado.

El amor contrariado, es el verdadero amor.

UN ANGEL CAIDO.

I.

Empujemos la mampara que conduce al patiecito del foro y pidamos permiso al viejo portero para pasar al escenario, pues deseamos saludar á Corina, la artista mimada del público por su hermosura y su talento. Ya hemos obtenido el permiso: penetremos.

Una ligera racha de viento que baja de las bambalinas y cruza por entre los bastidores, nos recibe á la entrada, como queriéndonos anunciar á la fría realidad que á telón corrido vaga por los telares y tramoyas, recorre las altas galerías de los cuartos, toma asiento al lado de las coristas que charlan aquí y allá esperando anticipadamente ser llamadas por el traspunte, y reposa, en el local en que despacha el empresario, cuando el acto ha comenzado.

Los escapes de gas impregnan el olfato de un olor á resina que parece asfixiarnos; recibimos algún *empellón* de los diligentes maquinistas que van y vienen precipitadamente llevando puertas, muebles y otros artefactos

que exige la obra; sufrimos improperios con que se permitieron obsequiarnos los tramoyistas que desarrollaron telones y embocaduras, y quizá seamos sospechosos para algunos actores casados que dudan de su cara mitad, fuera de la escena; pero todo lo daremos por bien venido, ante la belleza deslumbradora y exquisita amabilidad de Corina.

Nos hallamos en el *camarino* de aquella reina del arte que ha logrado cautivar al *gran descontento,* de aquella diosa que el amor ha creado para inflamar corazones.

Efluvios de luces de estearinas reflejadas en los espejos con marco de *peluche* rojo, reguero de perfumes desprendidos de los afeites que brillan en los pomitos de cristal sobre la plancha de mármol del tocador, y de las faldas de seda que penden de los calados percheros, y el aliento de mujer seductora que satura el ambiente, nos indemnizan del mal olorcillo de gas. Difícil es llegar hasta el confidente de raso azul en que se halla la diva, no como sultana desdeñosa, sino como soberana complaciente. El séquito de admiradores ha invadido el cuartito tibio y perfumado, como *boudoir* de coqueta, y unos sentados, otros de pie, se disputan las miradas apacibles, las sonrisas arrobadoras y las frases armoniosas de la tiple.

Hagamos un pequeño esfuerzo para abrirnos paso entre los *jaquets* y las levitas de los visitantes, por más que, sin intención de vengarnos de los atropellos de los maquinistas, magullemos algunos sombreros.

Corina aun no se pinta.

Finísimo peinador de seda blanca ciñe el cuello de busto griego; se desliza holgadamente por los hombros que caen graciosamente en insensible línea oblicua, entállase en el seno abultado que tiene la turgencia de Madona, abrevia la cintura voluptuosa y baja hasta dejar visibles los diminutos borseguíes de terciopelo rojo, adhiriéndo-

se á las formas de la cadera y de la pierna, cual si fuera traje de baño, que contornea las curvas tentadoras.

La cabellera que artísticamente contrasta con la blancura de nieve del peinador y la de mármol sonrosado del rostro, se desgaja en ondulosas hebras por un lado del cuello y recuerda la doliente actitud de las vírgenes tristes.

La tez tiene la transparencia del cuarzo, y aunque imperceptiblemente, la embellece una palidez de madreselva.

En los ojos de pupilas negras como el recuerdo, acentuados con la expresión de la esperanza, hundidos por las sombrías ojeras y velados tristemente por rizadas pestañas, que al alzarse, hablan de la plegaria y de la súplica, moran los sueños de la inspiración arrullados por las ternezas del espíritu expatriado.

El rojo guinda de los labios provoca más al beso nupcial que al ósculo del placer, y los tintes de las mejillas excitan á las caricias de amor purísimo.

Habla, y su acento tiene la melodía de las frases apasionadas en las vigilias del hogar; ríe, y las finísimas líneas nacaradas de la dentadura, como alba franja que se presenta en el horizonte después de noche tempestuosa, engendran ilusiones.

Lánguidamente reclinada en el acojinado azul, el cuerpo abandonado á postura artística, sin afectación, el cabello en desorden y las manos de hada caídas naturalmente sobre las rodillas, Corina remeda una novicia próxima á profesar, renunciando al mundo que admira su belleza.

Recatado cerca de la puerta del cuarto, casi perdido entre el lujo y esplendor de los aduladores de la cómica, está un joven, taciturno, de modesto traje, semblante pálido y abundosa cabellera: es el poeta de la Compañía que aspira á más que la amistad de la artista; quiere su

amor, porque la ama con delirio; pero ante las alhajas que brillan en las leontinas, juegos para camisa, sortijas y alfileres de los rendidos admiradores de Corina, él sólo tiene su inspiración y su alma enamorada.

Por eso se retira del grupo y se conforma con que llegue hasta sus oídos el acento de la tiple.

También él es artista.

Suena el primer campanillazo en los ámbitos del foro; es el toque de *prevención*, y es indispensable dejar á Corina que se aliste.

El *camarino* va siendo despejado por los visitantes, quienes reciben una mirada ó una sonrisa últimas de despedida.

Arturo, el poeta de la Compañía, es el postrer admirador que se despide mereciendo estas frases de Corina, en tanto que le retiene la mano, como si no quisiera que se ausentase:

—¿Pero estaba usted allí? Juraría que me había abandonado esta noche privándome de sus aplausos, porque usted es muy galante y me aplaude siempre.

A lo que contestó el joven, suspirando:

—Bien sabe usted que jamás falto á sus triunfos.

Y salió perdiéndose entre bastidores.

La puerta del cuarto se ha cerrado, el efluvio de luz y el reguero de perfume se condensan en torno de la hermosa Corina, que hace su *toilet* de escenario.

Tomemos billetes de entrada y vamos á aplaudirla en las butacas.

II

Corina quedó huérfana de padre, y desde la edad de catorce años, acompañada de una criada, cantaba en los cafés, para sostener á su anciana madre.

Este cariño fué un escudo para su virtud, y llegó á la edad de diez y seis años, honrada y digna, en medio de aquel mar de prostitución que noche á noche refluía en los cafés en que Corina era contratada.

Desde entonces comenzaron las persecuciones amorosas contra la pobre huérfana, y ella supo salir avante de las asechanzas.

Cuando murió la anciana madre, se contrató de corista en una Compañía de zarzuela, y después de largas travesías, regresó á esta Capital ya hecha una tiple en forma, aumentada en hermosura y con la fuerza de simpatía que le ha valido tantos admiradores.

No se envaneció con los progresos alcanzados en el arte, ni sacudió el recuerdo de la madre muerta, al que se había consagrado en cuerpo y alma.

Arturo era modesto y hasta humilde, rehusaba las ovaciones que se le hacian, siempre que se ponían en escena sus producciones ó cuando se estrenaba una obra nueva que él había arreglado.

Sin familia, teniendo desfavorable idea de la amistad, y enamorado, como hemos dicho, de Corina, pasaba la vida entregado al culto del arte y á la adoración de la artista.

Esta, por su parte, recibía indiferentemente las adulaciones y los obsequios que le ofrecían sus ricos galanteadores y tenía en más estima las cortas conversaciones y pobres presentes del poeta, que las frases estudiadas y los valiosos regalos de los jóvenes elegantes que en las noches de función acudían al cuarto, tibio y perfumado, como *boudoir* de coqueta.

III

El poeta y la artista llegaron á entenderse; el amor triunfó sobre la ostentación y el lujo.

Corina, la inquebrantable cantadora de café, la corista respetada por sus virtudes, la tiple á quien no pudieron seducir las joyas y los Billetes de Banco de sus adoradores, se rindió al amor de Arturo.

El *dios vendado* aprovechó uno de sus más certeros dardos, y el recuerdo de la madre muerta tuvo que huir ante el sentimiento de una pasión voraz que dominó el corazón de la hija, fiel, hasta el momento que su alma halló una compañera de su existencia.

Arturo trasladó á la vivienda de su amada sus muebles de hombre solo, y Corina trató de hermosear con pájaros y tiestos aquella mansión de su felicidad.

Deslizóse la vida en el nuevo hogar de la artista durante los primeros meses, entre sueños de una idealidad que tanto había proyectado allá en el fondo de su cuartito de hostería, cuando regresaba del teatro llevando en su alma la necesidad de que se realizara en ella el amor que daba vida á los personajes que interpretaba.

Arturo se sintió feliz en su nuevo estado y ofrecía ser un marido modelo al lado de su mujercita, de quien estaba seguro que le amaba con el fuego del primer amor.

Así transcurrió un año sin que en el hogar de Arturo y de Corina hubiera el menor disgusto. Todo era amor y ventura.

Pero un día, y otro, el poeta se mostraba frío á las ternuras de la mujer con quien vivía; escatimaba las horas en que podía estar á su lado y no le faltaba pretexto para llegar á casa después de media noche, faltar á la hora de comer y seguir en todo una conducta muy distinta de aquella á que estaba acostumbrada la infeliz Corina, que ya veía declinar el sol de su felicidad.

Pronto llegó el hastío, ese roedor que desgarra el amor, ese gusano venenoso que se entra de pronto en el corazón y emponzoña con su baba maldita el más noble de los sentimientos.

Los disgustos se sucedieron, el celo aumentaba en Corina el amor á medida que había disminuido en Arturo, y aquel edén se convirtió en infierno de dos almas.

Arturo salió un día de la casa de Corina para no volver más; pensó que la mujer á quien no amaba ya, podría ser feliz sin su presencia y resolvió apelar á la ausencia creyendo que ésta engendraría el olvido.

Desde aquel día funesto para Corina, se retiró del teatro y fué á vivir con sus ahorros y sus recuerdos en su viviendita, de la que salía poco, no recibía visitas y buscaba la soledad como el consuelo mejor de su infortunio.

IV

Apenas seis meses habían pasado, y Arturo, que durante ese tiempo se había entregado á una vida disipada, despertó con deseos de ir á casa de Corina, sin darse cuenta de la causa que engendraba aquel deseo.

Salió de la hostería en que vivía, resuelto á ello, y tomando un coche de sitio, dió al cochero las señas de la casa de Corina.

A medida que el carruaje avanzaba, Arturo sentía inquietud profunda que le dominaba; inquietud que no podía explicarse, porque la ida á la casa de la mujer á quien había amado, era para él, tan sólo, un capricho.

Sin embargo, temía que Corina le hubiese olvidado; no acertaba á hallar un pretexto para presentarse á ella en aquella mansión en que tantas veces la juró un amor que tan pronto había muerto.

Y como si temiera ser desairado en casa desconocida, llegó á la viviendita de Corina, llamó á la puerta de la sala, á la misma puerta en que la tiple le despedía y recibía con un beso apasionado, y esperó que le abrieran con el mismo temor que experimenta un asaltante.

La criada abrió la vidriera, y mal disimulando la sorpresa que le causó la presencia de su antiguo amo, le dijo:

—Pase usted, voy á avisar á la señora.

Y Arturo tomó asiento en el sofá, agobiado por el peso de los recuerdos que ya le abrumaban.

Todos los muebles estaban en el sitio en que él los dejara; el mismo ambiente perfumado que aspiraba deleitosamente al lado de Corina; las flores predilectas en los ramilleteros; el libro abierto en la página que la última vez leyó con ella; y en conjunto aquellos objetos elocuentemente le gritaban con su mutismo de inercia:

—¡Infiel! ¡infiel!

Y Arturo sintió avergonzarse primero y después arrepentirse de su conducta infame.

Tranquila, pero majestuosa como la expiación, Corina apareció por la puerta de la recámara. Vestía el peinador de seda blanca con el que la conocimos en el *camarino* del teatro y llevaba suelta la cabellera negra.

—Por fin has venido—dijo cariñosamente á Arturo como si lo esperara.

Este quedó perplejo y quiso hablar; pero Corina no lo dejó, agregando:

—Ya sabía que no faltarías á la cita.

—Nadie me ha citado—replicó Arturo—yo he venido porque.....

—Porque mi alma te esperaba para perdonarte; tanto he pedido á Dios que me permitiera verte por última vez, que al fin me lo ha concedido.

Al oír aquellas frases que tenían la ternura de un mártir y la amargura de una víctima, Arturo vió ante sus ojos un cuadro horrible y sintió que estallaba en un instante el amor perdido.

—¡Corina mía!—dijo cayendo de hinojos—¡perdóname! te amo todavía!

—Te perdono; pero no quiero tu amor. Sal, te lo suplico.

—¡Imposible! ¡yo te amo!

—Sal.... ¡lo mando!

Y fué tal el mandato de Corina, que Arturo dejó la habitación.

Apenas la vidriera se hubo cerrado, oyóse el ruido que produce al caer un cuerpo humano.

Corina se habia envenenado.

LA BILLETERA.

Allí está, junto al cancel de una cantina importunando á los parroquianos que entran y salen, mendigando lo sobrante del *lunch* y escamada por los baños de agua de *selts* que la prodiga el dependiente, armado de un sifón. Tiene por pretexto la venta de billetes, por disculpa la miseria y por única esperanza los abismos del vicio.

En altas horas de la noche la veréis vagar por las calles más céntricas, implorando la caridad pública, ó en unión de los granujas sus compañeros de miserias, retozando.

A la entrada del *hotel*, es una infeliz muchacha á quien protegen los forasteros; en el vestíbulo del teatro y en las puertas de los establecimientos mercantiles, la mujerzuela tempranamente lanzada á la prostitución, y en las portadas de los templos un ángel caído, sin padres, sin hogar y sin consuelos.

El cuerpo mal cubierto con ropas andrajosas, breñosa la negra cabellera, demacrado y sucio el semblante, lánguida la mirada y la sonrisa juguetona con el dejo del

libertinaje, va la *billetera* de corrillo en corrillo y de puerta en puerta, ofreciendo el *último huerfanito* y entusiasmando con la subida cifra del premio principal.

¡Pobre flor exótica que marchitan los hielos del destino y arrebatan de súbito los vendavales del vicio! En el fango social caerán sus hojas descoloridas, y sus perfumes se perderán en el ambiente envenenado del oprobio.

Querube desterrado del cielo del amor, vaga por los antros de la perdición, y no busca una mano amiga que la guíe nuevamente por el sendero que ha dejado sin un recuerdo y sin una promesa.

Perla arrancada del solio de la felicidad conyugal y arrojada al páramo inmundo del olvido. El *simoun* ardiente del despecho la llevará en sus rápidas corrientes, y ¿quién sabe en qué arenal quedará sepultada?

Las brisas invernales caerán pronto sobre el tallo agostado, y los vientos inclementes lo arrancarán de cuajo.

El ángel malo triunfará del bueno, y satisfecho de su victoria, paseará los despojos por sus dominios infernales.

Y las auras gratísimas de la tarde, las que orean las arenas del desierto, en vano removerán el sepulcro en que yazga la joya abandonada.

El ángel caído no tornará al Edén antes de redimirse con el horrible sufrimiento de la expiación, que es el supremo vuelo de las almas perdidas.

Constante vagabunda la muchacha *billetera*, no reconoce hogar ni rumbo, va siempre al acaso, y cuando la noche la sorprende con el frío de las horas precursoras del alba, acude al claro de una puerta, allí se acurruca y allí duerme.

Las sombras se replegan y envuelven aquel cuerpo que reposa á la intemperie como pesado fardo; la soledad y el silencio la protegen y el misterio augusto la ampara. Como esas sombras, es negro su pasado; sola cruza

el camino de la vida y es misterioso el sino que la persigue.

No sabe de dónde viene ni á dónde va. Arista perdida en el torbellino humano, ya cae y ya levanta, siempre camino de la fosa común.

Sus encantos físicos sucumben ante el hambre, su fealdad moral crece notablemente por el aislamiento en que se halla, y hasta el nombre, ese grato recuerdo de la infancia, se va con el pasado, como si huyera con la felicidad.

Y así, de corrillo en corrillo, de puerta en puerta, pasando el día con el pretexto de vender billetes, y por la noche en las portadas de los teatros ó en la vía pública con los granujas, sus compañeros de miseria y de vicio, la sorprenden las enfermedades que la llevan al hospital, donde sucumbe víctima de la muerte que tiene sus mejores presas en los hijos del vicio.

En tanto que llega el momento supremo de dejar hacia atrás ese camino áspero del mal, mientras la plancha del anfiteatro no reciba el cadáver de aquella infortunada, se la verá en los canceles de las cantinas huyendo del baño de agua de *selts*, mendigando lo sobrante del *lunch*, en las puertas de los *hoteles* para ser protegida por los forasteros, y en las portadas de los templos donde no va á orar, porque la oración ha huido de sus labios.

¡Pobre flor marchitada, ángel caído, perla abandonada, tus perfumes se han exhalado ya en el ambiente envenenado del vicio, tu pureza pasó como la infancia y tu valor de joya en el hogar quedó extinguido!

Sin esperanzas ni recuerdos, vagabunda callejera, sigue camino de la fosa común, y cuando tu cuerpo sea devorado por la muerte implacable, y cuando tu alma huya purificada por la expiación, no habrá para tí, ni un recuerdo, ni una lágrima.

EL TRAJE DE NOVIA.

Cuando la desconsolada madre dejó la recámara después de entreabrir la puerta del balcón para que penetrara la luz de una mañana de Mayo, Carmita, la enferma desahuciada á quien asfixiaba la hipertrofia de corazón, hizo supremos esfuerzos para incorporarse sobre los almohadones que la rodeaban y recibir, como en otros días de su enfermedad, el rayito de sol que traspasaba la vidriera é iba á posarse, alegre y juguetoncito, sobre el *cubrepies* y la colcha.

Inútiles fueron las tentativas de Carmita; el cuerpo, debilitado en extremo, se negó á obedecer, y agitación voraz la hizo caer en postración dolorosa. El ansia, esa opresión que no la dejaba respirar, que le quitaba por momentos la facultad de los sentidos y la sumergía en la noche de la impotencia, la privaba de la luz que era una promesa de alivio; del rayito de sol que era una esperanza y un consuelo.

Quiso entonces llamar á la tierna madre, la que, como todas las mañanas, había depositado un beso de dolor en la pálida frente, y no pudo porque una fatiga de muerte la embargaba..... y tuvo miedo á la soledad y á las sombras.

En tanto la claridad del día era más animosa; el azul del cielo reflejaba en los cristales del balcón, prestándoles los brillantes matices de concha nácar; la franja de oro del sol era más viva, se alargaba como serpiente luminosa y culebreaba por las formas del raquítico cuerpo de Carmita hasta poner en el rostro lívido y enjuto un

fulgor de amarillez horrible, y llegaban hasta el doliente lecho, confundidos con el aroma de las fragancias primaverales, las algazaras y las notas dispersas de la vida que despertaba en la ciudad.

Carmita había caído en uno de esos letargos que son los precursores del supremo instante en que la vida se agota.

Cuando la fatiga cedió, cuando por un sarcasmo de la implacable extinguidora de existencias, volvió á ver la luz y á sentir el suave calorcito del sol, la madre estaba junto al lecho y la ofrecía la medicina, disponiéndose á emplear el caudal de su cariño para vencer su obstinación á los medicamentos. La enferma accedió gustosa y apuró con ahinco el contenido de un pozuelo, con el fervor del que desespera por recobrar la salud. Era que el deseo de vivir surgía del fondo obscuro de la desesperación.

***

El eterno imposible, ese afán que se agita en las almas sensibles predestinadas á la sublimidad del idealismo, esa fuerza irresistible que arrastra los corazones al abismo de los deseos no realizados, retenía á la infortunada Carmita en aquel lecho desde el cual estaba obligada á recibir los efluvios del día y á luchar con los misterios de la noche, en la recámara donde se agrupaban los recuerdos atormentadores.

Amaba Carmita la vida que por momentos se escapaba, porque sus ilusiones no se iban aún, y la juventud le brindaba con las quimeras de sus ensueños.

Tenía un novio, que era el que había despertado en su alma las primeras sensaciones que remontan al espíritu á los dominios celestiales; tenía una madre bondadosa y ferviente que, si ella muriera, moriría también. Esos dos cariños, esas dos individualidades con vínculos tan opuestos, á la vez que tan próximos, la hacían detener al borde del sepulcro.

¡Cuántas veces pensando en el nocturno rondador de la calle, el asiduo visitante de la casa, se sintió mejorada y con ánimo de salir al balcón para hablar con su amado, ó de estar en la sala á la hora en que acudía para informarse del estado de la enfermedad! y ¡cuántas se des-

pertó de sus abatimientos angustiosos pensando en las caricias de la que había llevádola en su seno.

El cariño ingente que habla de la niñez y de la infancia, y el amor augusto que ha nacido en una mirada, en una sonrisa ó en un suspiro, reanimaron á aquella niña que muy en breve partiría para su antigua patria.

***

Cayó la noche como hambriento buitre ansioso por devorar víctimas inermes, y fueron pasto de su saña negra los despojos de la tarde muerta,

La implacable extinguidora de vidas acechaba á la puerta de la recámara de Carmita.....

La angustiada madre cubría de infinitos besos la pálida frente de la hija moribunda, y todavía la invitaba á tomar la medicina.

La enferma pugnaba por llevar á los labios el contenido del pozuelo, creyendo que con él recobraría la salud, y el ansia, esa angustia que le ofuscaba los sentidos y la hacía caer en la noche del letargo, oprimió la garganta y agotó las últimas energías.

La asfixia no cedió más á los engaños de la implacable y la atrofia terminó su misión devoradora....

Carmita agonizaba sin inquietudes y sin pesares íntimos, el último sueño de la enfermedad le proporcionaba también los últimos consuelos; sintióse restablecida al lado de su madre, esperando la hora en que el novio llegaba, se veía en el balcón esperando la nocturna cita, y sentía sobre su sér la influencia de la vida.

***

El traje de novia, blanco como la pureza de un amor ardiente, vaporoso como la ilusión que no quiere huir y flota en el cielo de la dicha, esperaba sobre un sillón de la sala el momento de cubrir el cuerpo virginal de Carmita.

Los azahares en capullos perfumados y en guías caprichosas, yacían en las blancas cajitas preparadas para ornar la cabellera de la desposada.

Y aquellos albores de ilusión reñían con las sombras espesas de la muerte.

Idilios de amor que no se realizarían, emblemas de esperanzas que no habían de cumplirse.

***

Cuando la madre llorosa y afligida entreabrió la puerta del balcón, alegre rayo de sol de Mayo, llegó hasta el lecho de Carmita, alargándose como siempre, luminoso, serpenteando sobre el inerme cuerpo de la enferma desahuciada á quien mató la hipertrofia.

La luz alegre y juguetona fué á prenderse en las llamas oscilantes de los cirios; la algazara y las notas perdidas de la ciudad que despertaba, llevó las fragancias primaverales al túmulo de flores y los efluvios del día inundaron la cámara mortuoria.

De blanco vestida con el traje de bodas, la sien ornada con la diadema de azahares, las manos inclinadas, como si la última plegaria las juntara, cerrados los párpados cual si tranquilo sueño los velara, y en los labios impresa una sonrisa bondadosa, la niña del eterno imposible dormía el último sueño, en el que calló arrullada por los recuerdos.

¡Hermosa mortaja es el vestido blanco de las novias que mueren llevándose un juramento de amor!

¡Divino símbolo el de los azahares que van á marchitarse en el sepulcro!

La pureza de aquellos ideales representados en la falda de boda y en los blancos capullos perfumados, persevera en la tumba y engendra la más augusta de las esperanzas: la esperanza del Cielo.

INDICE.

	Págs.
Primeras páginas	5
Mientras llueve	11
Opalinas	17
La cita	29
El baño	37
Las gavetas mortuorias	43
Rinconcitos de amor	49
Confidencias	57
Matinales	65
¡Sola!	71
Cuento bíblico	77
Claros de luna	85
Despertar	91
El primer baile	99
La cruz de la esquina	105
Casas vacías	113
El papelero	121
El ruidito	127
Enferma	141
La carta	149
Amores imposibles	159
En la Costa	167
El rompimiento	173
Espumas	181
La tísica	189
Sideral	197
Cinematógrafo	205

Págs.

El ejecutado..... 213
Noche de estreno..... 219
A media luz..... 231
Las dos enlutadas..... 239
El delirio..... 245
Tímida..... 253
Al borde del abismo..... 259
Un angel caido..... 269
La billetera..... 279
El traje de novia..... 283

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.